

JAMES KAHN

EL REGRESO DEL JEDI

Título original: RETURN OF THE JEDI
Traducción: Ernesto Alba
Dirección Editorial: R.B.A. Proyectos Editoriales S.A
Digitalización y Corrección: Mercedes Balda Valenzuela

- © Lucasfilm Ltda.. (LFL), 1983
- © Editorial Planeta, S.A.
- © Por la presente edición, Editorial La Oveja Negra Ltda., 1984

Traducción cedida por Editorial Planeta

ISBN: 84-8280-900-8 (Obra completa)
ISBN: 84-8280-911-3

Hace mucho tiempo en una galaxia lejana, muy lejana...

Prólogo

La inmensa profundidad del espacio. Las tres dimensiones se curvaban sobre sí mismas en pos de la negrura del infinito, una distancia sólo mensurable por las miríadas de centelleantes estrellas que se precipitaban en la sima. Extendiéndose hacia los límites. Hasta el mismísimo abismo.

Las estrellas resumían la historia del Universo. Existían viejos astros anaranjados, enanas azules, amarillentas y gigantescas estrellas gemelas. Existían estrellas de neutrones en destrucción y furiosas supernovas que siseaban en el helado vacío. Existían estrellas nacientes, estrellas pulsantes y estrellas moribundas. Y estaba la Estrella de la Muerte.

En el confín de la galaxia, la Estrella de la Muerte flotaba en órbita estacionaria sobre la verde luna de Endor —una luna cuyo planeta materno hacía tiempo que un cataclismo desconocido lo destruyó—. La Estrella de la Muerte era la estación de combate, erizada de armas, del Imperio. Casi dos veces mayor que su predecesora, destruida años antes por las fuerzas Rebeldes, pero más del doble de poderosa. Sin embargo, aún estaba incompleta. Una semiesfera acerada y lóbrega suspendida sobre el feraz mundo de Endor, los tentáculos de su inacabada superestructura curvándose hacia su viviente compañero como patas de una enorme y mortal araña.

Un Destructor Estelar Imperial se aproximaba a velocidad de crucero a la gigantesca estación espacial. A pesar de su gran tamaño —una ciudad en sí mismo—, se movía con pausada gracia, como un enorme dragón marino. Lo acompañaban docenas de cazas de motores iónicos dobles; aparatos con forma de insectos zumbando entorno a la nave guerrera: explorando, vigilando, aterrizando, reagrupándose.

Silenciosamente se abrió la compuerta principal de la nave. Una pequeña llamarada anunció el salto de una lanzadera Imperial desde las sombras de su silo a la nebulosidad del espacio. Con decidido propósito, la lanzadera se dirigió hacia la inacabada Estrella de la Muerte.

En la cabina de pilotaje, el capitán de la lanzadera y su copiloto efectuaban las últimas comprobaciones y controlaban el descenso. Miles de veces habían realizado las mismas operaciones y, sin embargo, una extraña tensión flotaba en el ambiente. El capitán conectó la radio y habló por el intercomunicador:

—Estación de Control, aquí ST321, clave de espacio Azul. Comenzamos la aproximación, desactiven el escudo protector.

Ruidos parásitos brotaron del receptor, luego sonó la voz del controlador del puerto:

—El escudo protector se desactivará una vez comprobemos su clave de transmisión. Permanezcan a la espera...

En la cabina se hizo de nuevo el silencio. El capitán se mordió los labios, sonrió nerviosamente al copiloto y murmuró ante el intercomunicador:

—Dense la mayor prisa posible, ¡por favor! No se demoren. Él no tiene paciencia alguna...

Evitaron volver la cabeza hacia la cámara de pasajeros, iluminada tenuemente para el aterrizaje. De la zona en penumbra de la cámara provenía un enervante e inconfundible sonido de respiración mecánica.

En la sala de control de la Estrella de la Muerte, los operarios se movían entre consolas y paneles que controlaban todo el tráfico espacial del área, autorizaban planes de vuelo y permitían sólo a ciertos, vehículos el acceso a determinadas zonas.

El controlador del escudo miró con alarma su panel. La pantalla mostraba la luna de Endor, la propia estación de combate y el flujo de energía —el escudo protector— procedente de la luna y que rodeaba a la Estrella de la Muerte. En ese preciso instante se abrió una brecha en el flujo energético y se formó un canal por el que la lanzadera Imperial voló, sin impedimentos, hacia la masiva estación espacial.

El controlador del escudo, no sabiendo cómo proceder, llamó en seguida al oficial de control. — ¿Qué sucede? —preguntó el oficial

—Esa lanzadera posee un rango de alta prioridad. —El controlador intentaba disimular el temor en su voz adoptando un tono escéptico.

El oficial observó un instante la pantalla antes de darse cuenta de quién viajaba en la lanzadera.

¡Vader! —se dijo.

A grandes pasos, el oficial fue hacia los ventanales de observación y volvió apresuradamente. La lanzadera efectuaba la última maniobra de aproximación. Se giró hacia el controlador.

—Informe al comandante que la lanzadera de lord Vader acaba de llegar.

La lanzadera se posó suavemente, empujada por los cavernosos límites del muelle de embarque. Cientos de soldados formaban alineados en torno a la rampa de descenso. Tropas de asalto Imperiales con sus blancas armaduras, oficiales vestidos de gris y la élite —uniformada de rojo— de la Guardia Imperial. Todos se pusieron firmes al entrar Moff Jerjerrod.

Jerjerrod, alto, delgado, arrogante, era el comandante de la Estrella de la Muerte. Anduvo lentamente a través de las filas de soldados hasta la rampa de la lanzadera. Jerjerrod jamás se apresuraba, ya que la prisa implica el deseo de estar en otra parte y él era un nombre que, de forma inequívoca, estaba exactamente donde quería estar. Los grandes hombres jamás se apresuran —solía decir—; los grandes hombres hacen que otros lo hagan.

Pero a Jerjerrod no le cegaba la vanidad, y una visita, como la del Señor Oscuro, no era ninguna futesa. Por tanto, se inmovilizó frente a la puerta de la lanzadera. Expectante, pero calmo.

Repentinamente, la escotilla de la lanzadera se abrió y los soldados se cuadraron marcialmente. Una espesa neblina fluía de la escotilla, luego retumbaron unos pasos y vibró el inconfundible sonido del respirar eléctrico de una máquina. Por último, Darth Vader, Señor del Reverso Oscuro, apareció en el umbral.

Vader bajó la rampa a grandes zancadas, echando un vistazo a los reunidos, y se plantó frente a Jerjerrod. El comandante saludó inclinando la cabeza y sonrió.

—Lord Vader, éste es un placer inesperado. Nos sentimos honrados por su presencia.

—Evítese los cumplidos, comandante.—Las palabras de Vader resonaban como el eco en el fondo de un pozo—. El Emperador está muy preocupado con sus progresos. Estoy aquí para que usted aplique el ritmo de trabajo adecuado.

Jerjerrod palideció. No esperaba tales nuevas.

—Le aseguro, lord Vader, que mis hombres trabajan todo lo aprisa que pueden.

—Quizá pueda estimular sus progresos con métodos que usted no ha tenido en cuenta —gruñó Vader. Por supuesto que tenía sus métodos, todo el mundo lo sabía: métodos y procedimientos escalofriantes.

Jerjerrod mantuvo la voz imperturbable, pero en su ínterin, el fantasma de la prisa pugnaba en su garganta.

—No será necesario, mi Señor. Sin lugar a dudas, la estación será operacional en el plazo previsto.

—Me temo que el Emperador no comparte su optimista valoración del asunto.

—Pero ¿nos pide imposibles! -exclamó el comandante.

—Quizá quiera usted explicárselo cuando él llegue. —El rostro de Vader permanecía oculto tras la letal máscara negra protectora, pero su voz —electrónicamente modulada— rezumaba malignidad.

La palidez de Jerjerrod se intensificó.

—¿Va a venir el Emperador?

—Sí, comandante. Y se disgustará sobremanera si percibe algún retraso en sus planes cuando arribe. —Habló con fuerte voz, propagando la amenaza a todos los que podían oírle.

—Redoblabamos nuestros esfuerzos, lord Vader. —Y, realmente, así lo sentía, porque, en caso de extrema necesidad, ¿no se apresuran incluso los grandes hombres?

Vader disminuyó el volumen de su voz.

—Lo espero, comandante, por su propio bien. El Emperador no tolerará ninguna demora en la aniquilación final de la insurrección Rebelde. Y ahora poseemos informes secretos —añadió, dirigiéndose sólo a Jerjerrod—. La flota Rebelde ha concentrado todas sus fuerzas en una gran y única armada. Es el momento de aplastarlos, sin piedad, de un solo golpe.

Durante un brevísimo instante, la respiración de Vader pareció acelerarse, luego reanudó su ritmo normal. Como si se hubiera alzado un viento sepulcral.

Capítulo primero

Fuera de la minúscula casucha de adobe, la tormenta de arena gemía como una bestia agónica que rechazara la muerte. Dentro, el fragor enmudecía.

Hacía mucho frío en el refugio. Frío, silencio y penumbra. Mientras afuera aullaba la bestia, una silueta velada trabajaba entre las cambiantes sombras.

Unas manos morenas que sujetaban misteriosas herramientas sobresalían de las mangas de una túnica. La silueta trabajaba acuclillada en el suelo. Ante ella yacía un aparato discoidal de extraño diseño. Una maraña de cables sobresalía en un extremo y su chata superficie estaba recubierta de símbolos grabados. Conectó el extremo con cables a una tersa empuñadura tubular, la enhebró a través de un conector de aspecto orgánico, y la afirmó con otra herramienta. Hizo señas a una sombra, inmóvil en una esquina, y otra silueta avanzó hacia ella.

Tanteando, la confusa forma rodó cerca de la figura con túnica.

—¿Vrr-dit truit? —preguntó tímidamente el pequeña R2 mientras se acercaba; se paró a corta distancia del hombre de la túnica y su extraño aparato.

El hombre mandó acercarse aún más al robot. R2-D2 recorrió, lanzando destellos, el corto trayecto, mientras las manos de la silueta velada se alzaban hacia su pequeña cabeza cupular.

La finísima arena se aventaba con fuerza sobre las dunas de Tatooine. El viento parecía soplar desde todos los ángulos a la vez, arremolinándose aquí, huracanándose allá, inmovilizándose a trechos, sin propósito ni fin.

Una carretera hería la desértica planicie. Sus contornos cambiaban constantemente. Ora se entenebreían al paso de una ocre nube de arena —que al instante siguiente desaparecía—, ora el vibrante aire cálido combaba y distorsionaba su superficie. Era una carretera más precaria que transitable y, sin embargo, el único camino a seguir, ya que ningún otro conducía al palacio de Jabba el Hutt.

Jabba era el gángster más vil de toda la galaxia. Implicado en contrabando, tráfico de esclavos y todo tipo de asesinatos; con secuaces esparcidos por todas las constelaciones. Tanto coleccionaba como inventaba nuevas atrocidades y su corte constituía un cubil de incomparable decadencia. Se decía que Jabba escogió Tatooine como lugar de residencia porque sólo en ese planeta, árido como un crisol, podría evitar que su alma se corrompiera totalmente. Quizá el sol abrasador conservara su espíritu como en salmuera amarga.

En cualquier caso, éste era un sitio que pocos conocían y muchos menos visitaban. Era un lugar demoniaco, donde incluso los más valientes sentían vaporizarse sus fuerzas ante la visión turbadora del putrefacto Jabba.

—Pintt-Wiit-biDUUgring-uble Diip —silboteó R2-D2

—Por supuesto que estoy preocupado —protestó C-3PO—. Y tú también debieras estarlo. El pobre Lando Calrissian jamás volvió de este lugar. ¿Puedes imaginar lo que le habrán hecho? R2 silbó tímidamente.

El dorado androide vadeó con rigidez una duna en movimiento y se detuvo en seco. A poca distancia se erguía el palacio de Jabba, tan pronto visible como oculto por la tormenta de arena. R2 casi se estrella contra él y derrapó hasta el margen contrario de la carretera. —Fíjate adonde vas, R2 —dijo 3PO, reiniciando la marcha, más lentamente, a la par que su pequeño amigo trotaba a su lado. Mientras andaban, parloteaba sin cesar:

—¿Por qué no entregaría Chewbacca este mensaje? No; cuando hay alguna misión imposible, siempre nos la otorgan a nosotros. Nadie se preocupa de los robots. A veces me preguntó cómo lo aguantamos.

Caminaron y caminaron sobre el último y desolado tramo de la carretera hasta que arribaron a las puertas del palacio; pesadas puertas de metal, mayores de lo que 3PO poma-alcanzar a ver. Las puertas eran parte de una serie de muros de piedra y metal que constituían varias y gigantescas torres cilíndricas que se elevaban sobre el mar de arena.

Los dos robots observaron el ominoso portón buscando algún indicio de vida, alguna señal de bienvenida o quizá, algún artilugio que les permitiera anunciar su presencia. Nada de eso había. 3PO comprobó su determinación —previamente programada— y golpeó tres veces en la gruesa puerta metálica. Se volvió con rapidez y avisó a R2:

—Parece que aquí no hay nadie. Volvamos y contémoselo al amo Luke.

De improviso, una pequeña escotilla se abrió en el centro de la puerta. Un delgado brazo metálico emergió aferrando un gran ojo electrónico que observó con descaro a los dos robots. El ojo habló:

—¡Tee chuta fahat yudd!

3PO permaneció orgullosamente inmóvil, pese a que sus circuitos zumbaban. Se encaró al ojo, señaló a R2 y luego a sí mismo.

—R2 Dedoska bos Trespeosha ey toota odd rais chka Jabba du Hutt.

El ojo enfocó rápidamente a uno y otro robot, se retiró por la pequeña abertura y cerró de golpe la portezuela.

—Bu-Diip-gaNUUng —susurró el preocupado R2.

3PO asintió con la cabeza.

—No creo que nos dejen entrar, R2. Mejor vamos —dijo preparándose para irse, mientras R2 emitía una desganada protesta en cuatro tonos.

En ese preciso instante se oyó un horrible y chirriante crujido y las macizas puertas comenzaron a elevarse.

Los dos robots se miraron, recelosos y luego observaron la negra cavidad que se abría frente a ellos. Esperaron sin moverse, temerosos de entrar y temerosos de retroceder.

Desde las sombras, la extraña voz del ojo electrónico les chilló:

—¡Nudd chaa!

R2, profiriendo ruiditos eléctricos, cruzó el umbral de la puerta. 3PO vaciló un segundo y corrió tras su chaparro compañero.

—¡R2, espérame!

Ambos se detuvieron a mitad del pasadizo, mientras 3PO refunfuñaba:

—¡Te perderás!

Tras ellos, el enorme portón se cerró de golpe, levantando ecos cavernosos. Durante unos instantes, los asustados robots permanecieron inmóviles. Acto seguido, vacilantes, reemprendieron la marcha.

Al punto se les unieron tres colosales guardias Gamorreanos. Unas vigorosas bestias con aspecto de cerdos que, como todo el mundo sabía, odiaban a los robots. Sin mover un solo músculo de sus rostros, los guardias empujaron a los robots a lo largo del tenebroso pasaje. Al llegar a la primera galería iluminada, R2 siseó nerviosamente a 3PO.

—No tienes por qué saber nada más —replicó con recelo el dorado androide—. Sólo emite el mensaje del amo Luke y larguémonos de aquí.

Apenas habían dado otro paso cuando, en una encrucijada, les vino al encuentro un extraño ser, Bib Fortuna, el tosco mayordomo de la degenerada corte de Jabba. Era una criatura de aspecto humanoide, con una túnica que cubría su elevada estatura y unos ojos que observaban sólo lo que fuera, necesario ver. De su espalda —a la altura de la nuca— surgían dos gruesos apéndices tentaculares con los que ejercía las funciones sensitivas, prensiles y cognitivas. Por coquetería, solía llevar los tentáculos colgando de sus hombros salvo cuando los extendía hacia atrás, como si fueran dos colas gemelas, para mejorar su equilibrio.

Bib sonrió levemente al detenerse frente a la pareja de robots.

—Die wanna wanga —dijo.

3PO adoptó un tono oficial:

—Die wanna wanga. Traemos un mensaje para tu señor, Jabba el Hutt.
R2 emitió una posdata y 3PO asintiendo con la cabeza, añadió:
—Y un regalo. —Meditó un instante con aspecto desconcertado (todo lo desconcertado que puede parecer un robot) y cuchicheó a R2—: ¿Regalo, qué regalo?
Bib sacudió enfáticamente la cabeza.
—Nee Jabba no badda. Michaade su regalo —dijo, extendiendo su mano hacia R2.
El pequeño robot retrocedió documente, pero su protesta fue intensa:
—|bBDdo-III-NGwrrr-Op4bduu-Biiopi
—R2, ¡dáselo! —insistió 3PO. A veces R2 era tan binario...
Pero R2, desafiante, pitaba y chirriaba mirando a Fortuna y a 3PO como si tuvieran sus programan borrados.
3PO, aunque descontento, asintió finalmente, comprendiendo la respuesta de R2. Sonrió a Bib en plan de disculpa.
—Dice que las instrucciones de nuestro jefe exigen que se lo entreguemos al propio Jabba.
Bib consideró el problema mientras 3PO se deshacía en explicaciones:
—Lo siento mucho. Me temo que R2 es un cabezota, sobre todo en ciertos casos. —Se las arregló para dar un tono amable, aunque despreciativo, a sus palabras mientras se inclinaba hacia su pequeño socio.
Bib, con un ademán imperativo, ordenó que le siguieran.
—Nudd chaa —dijo, adentrándose en las sombras seguido de cerca por los robots y los tres guardias Gamorreanos, que cerraban la marcha.
A medida que se internaban por los oscuros pasadizos, 3PO susurró suavemente a la unidad R2:.
—R2, tengo un mal presentimiento. ..

C-3PO y R2-D2 hicieron un alto a la entrada del salón del trono.
—Estamos condenados —gimoteó 3PO, deseando poder cerrar los ojos.
El salón estaba repleto —en toda la extensión comprendida entre sus cavernosos muros— de toda la hez viviente de la galaxia. Grotescas criaturas procedentes de, los más ínfimos sistemas solares, embriagados por especiados licores y por sus propios y fétidos efluvios. Gamorreanos, hombres gibosos y mal encarados, Jawas..., todos deleitándose en los más bajos placeres o fanfarroneando sobre grandiosas hazañas. Al frente del salón, reclinándose en un estrado situado por encima del corrupto maremágnum, se hallaba Jabba el Hutt.
Su cabeza era tres veces mayor que la de un hombre, quizá cuatro. Sus ojos, amarillos y reptilesco; la piel como de serpiente grasienta. No tenía cuello, sino una serie creciente de papadas que se expandían hasta conformar un enorme cuerpo abotargado, henchido hasta reventar por miles de manjares robados. Unos brazos atrofiados, casi inútiles, brotaban del torso y los viscosos dedos de su mano izquierda sostenían la boquilla de una pipa de agua. No tenía un solo pelo, todos se habían caído víctimas de una mezcla de enfermedades. Tampoco tenía piernas simplemente su tronco se abusaba hasta rematarse en una fofa cola de serpiente que se extendía por la plataforma como una tubería mucilaginoso. La boca, sin labios, cruzaba su cara de oreja a oreja y babeaba continuamente. Era un ser completamente repugnante.
Una bella y triste danzarina estaba encadenada a su cuello. De la misma raza de Bib Fortuna, sus dos enjutos y bien formados tentáculos colgaban sugestivamente por la espalda desnuda y musculosa. Se llamaba Oola y parecía enormemente desdichada, sentada lo más lejos que le permitía la cadena, al extremo del estrado.
Cerca de la panza de Jabba estaba sentado un pequeño y simiesco reptil que respondía al nombre de Migaja Salaz, porque recogía todas las partículas de comida que caían de las manos y boca de Jabba, engulléndolas con nauseabunda risita.
Unos haces de luz provenientes del techo iluminaban parcialmente a los embriagados cortesanos, cuando Bib Fortuna cruzó el salón hasta llegar al estrado. La sala estaba formada

por habitáculos repletos de concavidades, de modo que la mayoría de los personajes eran visibles sólo como sombras en movimiento.

Cuando Fortuna arribó hasta el trono, se inclinó ceremoniosamente y susurró algo en la deforme oreja del monarca. Los ojos de Jabba se redujeron a dos ranuras y, luego, con risa maniática, mandó traer a la pareja de robots.

—Bo shuda —siseó el Hutt, evitando un arranque de tos. Aunque sabía varios idiomas hablaba, como punto de honor, tan solo Huttés. Era su único punto honorable.

Los robots, temblando, apresuraron el paso hasta quedar frente al repulsivo monarca, violentando sus más íntimas y programadas sensibilidades.

—El mensaje, R2, el mensaje —apremió 3PO.

R2 silbó una vez y proyectó un rayo de luz desde su cabeza cupular, creando un holograma de Luke Skywalker frente a ellos en el suelo. Inmediatamente, la imagen creció hasta medir tres metros, dominando a la multitud reunida. Se hizo el silencio en el salón al sentir todos la presencia del joven guerrero Jedi.

—¡Saludos, oh tú el Encumbrado! —dijo el holograma a Jabba—. Permíteme que me presente: soy Luke Skywalker, Caballero Jedi y amigo del Capitán Solo. Pido una audiencia con Su Majestad para negociar su vida.

En ese punto, el salón entero estalló en carcajadas, que Jabba cortó con un ademán perentorio. La pausa de Luke no duró mucho.

—Sé que eres poderoso, gran Jabba, y que tu ira en contra de Solo será igualmente intensa. Pero estoy seguro de que lograremos un pacto beneficioso para ambos. Como muestra de mi buena voluntad te entrego un regalo: estos dos robots.

—¡Qué! ¿Qué es lo que ha dicho? —saltó 3PO como si lo hubieran aguijoneado.

—Ambos son trabajadores y te servirán bien —continuó Luke. Con esta frase, el holograma se desvaneció.

3PO meneó la cabeza desesperadamente.

—¡Oh, no! Esto no puede ser así, R2. Has debido de emitir un mensaje erróneo.

Jabba reía a la par que babeaba Bib Fortuna habló en Huttés:

—¿Un trato en lugar de pelear? Él no es un Jedi.

Jabba asintió, mostrando su acuerdo. Sonriendo aún; se dirigió a 3PO:

—No habrá trato. No tengo la más mínima intención de quedarme sin mi adorno favorito.

Lanzando una risita repulsiva, miró hacia una cavidad sombría que estaba situada a un lado del trono; allí, colgado en la pared, estaba el cuerpo carbonizado de Han Solo; cara y manos sobresaliendo del frío y duro bloque, como una estatua que emergiera de un mar de piedra.

R2 y 3PO marchaban, cabizbajos, por el húmedo pasadizo empujados por un guardia Gamorreano.

Las mazmorras se alineaban en ambos costados. Sobrecogedores lamentos de angustia brotaban de las celdas—a medida que los robots avanzaban— y resonaban en las pétreas e inacabables catacumbas. De vez en cuando una mano, una garra o un tentáculo despuntaban entre los barrotes de las celdas, intentando aferrar a los de venturados robots.

R2 emitió unos ruiditos lastimeros. 3PO tan sólo sacudió la cabeza enérgicamente.

—¿Qué mosca le habrá picado al amo Luke? ¿Será algo que hice? Nunca estuvo descontento de mí...

Se aproximaron a una puerta al final del corredor. Automáticamente se abrió y el Gamorreano los introdujo de un empujón. Dentro, sus oídos fueron atacados por un estruendo ensordecedor: ruedas chirriantes, explosiones de innumerables motores, martillazos, ruidos de extrañas máquinas y unas constantes vaharadas de vapor que nublaban la visión. Aquello era un inmenso cocedero o bien el propio infierno programado.

Un agónico quejido electrónico, comparable al chirrido de un metal sometido a tremenda presión, atrajo sus miradas hacia una esquina de la habitación. Entre la ardiente neblina circulaba EV-9D9, un delgado robot de apariencia tan humana que incluso reflejaba en su rostro las bajas pasiones de los hombres. En la zona en sombra, tras 9D9, 3PO pudo ver cómo le arrancaban las piernas a un robot en un potro de tortura, mientras que a un segundo robot —colgado cabeza abajo— le aplicaban hierros candentes en los pies. Este robot había sido el

autor del terrible aullido electrónico que 3PO oyó antes, cuando se fundieron los circuitos sensores de su metálica piel. 3PO se bajo los efectos del sonido y sus circuitos crujieron, por empatía, con los del torturado robot.

9D9 se plantó frente a 3PO alzando efusivamente las pinzas que constituían sus manos.

—¡Ahí Nuevas adquisiciones —dijo con gran satisfacción—. Yo soy EV-9D9, Jefe de Operaciones Cyborg. Tú eres un robot de Protocolo, ¿no es cierto? :

—Yo soy Ce-3PO, especializado en Relaciones Cibernéticas Huma...

—Sí o no, es suficiente —dijo secamente 9D9.

—De acuerdo, sí —replicó 3PO. Ese robot, obviamente, iba a constituir un problema; era uno de esos tipos que han de demostrar que son más robots que ningún otro.

—¿Cuántos idiomas hablas? —prosiguió 9D9.

—Bien: se necesitan dos para participar en este juego, pensó 3PO. Buscó en sus archivos la secuencia introductora que resultara más oficial y significativa.

—Domino con fluidez seis millones de formas de comunicación y puedo...

—¡Magnífico! —interrumpió, jubiloso, 9D9—. No tenemos un robot de Protocolo desde que nuestro Amo se enfadó por algo que hizo el último y lo desintegró.

—¡Desintegrado! —gimió 3PO, mientras le abandonaba todo su aire ceremonioso y protocolario.

9D9 parlamentó con un cerduno guardia que apareció de improviso.

—Este nos será bastante útil; ponle unos grilletes y llévatelo al salón principal de audiencias.

El guardia gruñó y empujó rudamente a 3PO hacia la puerta.

—¡R2, no me abandones! —chilló 3PO, mientras el guardia, aferrándolo, lo sacaba a rastras.

R2 profirió un largo quejido al ver cómo sacaban a su amigo; Luego se volvió hacia 9D9 y expresó con furia su indignación. 9D9 se rió.

—Eres un pequeñajo bien ruidoso; pronto aprenderás modales. Te necesitaré para la Barcaza Velera del Amo. Recientemente han desaparecido algunos de nuestros robots pilotos, supongo que robados para ser utilizados como piezas de recambio. Creo que servirás perfectamente.

El robot del potro de torturas emitió un chirrido de alta frecuencia» chisporroteó brevemente y enmudeció.

La corte de Jabba el Hutt vibraba con maligno éxtasis. Oola, la bella criatura encadenada a Jabba, bailaba en el centro del salón mientras los embriagados menestruos entorpecían la danza con sus carcajadas. 3PO permaneció cautelosamente inmóvil, cerca del respaldo del trono, intentando pasar inadvertido. De cuando en cuando tenía que agacharse para esquivar los frutos que le arrojaban, o bien saltar evitando algún cuerpo que rodaba por el suelo. Más que nada, permanecía a la expectativa, semiapagado. ¿Qué otra cosa podía hacer un robot de Protocolo en un lugar donde existía tan poco?

Jabba miraba lascivamente tras el humo de su narguile y, por señas, llamó a la bailarina para que se sentara a su lado. Oola, bruscamente, dejó de bailar y se negó con la cabeza —el miedo asomó en sus ojos—. No era la primera vez que Jabba la requería.

Jabba se enfureció y, señalando un punto del estrado a sus pies, gruñó:

—¡Da eitha!

Qola negó con vehemencia, con el terror reflejándose en su rostro.

—Na chuba negatorie. ¡Na! ¡Na! ¡Natoota...! Jabba, lívido de rabia, señaló a Oola y ladró una sola palabra.

—¡Boscka!

Apretó un botón mientras soltaba la cadena que le unía con la danzarina. Antes de que Oola pudiera escapar, una trampilla enrejada se abrió a sus pies y cayó a un foso inferior. La reja se cerró de golpe. Hubo un breve silencio, seguido por un rugido retumbante y grave. Al poco, un grito de terror invadió la sala y, de nuevo, se hizo el silencio.

Jabba rió y rió hasta babear. Una docena de secuaces suyos se precipitaron a mirar por el emparrillado, y observaron la muerte de la nubil danzarina.

3PO se encogió aún más y miró desconsolado a la carbonitizada forma de Han Solo, suspendida sobre el suelo como un bajorrelieve. Él sí que era un humano sin sentido del protocolo, pensó melancólicamente 3PO.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por un extraño silencio que, repentinamente, descendió sobre la sala. Alzó el castro y vio a Bib Fortuna avanzar entre, la multitud acompañado por dos guardias Camorréanos y seguido por un Cazador de Recompensas de temible aspecto —con su casco y armadura— que arrastraba con una trailla a su presa: Chewbacca el Wookiee.

3PO asombrado sofocó un grito:

—¡Oh.no! ¡Chewbacca! —El futuro, en verdad, se presentaba tenebroso.

Bib musitó unas palabras en la oreja de Jabba señalando al Caza-recompensas y a su prisionero. Jabba escuchó con atención. El Cazador de Recompensas era un humanoide pequeño y delgado; una canana repleta de proyectiles se ceñía a su torso y la pequeña ranura ocular de su casco parecía conferirle el poder de ver a través de las cosas. Hizo una reverencia y habló en fluido Ubes.

—Saludos, ¡oh, Majestad! Yo soy Boushh. Era un lenguaje metálico, bien adaptado a la rarificada atmósfera del planeta de donde provenía su raza nómada.

Jabba respondió en el mismo idioma, aunque su Ubés era lento y vacilante.

—Por fin alguien me trae al poderoso Chewbacca..

Intentó continuar, pero no halló las palabras necesarias. Riendo sonoramente se volvió hacia 3PO.

—¿Dónde está mi robot intérprete?—tronó exigiendo que 3PO se acercara. De mala gana, el robot cortesano obedeció.

Jabba, de buen humor, ordenó:

—Da la bienvenida a nuestro mercenario amigo y pregúntale cuál es su precio por el Wookiee.

3PO tradujo el mensaje al Cazador de Recompensas. Boushh escuchó atentamente mientras estudiaba a quienes le rodeaban, las posibles vías de escape, los posibles rehenes y los puntos vulnerables. En particular, se fijó en Boba Fett —el enmascarado mercenario que capturó a Han Solo—, que estaba situado cerca de la puerta de salida.

Boushh valoró todo esto; en una fracción de segundo, luego habló calmosamente en su lengua nativa, dirigiéndose a 3PO.

—Aceptaré cincuenta mil, no menos.

3PO tradujo la respuesta a Jabba, quien inmediatamente se encolerizó y, con un golpe de su maciza cola, arrojó a 3PO fuera del estrado.3PO cayó con estruendo al suelo en confuso montón y permaneció inmóvil, inseguro de qué había de hacer en tal situación.

Jabba desvarió en un Huttés gutural; Boushh acercó su arma preparándose para usarla. 3PO suspiró, se recompuso y volvió al trono, traduciendo a Buoshh, aproximadamente, el confuso tropel de palabras que salían de la boca de Jabba.

—No pagará más de veinticinco mil —instruyó 3PO.

Jabba mandó que sus cerdunos guardias apresaran a Chewbacca, mientras dos Jawas cubrían a Boushh. Boba Fett también alzó su arma. Jabba añadió a la traducción de 3PO:

—Veinticinco mil y su vida.

3PO tradujo. Un tenso silencio descendió sobre el salón. Por fin, Boushh, suavemente, replicó a 3PO:

—Dile a esa basura fermentada que habrá de proponerme algo mejor o tendrán que recoger sus podridos trocitos de todos los rincones de la sala. Tengo en la mano una bomba termal.

3PO enfocó con rapidez la pequeña bola plateada oculta parcialmente por la mano izquierda de Boushh.

Se podía oír una débil pero ominosa vibración. 3PO miró nerviosamente, primero, a Jabba y, luego, a Boushh.

Jabba ladró al robot:

—¿Bien? ¿Qué es lo que ha dicho?

3PO aclaró su garganta.

—Su Alteza, él..., bueno..., él...

—¡Suétalo ya, robot! —rugió Jabba.

—¡Oh, cielos! —dijo el apurado robot. En su ínterin, se preparó para lo peor, mientras respondía a Jabba en perfecto Huttés—: Con todos los respetos, Boushh no está de acuerdo con su Elevada Persona y le ruega que reconsidere el precio..., o arrojará la bomba termal que está sosteniendo.

Un murmullo de desconcierto aleteó por el salón. Todo el mundo retrocedió unos pasos, como si con ello conjuraran el peligro. Jabba miraba fijamente la esfera en manos del Cazador de Recompensas. Comenzaba a brillar. De nuevo se hizo un silencio mortal.

Jabba clavó, con malevolencia, sus ojos sobre el cazador durante breves segundos. Luego, lentamente, una mueca de satisfacción cruzó su enorme y fea boca. Desde la biliosa sima de su estómago ascendió una risa burbujeante como el gas en un pantano.

—Este Cazador de Recompensas pertenece al tipo de carroña que me gusta. Arrojado e inventivo. Dile que treinta y cinco mil, ni uno más, y adviértele que no abuse de su suerte.

3PO suspiró aliviado al advertir el giro de la situación. Tradujo para Boushh, mientras todo el mundo, con las armas preparadas, esperaba su reacción.

Boushh pulsó un interruptor de la bomba termal y ésta se apagó.

—Zeebuss —asintió.

—Está de acuerdo —dijo 3PO a Jabba.

Los presentes se regocijaron y Jabba se relajó.

—Acércate, amigo, únete a la fiesta. Quizá encuentre otra tarea para ti.

3PO lo comunicó al Caza-recompensas y el festín continuó su ritmo frenético y depravado.

Chewbacca gruñó entre dientes mientras los guardias Gamorreanos le sacaban del salón. Podría partirles la cabeza por ser tan feos, o para recordar a todos los presentes de qué madera están hechos los Wookiees, pero cerca de la puerta localizó un rostro familiar. Escondido tras una pequeña máscara con colmillos de jabalí, se ocultaba un humano vestido con el uniforme de los guardias de las lanchas: Lando Calrissian. Chewbacca no dio muestras de haberlo reconocido y tampoco opuso resistencia al guardia que le escoltaba.

Lando se las había compuesto para introducirse en ese nido de gusanos meses antes, estudiando la posibilidad de liberar a Solo de las garras de Jabba. Y lo hacía por varias razones.

Primero porque sentía —con toda razón— que Han Solo se hallaba en tal situación por su culpa, y él quería subsanarla; siempre y cuando—por supuesto— no corriera peligro su integridad física. Deambular por la siniestra corte como si fuera un pirata más, no era ningún problema para Lando, habituado como estaba a usurpar distintas identidades.

En segundo lugar, quería unirse a los compañeros de Han, que eran los máximos dirigentes de la Alianza Rebelde. Luchaban, para derruir el Imperio y él no podía estar más de acuerdo con ello. La policía Imperial le había causado infinidad de problemas y quería devolverles los golpes. Además, a Lando le agradaba formar parte del grupo de Solo, ya que eran la vanguardia de la reacción contra el Imperio y adoraba hallarse en primera fila.

En tercer lugar, la Princesa Leia había solicitado su ayuda y él jamás podría negarse ante una princesa en apuros. Aparte de que uno jamás podía saber cómo lo agradecería en su día.

Finalmente, Lando apostaría, cualquier cosa en contra de la posibilidad de que Han fuera rescatado de un lugar como ése. Y Lando podría resistirlo todo, salvo el atractivo de una apuesta.

De ese modo empleó su tiempo observándolo todo. Observando y calculando. Tal como ahora hacía mientras se llevaban a Chewbacca. Observó y luego se deslizó por entre los muros.

La orquesta comenzó a tocar, dirigida por un gimiente ser de orejas caídas y cuerpo azul llamado Max Rebo. El salón se llenó de danzarinas, los cortesanos ulularon con regocijo y alcoholizaron aún más sus neuronas.

Boushh giró levemente, cambiando de postura, mientras acariciaba su arma como si fuese un bien inapreciable. Boba Fett permaneció inmóvil, arrogante y burlesco tras su máscara siniestra.

Los guardias Camorreanos condujeron a Chewbacca a través del oscuro corredor repleto de mazmorras. Un tentáculo sobresalió de una puerta intentando asir al meditabundo Wookiee.

—Rheeeaaar —rugió. El tentáculo retrocedió de inmediato.

La siguiente puerta estaba abierta y, antes que Chewie pudiera reaccionar, fue empujado violentamente por los guardias. La puerta se cerró bruscamente, dejándolo en completa oscuridad.

Alzó la cabeza y profirió un largo y lastimero aullido que atravesó la entera montaña de hierro, elevándose como una saeta hacia el paciente infinito estelar.

El salón del trono estaba silencioso, lóbrego y vacío de guardias. La noche se extendía por sus mugrientos rincones. Sangre, vino y esputos manchaban el suelo; andrajosas tiras de ropa festoneaban el mobiliario; cuerpos inconscientes yacían bajo mesas rotas. La bacanal había finalizado.

Una tenue silueta se deslizaba en silencio entre las sombras, ocultándose ora tras una columna, ora tras una estatua. Caminó subrepticamente a lo largo del perímetro del salón, deteniéndose un instante casi encima de la cara roncante de un Yak. En ningún momento hizo el menor ruido. Era Boushh, el Cazador de Recompensas. Alcanzó la alcoba con cortinajes a cuyo lado estaba la losa de Han Solo, colgando de la pared suspendida mediante un campo energético. Boushh echó una furtiva ojeada a su alrededor y luego pulsó un interruptor contiguo al ataúd de carbonita. El zumbido del campo de energía disminuyó y el pesado monolito descendió lentamente hasta el suelo.

Boushh se irguió y estudió la congelada faz del pirata del espacio. Tocó con suavidad la mejilla carbonitizada, como si fuera una piedra preciosa, y la halló dura y fría como el diamante.

Durante unos segundos estudió los controles laterales de la losa; luego accionó una serie de interruptores y, por último, lanzando una dubitativa mirada a la estatua viviente, bajó la palanca de descarbonización hasta situarla en su punto inferior.

La carcasa comenzó a emitir un sonido extremadamente agudo. Con ansiedad, Boushh escrutó las sombras a su alrededor, asegurándose de que nadie escuchaba. Poco a poco, la dura costra que recubría la cara de Solo empezó a fundirse. Instantes después la capa se retiró de todo el cuerpo de Solo, liberando sus alzadas manos —tanto tiempo congeladas en muda protesta— hasta que cayeron flojamente a sus costados. Su rostro, distendido, parecía una máscara mortuoria. Boushh extrajo del molde el cuerpo inanimado y lo depositó con delicadeza sobre el suelo.

Acercó su macabro casco al rostro de Solo, intentando percibir algún signo vital. No respiraba. No tenía pulso. De pronto, los ojos de Han. se abrieron y comenzó a toser. Boushh lo sujetó intentando calmarlo. Muchos guardias —ahora yacientes— podrían oírlos.

—¡Tranquilo! —susurró—. Tan sólo relájate.

Han miró con ojos estrábicos a la silueta velada situada encima de él.

—No puedo ver... ¿Qué es lo que pasa?

Comprensivamente, estaba desorientado tras haber vivido en suspensión animada seis meses en ese desértico planeta. Un período, para él, en el que el tiempo no había transcurrido. Era una sensación extraña y macabra, como si durante una eternidad hubiera intentado respirar, moverse, gritar; consciente en todo momento, dolorosamente sofocado. Y ahora, de forma repentina, caía por una fosa profunda, negra y fría.

Todos sus sentidos despertaron a la vez. El aire mordía su piel con mil dientecllos helados; el velo que nublaba su visión era impenetrable; el viento acariciando sus oídos poseía el volumen de un huracán; no distinguía entre arriba y abajo; miles de olores asaltaron su olfato mareándolo, no podía controlar su salivación, le dolían todos los huesos..., y entonces comenzaron las visiones.

Visiones de su infancia, de su último desayuno, de sus mil correrías..., como si todos los recuerdos e imágenes de su vida se condensaran en un globo y ese globo estallase vertiéndolas al unísono —en un microsegundo— sobre él.

Era casi abrumador. Una sobrecarga sensorial o, mejor dicho, una sobrecarga de la memoria. Muchos hombres habían enloquecido en esos primeros minutos posteriores a la descarbonización. Completa, inexorablemente enloquecidos. Incapaces ya de reorganizar los

diez billones de imágenes individuales que abarcan una vida, dentro de algún tipo de orden coherente y selectivo.

Pero Solo no era tan impresionable. Cabalgó la cresta de la ola de sus impresiones hasta que se apaciguó la resaca, sumergiendo la masa de sus recuerdos y dejando solamente que flotaran en la superficie los restos más recientes: la traición de Lando Calrissian, al que antaño llamó amigo; su achacosa nave; la última visión de Leia; su captura a manos de Boba Fett, el Cazarecompensas con su acerada máscara a quien...

Mas... ¿Dónde se hallaba ahora? ¿Qué había pasado?

Su última imagen era aquella de Boba Fett viéndole convertirse en carbonita. ¿Le habría descongelado Boba Fett para seguir vejándolo? El aire rugía en sus oídos. Su respiración era desacompasada y anormal. Golpeó con la mano el espacio a la altura de su cara.

Boushh intentó tranquilizarlo.

—Te has liberado de la carbonita y padeces el síndrome de la hibernación. Tu vista se recobrará con el tiempo. Vamos; hemos de apresurarnos en abandonar este lugar.

Reflexionando, Han aferró al Cazador de Recompensas y palpó la fría rejilla de su máscara. Entonces lo soltó. —No voy a ninguna parte, ni siquiera sé dónde estoy —dijo, mientras comenzaba a transpirar profusamente a medida que su corazón bombeaba sangre nuevamente y la mente le bullía con mil interrogantes.

—De todos modos, ¿quién eres tú? —preguntó con desconfianza. Quizá, pese a todo, era el propio Fett.

El Cazador de Recompensas, acercándose, se quitó el casco, revelando bajo él el rostro inconfundible de la Princesa Leia.

—Alguien que te ama—susurró, acariciando tierna mente la cara de Han con sus manos enguantadas y besándole largamente en los labios.

Capítulo II

Han forzó la vista intentando distinguir el rostro de la Princesa, pero su visión era semejante a la de un recién nacido.

—¡Leia! ¿Dónde estamos? —dijo.

—En el palacio de Jabba. Tengo que sacarte de aquí en seguida —contestó ella.

Han se sentó, temblando.

—Todo es tan difuso... No voy a serte de gran ayuda.

Leia observó largo rato a Han, su gran amor. Había viajado decenas de años luz para encontrarlo; había arriesgado su vida y perdido un tiempo vital para la causa Rebelde. Un tiempo que no debiera emplearse en cuestiones personales e intereses privados..., pero lo amaba. Sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Lo conseguiremos —susurró Leia.

Apasionadamente, le abrazó y besó de nuevo. La emoción embargó a Han. Volvía de la muerte para hallarse entre unos cálidos brazos, los mismos que le sustrajeron de las garras del negro vacío. Se sintió abrumado de felicidad, incapaz de moverse y de hablar, mientras la estrechaba con firmeza, cerrando sus ojos a todas las sórdidas realidades que pronto —bien lo sabía— se precipitarían sobre ellos.

¡Y tan pronto! Mucho antes de lo que imaginara Han, los acontecimientos vinieron a su encuentro.

Un inesperado y repelente zumbido brotó tras ellos. Han abrió de par en par los ojos, enfrentándose a un mar de negrura. Leia, girando con rapidez, lanzó una horrorizada mirada al habitáculo contiguo. La cortina se había alzado, dejando al descubierto una compacta reunión formada por los más repugnantes secuaces de Jabba; todos gruñendo, babeando, haciendo muecas burlonas.

Leia se tapó la boca con la mano para ahogar un gemido.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo Han, asiéndose la Princesa. Algo debía de ir tremendamente mal y él no podía siquiera perforar sus tinieblas.

Un cloqueo agudo y obsceno resonó al extremo de la habitación. Un cloqueo Huttés. Han inclinó la cabeza y cerró de nuevo los ojos, como si pudiera apartar de sí, por un momento, lo inevitable. —Conozco esa risa —dijo.

El extremo de la cortina se alzó de improviso y mostró a Jabba, Ishi Tit, Bib, Boba y a varios guardias Gamorreanos riéndose y mofándose hasta el escarnio.

. —¡Vaya, vaya! ¡Qué escena tan romántica! —ronroneo Jabba—. Han, camarada, han mejorado mucho tus gustos, aunque tu suerte no siga igual camino.

Aun ciego, Solo era capaz de fanfarronear con más volubilidad que un papagayo.

—Escucha, Jabba: yo venía hacia aquí para pagarte mi deuda, cuando me surgieron unos asuntos..., pero estoy seguro de que podremos solucionar el problema...

Jabba ahogó una auténtica carcajada.

—Demasiado tarde, Solo. Quizá hayas sido el mejor contrabandista de la galaxia, pero ahora no vales ni como forraje para un Bantha.—Borró de golpe su sonrisa y ordenó a los guardias con gesto imperioso—. ¡Cogedlo!

Los guardias apresaron a Leia y Han y sacaron a rastras al pirata Corelliano, mientras Leia quedaba forcéjeando en el sitio.

—Más tarde decidiré cómo matarlo —musitó Jabba

—Te pagaré el triple —chilló Solo—. Jabba, estás tirando una fortuna, no seas estúpido. —Con esto, Han fue arrastrado fuera de escena.

Saliendo de la fila de los guardias, Lando avanzó sobre Leia con rapidez e intentó llevársela aparte, pero Jabba los detuvo.

—¡Espera! ¡Tráemela! —ordenó.

Lando y Leia se detuvieron a mitad de camino. Lando estaba en tensión, inseguro de cómo proceder. Aún no era el momento oportuno para actuar. Los pronósticos no eran los adecuados: Sabía que su posición era idéntica a la de un as en la manga, y un as en la manga

es una baza que hay que saber utilizar en el momentó oportuno. —No íme pasará nada— susurró Leia.

—No estoy tan seguro —replicó él. La ocasión ya había pasado; ya nada se podía hacer. Él e Ishi Tib, el pajarito-lagarto, empujaron a Leia hasta situarla frente a Jabba.

3PO, que había seguido la escena desde su punto de observación detrás de Jabba, fue incapaz de seguir mirando y se dio la vuelta acongojado.

Sin embargo, Leia permaneció orgullosamente firme, encarándose al odioso monarca. Su cólera era extrema. Toda la galaxia estaba en guerra, y estar detenida en ese diminuto y polvoriento planeta por un tratante de escoria, era más ultrajante de lo que podía tolerar. Pese a todo, mantuvo serena la voz porque ella era, en el fondo, una princesa.

—Tenemos poderosos aliados, Jabba. Pronto lamentarás tu actitud —amenazó.

—Seguro, seguro —el viejo gángster bullía de júbilo—. Pero mientras tanto disfrutaré plenamente del placer de tu compañía.

Jabba asió con lujuria a la princesa, y tiró de ella hasta aproximar su rostro al de él, mientras que su aceitosa piel de serpiente comprimía el esbelto talle de Leia.

Ella quiso matarlo de un golpe, allí mismo y en ese preciso momento. Pero contuvo su rabia porque sabía que las restantes sabandijas la harían pedazos antes de que pudiera escapar con Han. Más adelante tendrían mejores oportunidades. Tragando saliva, aguantó lo mejor que pudo el contacto con la enorme babosa.

3PO lanzó una mirada furtiva e inmediatamente retiró la cabeza de nuevo.

—¡Oh no! No soy capaz de ver esto—dijo avergonzado.

La asquerosa bestia, sacando su gruesa lengua viscosa, imprimió un brutal beso en los labios de la princesa.

Han fue arrojado con rudeza a una mazmorra y la puerta se cerró con estruendo tras él. Cayó al suelo en plena oscuridad, se recobró lentamente y se sentó reclinado contra la pared. Durante unos instantes, desesperado, golpeó el suelo con los puños. Luego se apaciguó y trató de ordenar sus pensamientos.

Las Tinieblas. Bueno: ¡al diablo con ellas! La ceguera es la ceguera. De nada sirve buscar rocío en un meteorito..., pero era tan frustrante... revivir de la hibernación, ser salvado por la persona que...

¡Leia! El estómago del capitán estelar se encogió ante la idea de qué podría estarle sucediendo. Si tan sólo supiera dónde demonios se encontraba él ahora. Tanteando, golpeó la pared donde se apoyaba. Era de roca sólida.

¿Qué es lo que podía hacer? ¿Un trato? Quizá. Pero ¿con qué iba a hacer un trato? «Pregunta estúpida —pensó—. ¿Cuándo tuve jamás necesidad de poseer algo para negociar con ello?»

Y, de todos modos, ¿qué? ¿Dinero? Jabba tenía más del que podía contar. ¿Placeres? Nada complacería tanto a Jabba como profanar a la princesa y matarle a él. No, las cosas estaban tan mal que, de hecho, no podían ir peor.

Y entonces oyó el gruñido. Un bufido grave y terrorífico que surgía de las densas tinieblas en el extremo opuesto de la celda. El gruñido de una enorme y furiosa bestia. Todos los pelos de Solo se erizaron. Rápidamente se levantó, dando la espalda a la pared.

—Parece que tengo compañía —musitó.

La salvaje criatura bramó con demencial rugido: «Groawwrrgrrr», y saltó sobre Solo, al que alzó por los aires al tiempo que le abrazaba violentamente cortando su respiración.

Han se quedó paralizado durante largos segundos. Apenas daba crédito a sus oídos.

—Chewie ¿eres tú? —exclamó.

El gigantesco Wookiee ladró jubiloso. Por segunda vez en una hora, la felicidad embargó a Han, aunque esta vez por muy distinto motivo.

—Muy bien, muy bien. Espera un segundo: ¡me estás aplastando! —protestó.

Chewbacca depositó en el suelo a su amigo y Han se irguió para rascar el pecho de la peluda criatura. Chewie ronroneó como un gatito.

—Okey, ¿qué ha pasado por ahí durante mi ausencia?

Prontamente fue puesto al día. Podía considerarse extremadamente afortunado; estaba con alguien con quien poder desarrollar un buen plan de fuga, y ese alguien sea nada menos que el amigo más fiel de la galaxia. Chewie continuó informándole sin parar:

—Arf arararg graoor rrogr rrowa auowvargs groprasp —ladró.

—¿Que Lando planea algo? ¿Que demonios hace él aquí? —se asombró Han. Chewbacca ladró un buen rato.

—¡Luke está loco! —dijo, meneando la cabeza—. ¿Por qué le escuchaste? Ese chico apenas sabe mismo; luego mucho menos rescatar a nadie.

—Rowr arrgr grooarr rrárrwar grrff —porfió Chevbacca.

—¿Un caballero Jedi? ¡Venga ya! Salgo de rato y la gente comienza a hacerse ilusiones... exclamo escéptico, Han.

Chewbacca rugió con insistencia y Han, en la oscuridad, asintió dubitativamente.

—Me lo creeré cuando lo vea —comentó mientras andaba hacia la pared—. Si me permites la expresión.

El metálico portón principal del palacio de Jabba, engrasado sólo por el tiempo y la arena, chirrió con estrépito al abrirse. De pie, en medio del vendaval de arena, con la vista fija en la cavernosa entrada, estaba Luke Skywalker.

Iba envuelto con el traje de los Caballeros Jedi —una sotana en realidad—, pero no llevaba ni pistola ni espada de láser. Permaneció inmóvil, sin precipitarse, estudiando el lugar antes de entrar. Ahora era, en verdad, un hombre. Más sabio y más adulto. Envejecido no tanto por el transcurso de los años como por las pérdidas sufridas. Había perdido ilusiones y amigos en la guerra. Había perdido sus posesiones. Le faltaban el sueño y los motivos de regocijo. Había perdido también su mano. Pero de todas sus pérdidas, la mayor radicaba en su conciencia: le era imposible olvidar cuanto sabía. Deseaba no haber aprendido tanto; había envejecido con el peso de sus conocimientos.

Mas el Conocimiento produce beneficios, por supuesto. Ahora era menos impulsivo. La madurez le confería una mayor perspectiva; una estructura dónde fijar los eventos de su vida. Esto es: una cuadrícula de coordenadas que abarcaban toda su existencia, desde sus primeros recuerdos hasta sus cien posibles futuros. Un enrejado repleto de huecos, acertijos e intersticios a través de los cuales Luke podía curiosear cada instante de su vida, observando con justa perspectiva. Una cuadrícula compuesta por sombras y rincones que se extendía: hasta el límite del horizonte de la mente de Luke. Y eran sombrías retículas las que, precisamente otorgaban perspectiva a las cosas..., aunque también cierta lobreguez a su vida.

No una lobreguez terrible, por supuesto. Cualquiera; podría decir que estos aspectos sombríos conferían pro fundidad a su personalidad precisamente ahí donde poseía menor relieve. Pero una reflexión semejante seguramente provendría de algún crítico desencantado que reflejara una época igualmente desencantada. Pese a todo, ahora sí que existía cierta oscuridad en la galaxia.

También existían otras cualidades que era necesario adquirir: la racionalidad, la elegancia y la capacidad de elegir. De las tres, la última era la más importante, aunque fuera una espada de doble filo.

Ahora, Luke estaba más preparado. Su precocidad inicial se había transformado en dominio casi completo de la disciplina Jedi.

Todos estos atributos eran realmente codiciables; además, Luke sabía que habrían de desarrollarse como sucede con todo lo viviente. Pese a ello, arrastraba cierta; tristeza, cierto sentimiento de lástima. Mas, ¿quién soportaría ser como un niño en los tiempos que corrían?

Resueltamente, Luke entró en el arcade vestíbulo.

Casi inmediatamente, dos guardias Gamorreanos le interceptaron el camino y uno de ellos vociferó en tono que no admitía réplica:

—¡No chuba!

Luke alzó la mano señalando a los guardias. Antes que ninguno pudiera desenfundar la pistola, cayeron de rodillas boqueando, asfixiándose, sujetándose la garganta con las manos. Luke bajó la mano y continuó su camino. Los guardias, capaces de respirar de nuevo, se desplomaron sobre los enarenados escalones sin intentar perseguir a Luke.

Antes de llegar al siguiente cruce, Bib Fortuna se dirigió hacia Luke lanzando un confuso tropel de palabras. El joven Jedi, impasible, siguió andando. Bib, quedándose con la palabra en la boca, hubo de volver tras sus pasos para poder alcanzar a Luke y proseguir su monserga.

—Tú debes de ser el llamado Skywalker. Su Excelencia no quiere verte—advirtió Bib.

—Hablaré con Jabba ahora mismo. —Luke habló quedamente y sin detener su marcha. Adelantaron a varios guardias que estaban en un corredor y éstos comenzaron a seguirlos.

—El gran Jabba está dormido —explicó Bib—. Me instruyó para que te diga que no acepta ningún trato.

Luke se detuvo bruscamente y miró, con fijeza, a Bib. Alzó apenas la mano mientras giraba levemente la muñeca.

—Me conducirás a Jabba en seguida —ordenó.

Bib hizo una pausa, inclinando la cabeza. ¿Cuales tiran sus instrucciones? ¡Oh, sí! Ahora recordaba.

—Te llevaré inmediatamente a presencia de Jabba —asintió.

Se dio la vuelta y recorrió el zigzagueante pasillo, que conducía a la cámara del trono. Luke lo siguió, adentrándose en la oscuridad.

—Eres un buen siervo de tu amo —susurró en el oído

—Soy un buen siervo de mi amo -afirmo Bib, muy convencido.

—Seguro que te recompensarán por ello —añadió Luke.

—Seguro que seré recompensado —sonrió satisfecho Bib.

Cuando Luke y Bib entraron en el salón de la corte de Jabba, el ruidoso tumulto se acalló súbitamente al sentir la presencia de Luke. Todo el mundo percibió el cambio.

El lugarteniente de Jabba y el Caballero Jedi se acercaron al trono. Luke vio que Leía estaba sentada junto a la voluminosa panza de Jabba, encadenada por el cuello y vestida con la diminuta prenda de las danzarinas. Podía detectar su sufrimiento, incluso a través del salón, pero su rostro no registró ningún cambio; ni siquiera la miró, procurando borrar la angustia de su mente. Necesitaba concentrar todas sus energías en Jabba.

Leía, a su vez, advirtió el problema al instante y cerró su mente a Luke para evitar distraerlo, a la par que dejaba un resquicio abierto, listo para recibir cualquier señal que la impulsara a actuar. Se sentía pletórica de posibilidades.

3PO atisbo, tras el trono, la aproximación de Bib.

Por vez primera en muchos días, repasó su programa de esperanzas.

—¡Ah! Por fin, el amo Luke viene a rescatarme dé aquí —se alegró.

Bib se plantó orgullosamente frente a Jabba y dijo:

—Amo, le presento a Luke Skywalker, Caballero Jedi.

—Te dije que no lo recibieras —mugió en Huttés la gansteril babosa.

—Ha de concedérseme la palabra. —Luke habló quedamente, pero su voz fue oída en toda la sala.

—Se le debe conceder la palabra —asintió, pensativo, Bib.

Jabba, furioso, golpeó a Bib en la cara y le arrojó al suelo.

—¡Idiota! ¡Débil mental! ¡Está sirviéndose de un viejo truco Jedi! —rabió.

Luke dejó que la abigarrada horda que le rodeaba se desvaneciera en lo más recóndito de su consciencia para lograr que Jabba ocupara por completo su mente.

—Traerás a mi presencia al Capitán Solo y al Wookiee —ordenó a Jabba.

—Tus poderes mentales no me afectan —sonrió, inexorable, Jabba. —Los esquemas de pensamiento humanos no tienen ningún efecto sobre mí. Además, ya mataba a los de tu clase en la época en que ser Jedi significaba algo.

Luke modificó su actitud, tanto interna como externamente.

—No importa: me llevaré al Capitán Solo y sus amigos. Puedes beneficiarte por ello o... ser destruido. Te toca elegir, pero te advierto que no subestimes mis poderes habló en su propio idioma, que Jabba bien comprendía.

Jabba estalló en carcajadas propias de un león al que lo amenaza un ratón.

3PO, que había seguido el diálogo atentamente, se inclinó hacia adelante y susurró a Luke:

—Amo,, te estás imponiendo... —Bruscamente, un día detuvo al atribulado robot y, de un empujón, lo devolvió a su sitio.

—No habrá ningún trato, joven Jedi —dijo Jabba, cortando sus risas y frunciendo el ceño—. Disfrutaré viéndote morir.

Luke alzó su mano derecha. Una pistola saltó fuera de la funda del guardia más próximo y aterrizó limpiamente en la palma de la mano del Jedi. Luke apuntó a Jabba con el arma.

Jabba escupió una sola palabra:

—¡Boscka!

El suelo repentinamente desapareció bajo los pies de Luke, enviándole, junto con el guardia al foso inferior. La trampilla enrejada se cerró al momento y todos los brutales cortesanos se abalanzaron para no perderse el espectáculo.

—¡Luke! —chilló Leia. Una parte de sí misma pareció desgajarse y caer al foso con él. Intentó saltar hacia delante, pero se lo impidió la cadena del cuello. Estridentes carcajadas atronaron la sala clavándose en Leia como espinas. Sin embargo, agudizó su atención disponiéndose para huir.

Un guardia humano le tocó en el hombro y ella lo miró. Era Lando, que, con gesto apenas perceptible negó con la cabeza. Leia se relajó y abandonó la idea de la huida. No era el momento oportuno. Lando lo sabía, pero ahora sí que tenían una buena mano. Todas las mejores cartas estaban ya allí: Luke, Han, Leia, Chewbacca... y la vieja y bravía carta del propio Lando. Por ello, no convenía que Leia revelara el juego antes de que finalizaran las apuestas. Los intereses eran demasiado elevados.

Abajo, en la fosa, Luke se levantó del suelo. Estaba en una enorme y cavernosa mazmorra con peñascos que sobresalían de las agrietadas paredes. Esparcidos por el suelo se veían los huesos a medio roer de incontables animales. Olía a carne putrefacta y terror condensado.

Ocho metros por encima de él, en el techo, vio la rejilla metálica a través de la cual atisbaban los repugnantes cortesanos de Jabba.

El guardia, a su lado, prorrumpió a chillar desaforadamente al abrirse, con sordo retumbo, una puerta lateral de la caverna. Con infinita calma, Luke inspeccionó los alrededores mientras se quitaba el manto que cubría la túnica de Jedi, liberando así sus movimientos. Se acuclilló pegado a la pared, observando.

Por el pasadizo lateral surgió el gigantesco Rancor. Del tamaño de un elefante, era un ser en cierto modo reptilésco y en cierto modo informe como una pesadilla. Su enorme boca, chirriante, recorría asimétricamente la cabeza; sus fauces y garras sobrepasaban toda proporción. Claramente era un mutante, salvaje como la locura.

El guardián recogió la pistola de entre la basura donde había caído y disparó varias andanadas de láser al horrible monstruo. Sólo logró enfurecer a la bestia que se abalanzó sobre el guardia.

El guardia siguió disparando, más la bestia, ignorando las ráfagas de láser, agarró al histérico guardia, lo aplastó con sus babeantes mandíbulas y lo engulló de un solo golpe. Los espectadores, allá arriba, aplaudieron y rieron con entusiasmo arrojando luego algunas monedas.

El monstruo se giró y arrancó hacia Luke. El Caballero Jedi saltó los ocho metros que le separaban del techo y se asió a la enrejada trampilla. La muchedumbre abucheó la hazaña. Mano tras mano, Luke comenzó a recorrer la reja, dirigiéndose al rincón de la cueva, luchando por no soltarse, mientras la audiencia— chillaba y protestaba. Una mano resbaló de su grasiento asidero y el joven Jedi se balanceó precariamente justo encima del bramante monstruo.

Dos Jawas corrieron sobre la reja y machacaron los dedos de Luke con la culata de sus rifles; la muchedumbre rugió de nuevo mostrando su acuerdo.

El Rancor lanzaba zarpazos a las piernas de Luke sin lograr alcanzarlo. De improviso, Luke se soltó de la reja y cayó directamente sobre el ojo del mutante y de ahí saltó al suelo.

El Rancor rugió de dolor, mientras daba traspies y se golpeaba la cara para aliviar la agonía. Corrió en círculo varias veces hasta que localizó a Luke y se abalanzó contra él. Luke se

agachó para recoger un hueso de alguna enorme víctima precedente, y lo blandió contra el enfurecido mutante. La tribuna de espectadores, divertida, aullaba de risa.

El monstruo aferró a Luke y lo atrajo hacia su boca salivante. En el último instante, Luke calzó el hueso dentro de las fauces del Rancor y saltó al suelo. La bestia, bramando y debatiéndose, corrió hasta chocar de cabeza contra la pared. Varias rocas se desmoronaron, iniciando un alud que casi entierra a Luke, mientras se introducía en una grieta. La muchedumbre allá arriba aplaudió al unísono.

Luke intentó aclarar su mente. El miedo es una espesa nube, solía decirte Ben. Convierte el frío en hielo y la oscuridad en tinieblas, pero deja que se alce esa nube y se disolverá. Así, Luke permitió que ascendiera por encima del clamor de la bestia y analizó las formas en que podría utilizar en provecho propio la furia de la triste

No era una bestia demoníaca: eso era evidente. Si hubiera sido totalmente maligna, su perversidad se podría volver contra sí misma fácilmente; porque la maldad pura —como Ben decía— al final siempre es autodestructiva. Pero este monstruo no era malvado, sino sólo estúpido y maltratado; Hambriento y dolorido, destrozaba cuanto se ponía a su alcance. Considerarlo como algo malvado sería sólo una proyección de las facetas sombrías del propio Luke. Además sería una falsedad y, ciertamente, no le ayudaría a salir de esa situación.

No, tenía que mantener despejada la mente, eso era todo, y, de ese modo, derrotar en ingenio al salvaje bruto y sacarlo de su miseria. Lo ideal sería dejarlo suelto por la corte de Jabba, pero no parecía factible. Consideró, entonces, dar a la criatura los medios para que pusiera fin a su sufrimiento. Desgraciadamente, la bestia estaba demasiado furiosa como para percibir el consuelo que la muerte le otorgaría. Luke comenzó a examinar los contornos de la cueva intentando madurar algún plan específico.

Mientras tanto, el Rancor había logrado arrojar el hueso de su boca y, enrabietado, escarbaba furiosamente entre los escombros buscando a Luke. Luke, aunque los cascotes dificultaban su visión, divisó una concavidad al fondo de la cueva y, tras ella, una puerta de servicio. ¡Si pudiera llegar hasta allí!

El Rancor desplazó un pedrusco y localizó a Luke que reculaba por la grieta. Vorazmente, introdujo una zarpa, intentando extraer al muchacho: Luke asió un pedrusco y golpeó con todas sus fuerzas el dedo de la criatura. Al brincar el Rancor, aullando de dolor una vea más, Luke corrió hacia el hueco.

Alcanzó el pasillo que conducía a la puerta y se metió por él. A su frente, una verja de fuertes barrotes bloqueaba el camino; tras la verja, a un lado, dos guardias estaban sentados cenando: Alzaron la vista cuando entró Luke, se levantaron de sus asientos y se aproximaron a la verja. Luke se giró a tiempo de ver cómo el Rancor se acercaba pleno de furia. Aferró la verja y trató de abrirla. Los guardianes enarbolaron sus puntiagudas lanzas y le agujonearon a través de los barrotes, mientras se reían y continuaban mascando su comida. El Rancor estaba cada vez más próximo al joven Jedi.

Luke se aplastó contra la pared cuando el Rancor comenzó a penetrar en la concavidad anterior. De repente, en la pared opuesta, tras las rejas, vio un panel de control. Mientras el Rancor le buscaba con ánimos más que asesinos, Luke levantó una esquirla del suelo y arrojó con todas sus fuerzas contra el panel.

El tablero estalló, produciendo una cascada de chispas. La gran reja de hierro del tedio cayó crujiendo sobre la cabeza del Rancor, a la que aplastó como si fuera un melón maduro.

Los espectadores boquearon al unísono y se quedaron silenciosos, asombrados por el increíble giro de la situación. Todos miraron a Jabba, que estaba a punto de estallar de rabia. Nunca había sentido tal furia. Leia intentó ocultar su deleite, pero no pudo evitar una sonrisa que aumentó, si ello era posible, la cólera de Jabba. —Sacadlo de ahí —vociferó a los guardias—, Y traerme a Solo y al Wookiee. Pagarán todos esta afrenta.

En el foso, Luke aguardó tranquilamente en pie a que los secuaces de Jabba, corriendo le maniataran y sacaran de allí.

El guardián que cuidaba del Rancor lloró profusamente sobre el cadáver de su mascota. La vida para él iba a ser una proposición solitaria desde entonces.

Han y Chewie fueron conducidos a presencia de un Jabba hirviente de ira. Han avanzaba, con los ojos aún medio cerrados, dando traspiés. 3PO enormemente inquieto, estaba de pie, escuchándose tras el Hutt. Jabba mantenía a Leia atada muy cerca de sí, acariciando su pelo en un intento de calmarse. Un constante murmullo llenaba el salón al preguntarse la canalla qué iba a suceder y quiénes serían los afectados.

Con un revuelo, varios guardias —incluido Lando Calrissian— introdujeron a Luke en el salón. Los cortesanos, retrocediendo en revueltas oleadas, formaron un pasillo.

Al llegar Luke frente al trono, saludó a Solo con una sonrisa.

—Me alegra verte aquí, viejo amigo —exclamó.

La faz de Solo brilló de alegría. Parecía no haber fin en el número de amigos que aterrizaban de improviso.

—¡Luke! ¿Estás tu también metido en este lío? —preguntó.

—No quería perdérmelo —sonrió Skywalker. Durante un instante se sintió rejuvenecido.

—Bueno: ¿cómo nos va? —preguntó Han, alzando las cejas,

—Igual que siempre —replicó Luke.

¡Oh, oh! —dijo para su colete Han. Se sentía ciento por ciento relajado. ¡Igual que en los viejos tiempos! Pero, instantes después, un pensamiento le heló el corazón—. ¿Dónde está Leia? ¿Está...?

Los ojos de Leia habían estado pendientes de Han desde el momento en que entró en el salón, sintonizando su espíritu con el de él. Cuando ahora preguntó por ella respondió al instante desde su puesto en el trono de Jabba:

—Estoy perfectamente, pero no sé por cuanto tiempo soportaré al babeante amigo tuyo que está a mi lado.

Leia habló en tono ligero para no preocupar a Solo. Además, ver a todos sus amigos reunidos le hacía sentirse casi invencible. Han, Chewie, Luke, Lando, incluso 3PO, que estaba remoloneando por ahí en un intento de pasar inadvertido., Leia deseaba reír, abrazarlos a todos y darle a Jabba un buen puñetazo en la nariz.

De pronto, Jabba bramó, acallando a todos los presentes

—¡Robot Intérprete!

Tímidamente, 3PO dio un paso al frente embarazado y, con gesto remiso, se dirigía a los cautivos:

—Su Excelencia, el gran Jabba el Hutt, ha decretado que habéis de ser exterminados inmediatamente...

—Eso está bien —interrumpió Solo—. Detesto —que me hagan esperar.

—Vuestra extrema ofensa a Su Majestad —continuo 3PO— exige que muráis del modo más terrible...

—Sería ridículo hacer las cosas a medias —cloqueo Solo, interrumpiendo de nuevo. Jabba llegaba a ocasiones, enormemente fatuo y pomposo; más a aún con los discursitos del viejo Lingote de Oro.

3PO podía soportar cualquier cosa, excepto que lo interrumpieran. Sencillamente lo odiaba. Sin embargo, se contuvo y prosiguió:

—Seréis llevados al Mar de las Dunas, donde os arrojarán al Gran Hoyo de Carkoon...

—No me parece mal la cosa —¿dijo Han, de hombros y dirigiéndose a Luke.

3PO ignoró el inciso.

—....donde mora el Todopoderoso Sarlacc. En su estómago descubriréis una nueva definición del dolor y el sufrimiento, mientras sois digeridos durante mil años.

—Mejor evitar la segunda parte —reconsideró Solo. Mil años era un poco excesivo.

Chewie ladró su más completo acuerdo.

—Debieras haber pactado, Jabba —dijo Luke, sonriendo levemente—: éste es el último error de tu vida.

Luke no podía ocultar la satisfacción que embárgate su voz. Jabba era, para él, despreciable: una sanguijuela que absorbía la vida de cuanto tocaba. Luke deseaba poder reducirlo a cenizas y se alegraba, en el fondo, de que no hubiera negociado porque ahora le arrebataría la vida;

Por supuesto, el primer objetivo consistía en liberar a sus amigos, a quienes apreciaba de todo corazón; ahora le guiaba esa preocupación por encima de todo. Pero eliminar de paso a la gangsteril babosa era un proyecto que añadía una sombría satisfacción a sus propósitos.

—¡Llevároslos! —tronó Jábba diabólicamente. Al fin, una nota placentera en un día triste, porque alimentar al Sarlacc le ocasionaba tanto regocijo como alimentar al Rancor. ¡Pobre Rancor!

Un rugido de aprobación se elevó de la reunión cuando se llevaron a los prisioneros. Leía, enormemente preocupada, los siguió con la mirada y sorprendió una amplia y genuina sonrisa iluminando el rostro de Luke. Suspiró profundamente, expeliendo sus dudas.

La enorme Barcaza Velera antigravitacional de Jabba se deslizaba lentamente sobre el interminable Mar de las Dunas. Su casco metálico, erosionado por la arena, crujía bajo la ligera brisa que apenas henchía las dos grandes velas, como si incluso la naturaleza enfermara en presencia de Jabba. Bajo la cubierta, rodeado por su corte, Jabba escondía su decadente espíritu de los depuradores rayos solares.

A los costados de la barcaza, dos pequeñas lanchas flotaban en formación. Una era una lancha de escolta, con seis piojosos soldados a bordo; la otra, una lancha armada con un cañón y que contenía a los prisioneros. Han, Chewie, Luke, todos atados y custodiados por guardias armados: Barada, dos Weequays y Lando Calrissian.

Barada era el tipo de individuo con el que no se podía siquiera bromear. Siempre al acecho, sujetaba el rifle como si no deseara otra cosa que utilizarlo.

Los Weequays formaban una extraña pareja. Eran dos curtidos hermanos, completamente calvos, salvo por un mechón de pelo trenzado que colgaba a un lado, a la usanza de su tribu. Nadie estaba seguro de si Weequay era el nombre de la tribu o el nombre de su especie, ni de si todos los de la tribu eran hermanos y se llamaban por igual, Weequays. Sólo se sabía que esta pareja respondía a ese nombre y que trataban al resto de las criaturas con la mayor indiferencia. Entre ellos eran delicados y amables, casi tiernos, pero, al igual que Barada, esperaban con ansia que los prisioneros les proporcionaran una excusa para acribillarlos.

Y Lando, por supuesto, silencioso y preparado, aguardando que se presentara la oportunidad. La situación le recordaba aquella estratagema que empleó en Pesmenben IV, cuando rociaron sus dunas con carbonato de litio para obligar al gobernador Imperial a que les arrendará el planeta. Lando, disfrazado de guardia minero autónomo, hizo que el gobernador yaciera boca abajo en el fondo de la lancha y arrojó por la borda su tesoro cuando los oficiales del sindicato les abordaron. No le sucedió nada aquella vez y ahora esperaba repetir su suerte, salvo que esta vez habría de arrojar por la borda a los guardias.

Han agudizaba el oído, ya que sus ojos aún le eran inútiles. Hablaba con temeraria volubilidad para acostumar a los guardias a su charla y sus movimientos así, cuando llegara el momento de moverse de *verdad* los guardias reaccionarían con un leve retraso. Y por supuesto, también hablaba para escucharse a sí mismo.

—Creo que mi vista está mejorando —dijo, mientras bizqueaba enfocando a la arena—. En lugar de borrón oscuro veo un gran borrón brillante.

—Créeme: no te estás perdiendo nada Luke—. Yo crecí aquí.

Luke pensó en su infancia en Tatooine, cuando vivía en la granja de su tío y navegaba veloz sobre la llanura, con un pequeño deslizador terrestre y alguno de sus pocos amigos —hijos de otros colonos asentados en el desierto—. No había en realidad más quehacer, tanto para los hombres como para los chicos, que navegar sobre las monótonas dunas y evitar encuentros con irritables jinetes Tusken, los Moradores de las arenas, que atesoraban la arena como si fuera oro en polvo. Luke conocía bien el lugar.

Aquí conoció a Obi-Wan Kenobi, el viejo Ben, el ermitaño que moraba tan en el corazón del desierto que nadie le conocía. El primer hombre que mostró a Luke cuál era el camino del Jedi.

Luke pensaba ahora en él con profundo amor y gran pesar. Porque Ben fue, más que nadie, el agente de los descubrimientos y pérdidas de Luke y, también, de los descubrimientos de las pérdidas.

Bén llevó a Luke a Mos Eisley, la ciudad pirata en la cara oeste de Tattoine, a la cantina donde encontró por vez primera a Han Solo y Chewbacca el Wookiee. Ben viajó con él a la ciudad cuando las tropas de asalto Imperiales mataron al tío Owen y a la tía Beru, buscando a los robots fugitivos R2 y 3PO.

Así fue como todo comenzó para Luke, aquí en Tattoine. Conocía este lugar como si fuera un sueño que se repitiera y, además, había jurado que nunca volvería.

—Crecí aquí —repitió suavemente.

—Y ahora vas a morir aquí —replicó Solo.

—No pienso hacer tal cosa —dijo Luke, saliendo de su ensueño.

—Si ése es tu gran plan, hasta ahora no me vuelve loco dé alegría —respondió, escéptico. Solo.

—El palacio de Jabba estaba demasiado bien custodiado —explicó Luke—. Tenía que sacarte de allí. Tan sólo permanece junto, a Chewie y Lando, nosotros nos ocuparemos de todo.

—Apenas puedo esperar. —Solo se desmoralizó al pensar que toda la huida dependía de la confianza de Luke en sus poderes de Jedi. Una premisa muy cuestionable, considerando que los Jedis eran una hermandad extinta y que utilizaban una Fuerza en la que; de todos modos; él no creía en absoluto. Él creía en una nave veloz y unos buenos explosivos, y todo lo que deseaba era tenerlos en ese momento.

Jabba estaba sentado en el camarote principal de la Barcaza Velera, rodeado por todo su séquito. La fiesta del Palacio simplemente continuaba, salvo que ahora los jaraneros se bamboleaban más violentamente y se mascaba el tipo de atmósfera que precede a un linchamiento. El deseo de sangre y la beligerancia alcanzaban nuevas cotas.

Trespeo estaba inmerso en el ambiente hasta el cuello. En ése momento se veía forzado a traducir una discusión entre Ephant Mon y Ree-Yees sobre algún tema guerrero incomprensible para él. Ephant Mon, un carnoso paquidermo-con un feo hocico colmilludo, mantenía —para el modo de pensar de 3PO— una postura insostenible. Sin embargo, Migaja Salaz, el reptilesco y demente mono, sentado sobre el hombro de Ephant, repetía todo cuanto éste decía y, por tanto, redoblaba el peso de los argumentos de Ephant.

Ephant concluyó su parrafada con una incitación típicamente belicosa:

—¡Wooossie jawamba boog! —tronó el macizo paquidermo.

3PO no tenía, en principio, ninguna intención de traducir esa frase a Ree-Yees, el de la cabeza con tres ojos que ya estaba borracho como una cuba. No quería, pero lo hizo.

—¡Backawa! ¡Backawa! —replicó el de los tres ojos, dilatándose éstos por la furia.

Y, sin más preámbulos, descargó un puñetazo tal en los morros de Ephant Mon que lo envió volando sobre un grupo de Cabezas: de Calamar.

Ce-3PO creyó que esa respuesta no necesitaba, traducción y aprovechó la confusión para deslizarse a un lado cuando, de pronto, chocó con un pequeño ¡robot que servía bebidas. Las bebidas volaron salpicándolo todo.

El terco y pequeño robot prorrumpió en una cascada de biips, bocinazos y silbidos reconocibles al instante por 3PO. Miró hacia abajo con tremendo alivio.

—¡R2! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó con alegría.

—duuuWEEp ehWhrRrree bedzhng —silboteó R2

—Ya veo que estás sirviendo bebidas, pero este lugar es muy peligroso. ¡Van a ejecutar al amo Luke y, si nos descuidamos, a nosotros también!

R2 silbó con aparente indiferencia.

—Me gustaría poder confiar en ti —replicó sombría? mente 3PO.

Jabba rió entre dientes al ver derrumbarse a Ephant Mon. Le encantaban los buenos puñetazos. Especialmente adoraba ver cómo se desmoronaban los fuertes, como su orgullo rodaba por tierra.

Con sus abotargados dedos dio unos tironcitos a la cadena atada al cuello de la Princesa Leia. Cuanta más resistencia ofrecía, más babeaba de placer, hasta al fin atrajo hacia sí de nuevo a la escasamente vestida princesa.

—No te apartes demasiado, encanto. Pronto empezaras a apreciarme —dijo, mientras, aproximándola aún más, la forzaba a beber de su vaso.

Leia abrió la boca, evitando pensar en nada. Era, en efecto, repugnante, pero había cosas mucho peores y, todos modos, esto no podía durar mucho.

Bien conocía otros sufrimientos más terribles. Su punto de comparación era la noche en que fue torturada por Darth Vader. Casi se derrumbó. El Señor Oscuro nunca supo lo cerca que estuvo de sonsacar toda la información que quería: la ubicación de la base Rebelde. Vader la capturó justo cuando se las había arreglado para enviar a R2 y 3PO en busca de ayuda. La capturó, llevándola a la Estrella de la Muerte, donde le inyectó drogas debilitadoras de la mente y la torturó.

Atormentó primero su cuerpo, mediante sus eficientes robots especialistas en tortura: Agujas, cuchillos de fuego, electropinchazos, agudas presiones en ciertos puntos. Ella soportó todos los dolores como ahora soportaba el abominable contacto con Jabba: con una fortaleza propia e interna.

Se deslizó medio metro apartándose de Jabba —ahora que estaba distraído— para atisbar entre los intersticios de las mugrientas ventanas y los polvorientos rayos, solares, a la lancha que transportaba a sus rescatadores.

La lancha se estaba deteniendo.

El convoy entero estaba, de hecho, inmovilizándose sobre una enorme fosa de arena. La Barcaza Velera se hizo a un lado de la gigantesca depresión junto a la lancha de escolta. La de los prisioneros navegó hasta situarse indirectamente sobre la fosa, flotando a unos diez metros de ahora del centro de la depresión.

En la base del cono de arena se abría, repulsiva, una cavidad rosácea formada por una membrana que segregaba un espeso mucus y se fruncía levemente, casi inmóvil. El agujero tenía tres metros de diámetro y sus paredes estaban festoneadas por tres filas de dientes agudos, como los de un tiburón e igualmente inclinados hacia adentro. La arena se mezclaba con el mucus que manaba de los costados de la abertura y, ocasionalmente, una poca caía dentro de la negra cavidad central.

Así era la boca del Sarlacc.

En un Costado de la lancha de los prisioneros sobresalía una plancha de hierro. Dos guardias desataron las ligaduras de Luke y, con bruscos empujones, le colocaron sobre la plancha, justo encima del orificio en la arena que ahora comenzaba a ondularse con movimiento peristáltico y a secretar espesa saliva al que estaba a punto de recibir.

Jabba, junto con su festivo grupo, se desplazó al puente de observación. Luke se frotó las muñecas para restaurar la circulación. El vibrante calor del desierto templaba su espíritu. Por fin, éste sería su hogar para siempre. Nacido y crecido en un terruño Vanita. Divisó a Leia, de pie junto a la barandilla de la gran barcaza, y guiñó un ojo. Leia devolvió el guiño.

Jabba ordenó acercarse a 3PO y susurró órdenes al dorado androide. 3PO se aproximó a un interfono. Jabba alzó, imperioso, un brazo y el abigarrado conjunto de piratas intergalácticos acalló al instante el griterío. La voz de 3PO brotó amplificadora por el altavoz.

—Su Excelencia desea que mueran honorablemente.—anunció 3PO, sin escandalizarse en absoluto. Quizá alguien le introdujo un programa erróneo. Además, él era tan sólo un androide, con funciones bien delimitadas: traducir y hablar literalmente, nada de interpretar. Meneó la cabeza y prosiguió—: Si alguno de ustedes desea pedir clemencia, Jabba escuchará, ahora sus ruegos.

Han dio un paso al frente para dedicar a esa henchida babosa sus últimos pensamientos, en caso de fallara todo lo demás.

—Dile a ese baboso pedazo de gusano asqueroso que...

Por desgracia, Han daba la cara al desierto, no a la Barcaza Velera. Chewie se acercó e hizo girarse a Solo de forma que se enfrentara al pedazo de gusano a quien se dirigía. Han asintió con la cabeza sin detener su parlamento:

—.. .gusano inmundo que no obtendrá de nosotras ese placer.

Chewie profirió unos gruñidos, mostrando su total acuerdo. Luke también estaba preparado para su momento.

—Jabba, ésta es tu última oportunidad— gritó Luke—. Libéranos o morirás. —Miró fugazmente a Lando, que se movía libremente al fondo de la lancha.

«Así que era esto—pensó Lando—; ahora tirarían a los guardias por la borda y escaparían ante las narices de todo el mundo.

Los monstruos de la barcaza rugieron de risa. Durante la conmoción, R2, en silencio, subió por la rampa que conducía al puente superior.

Jabba alzó otra vez la mano para apaciguar a sus secuaces.

—Estoy seguro de que tienes razón, mi joven amigo Jedi —sonrió antes de señalar hacia abajo con el pulgar— ¡Arrojadlo dentro! —ordenó.

Los espectadores aplaudieron al ver cómo un Weequay empujaba a Luke hacia el extremo de la plancha. Luke miró fijamente a R2, que estaba situado en solitario cerca de la barandilla, y le envió un airoso saludo. Al percibir la contraseña —previamente programada—, unas portezuelas sí abrieron en la cabeza cupular de R2 y un pequeño misil salió impelido hacia el cielo, trazando un suave arco sobre el desierto.

Luke saltó fuera de la lancha y fue acogido por otro clamor sediento de sangre. Empero, en fracciones de segundo giró sobre sí mismo en el aire y al caer se asió con las manos al extremo de la plancha. La delgada plancha se combó violentamente al recibir su peso, se inmovilizó un instante en el punto de máxima curvatura inferior, y devolvió el impulso catapultando a Luke hacia arriba.

En pleno vuelo dio una voltereta completa y cayó de pie en el mismo sitio de donde antes saltó sólo que ahora estaba detrás de los confusos guardias. De modo casual, extendió un brazo con la palma de la mano hacia arriba y, repentinamente, recogió la espada de láser que le arrojó R2.

Con la rapidez propia de un Jedi, Luke encendió su espada y arremetió contra el guardia situado en el extremo de la plancha en contacto con el bote, arrojándolo entre chillidos de terror hacia la espasmódica boca del Sarlacc.

Los demás guardias se arracimaron en contra de Luke. Inexorable, se abalanzó sobre ellos con su centelleante espada de luz láser.

Era su propia espada de láser, no la de su padre. Había sido diseñada por él mismo en la casucha abandonada de Obi-Wan Kenobi, al otro lado del planeta. Fabricada con las viejas herramientas maestras de los Jedis y todas sus piezas forjadas con amor, habilidad y tremenda necesidad, Ahora la empuñaba como si fuera una extensión de su propio brazo; como si el brazo y la espada se fusionaran en una sola pieza. Esta espada de láser era, en verdad, única y exclusivamente de Luke.

Por ello, detuvo la acometida de los guardias tal como la luz disuelve las tinieblas.

Lando forcejeaba con el timonel intentando llegar hasta los controles de la lancha. La pistola de láser del timonel se disparó sola en la refriega y destrozó el panel de instrumentos. La lancha dio una brusca sacudida volcándose casi hacia un lado. Otro guardia se precipitó hacia la fosa y todo el mundo cayó al suelo de la cubierta en confuso montón. Luke se reincorporó velozmente y corrió hacia el timonel blandiendo su espada. La criatura, impresionada por la visión de la brillante hoja de láser de la espada, dio un traspié y cayó también, por la borda hacia las voraces fauces del Sarlacc.

El aturdido timonel aterrizó en el declive suave y arenoso de la fosa y comenzó a deslizarse inexorablemente hacia la boca dentada y viscosa. Arañó desesperadamente la arena gritando como un poseso; más, de improviso, un musculoso tentáculo brotó de la boca del Sarlacc, serpenteó sobre la tostada arena y aferró con fuerza el tobillo del timonel, arrastrándolo a la abertura, donde fue prontamente deglutido con un horrendo chasquido.

Todo había sucedido en cuestión de segundos. Cuando Jabba vio lo que sucedía, estalló de rabia y bramó furiosas órdenes a los que le rodeaban. Al instante se organizó un tremendo pandemónium, con todas las criaturas entrando y saliendo por cada puerta de la Barcaza. Aprovechando esa confusión, Leia entró en acción.

Saltando sobre el trono de Jabba, rodeó la bulbosa garganta del monarca con la cadena que la retenía y, saltando fuera del estrado, estiró la cadena con todas sus fuerzas. Los pequeños

eslabones metálicos se enterraron en las fofas, capas del cuello de Jabba, produciendo el mismo efecto que el garrote vil.

Con una fuerza superior a las suyas propias, tiro y, tiró. Jabba luchaba frenéticamente, corcovando su giboso torso y casi rompiendo, los dedos de Leia, que sentía; también desgarrarse sus brazos. No podía ejercer eficiente tensión de palanca, contra esa enorme masa y creyó desfallecer de dolor. Pero la fuerza de Leia no era meramente física. Cerrando los ojos y evitando pensar en el dolor de sus manos, concentró toda la energía vital que pudo reunir, en la tarea de estrangular el aliento de la horrible criatura.

Estiró, sudó, visualizando cómo la cadena se incrustaba milímetro a milímetro en la tráquea de Jabba, mientras Jabba se revolvía desaforadamente, totalmente desconcertado por el ataque del menos esperado de los enemigos.

Haciendo un último esfuerzo por respirar, Jabba tensó todos sus músculos y cayó hacia adelante. Sus reptiles ojos comenzaron a desorbitarse al tensarse más la cadena; la viscosa lengua sobresalió de la boca y su maciza cola se contrajo en un espasmo final, hasta quedar inmóvil, como un peso muerto.

Leia intentó liberarse de la cadena del cuello mientras, afuera, la batalla arreciaba.

Boba Fett, encendiendo sus retrocohetes, se lanzó al aire y voló fácilmente desde la barcaza hasta la lancha, justo en el momento en que Luke acababa de desatar a Han y a Chewie. Boba apuntó a Luke con su pistola de láser, pero, antes de que pudiera disparar, el joven Jedi giró velozmente, trazando un arco luminoso con su espada de láser, que se abatió sobre el arma de Boba cortándola en dos.

De pronto, una ráfaga de disparos brotó del gran cañón situado en el puente superior de la barcaza y la lancha se sacudió, herida en un costado, inclinándose cuarenta y cinco grados. Lando fue lanzado fuera de la cubierta, pero en el último instante consiguió asirse a un puntal roto y quedó balanceándose desesperadamente, sobre el Sarlacc.

El cariz que tomaban los acontecimientos no estaba previsto en su plan de juego, y Lando se prometió no volver a involucrarse jamás en una apuesta que no controlara desde el principio al fin.

La lancha recibió otro impacto directo del cañón de la barcaza y se zarandeó fuertemente, arrojando a Chewie y Han contra la barandilla. El Wookiee, herido, aulló de dolor. Luke volvió la cabeza para mirar a su peludo amigo y Boba Fett, aprovechando ese momento de distracción, disparó un cable oculto en la manga de su armadura.

El cable se enrolló en torno al cuerpo de Luke, pegando sus brazos a los costados. El brazo con el que esgrimía la espada quedó libre sólo de la muñeca para abajo. Dobló la muñeca de modo que la espada de láser apuntara hacia arriba, y dio vueltas sobre sí mismo, devanando el cable. En el instante que la espada rozó el cable, éste se fundió y Luke se desembarazó del resto justo en el preciso momento en que otro proyectil alcanzaba la lancha, arrojando a Boba, inconsciente, sobre la cubierta. Desgraciadamente, la explosión desgajó el puntal al que se aferraba Lando, y cayó dando vueltas hacia el foso del Sarlacc.

Luke cayó al suelo, aturdido por la explosión, pero sin estar herido. Lando se incrustó en el arenoso declive y gritó pidiendo auxilio, a la par que intentaba escalar las paredes de la fosa. La finísima arena se desmoronó, precipitándole más cerca de la negra abertura. Lando cerró los ojos, pensando cómo podía producirle al Sarlacc mil años de indigestión. Apostó consigo mismo a que sobreviviría a todos los demás en el estómago de la criatura. Quizá si se vistiera con el uniforme del último guardia que cayó...

—¡No te muevas! —gritó Luke, pero hubo de dirigir su atención a la segunda lancha que, repleta de guardias, se lanzaba sobre ellos disparando todo su armamento.

Era una regla básica de los Jedis, pero de igual modo cogió por sorpresa a los guardias de la segunda lancha: «Cuando el número de atacantes es excesivo, la fuerza que poseen se vuelve contra ellos.» Así, Luke saltó directamente al centro de la lancha y comenzó a diezmarlos volteando su espada de láser como si fuera un remolino.

En la otra lancha, Chewie intentaba sacudirse la maraña de hierros retorcidos por la explosión, mientras que Han, a sus pies, forcejeaba ciegamente. Chewie le ladró intentando que alcanzara una lanza que danzaba por el suelo de la cubierta.

Lando gritó al sentir cómo se deslizaba lentamente hacia las brillantes fauces. Él era un jugador, pero no daría un ápice por sus posibilidades de escape.

—¡No te muevas, Lando! —advirtió Han—. ¡Voy a por ti! —Luego se dirigió a Chewie—. ¿Dónde está la lanza, Chewie? —Han barrió con sus manos la superficie del puente, mientras Chewie gruñía indicaciones para dirigir los movimientos de Solo. Por fin, Han asió la lanza.

Boba Fett se irguió tambaleándose, aún atontado por el proyectil explosivo. Miró a la otra lancha donde Luke estaba inmerso en una desigual lucha contra seis guardias. Con una mano, Boba se afirmó sujetando la barandilla y, con la otra, apuntó con su arma a Luke.

Chewieladeó avisando a Han.

—¿Hacia donde?—gritó Solo. Chewie mugió de nuevo:

El invidente pirata espacial esgrimió la lanza en la dirección de Boba. Instintivamente, Fett paró el golpe con su antebrazo y apuntó de nuevo a Luke.

—Sal de mi camino, ciego idiota —insultó a Han. Chewie gruñía frenéticamente. Han hizo oscilar la lanza en la dirección opuesta y golpeó certeramente los retrocohetes de Boba.

El impacto hizo que se encendieran los cohetes. Boba salió volando inesperadamente, chocó como un misil contra una segunda lancha y rebotó, cayendo directamente al foso. El armado cuerpo se deslizó, adelantando a Calrissian, y rodó sin pausa hasta la boca del Sarlacc.

—RrgrowBrbroo fro bo —gruñó Chewie alegremente—Eso hizo? —sonrió Solo—. Me gustaría haberlo visto.

Un fuerte impacto de otro proyectil proveniente de la barcaza casi vuelca la lancha, enviando a Han por encima de la borda. Por suerte, el pie de Han se enganchó en la barandilla y quedó oscilando peligrosamente sobre el Sarlacc. El herido Wookiee permanecía aún atrapado firmemente entre los hierros de la lancha.

Luke, tras derrotar a los adversarios de la otra lancha, advirtió rápidamente la situación de sus amigos y brincó a través del abismo de arena, aterrizando sobre el inclinado casco metálico de la gran barcaza. Poco a poco escaló el casco, trepando hacia el puente donde estaba el cañón.

Mientras tanto, en la cubierta de observación, Leia continuaba esforzándose en romper la cadena, escondida tras la enorme carcasa del gángster para que ningún guardia la viera. Estiró su cuerpo cuan largo era intentando alcanzar una pistola de láser que yacía en los límites de su alcance. Oportunamente, R2, tras haber perdido su dignidad rodando por los suelos, acudió al rescate.

Emitiendo ruiditos electrónicos, R2 extendió un apéndice que portaba una pequeña sierra circular y cortó los eslabones.

—Gracias, R2; buen trabajo. Ahora vayámonos de aquí —dijo Leia

Corrieren hacia la puerta. Por el camino vieron a 3PO tirado en el suelo, chillando mientras un enorme tipo llamado Hermi Odie se sentaba sobre él. Acucillado encima de la cabeza de 3PO, Migaja Salaz el monstruoso y reptilisco mono, intentaba arrancar el ojo derecho del dorado androide.

—¡No, por favor! ¡No! ¡No, mis ojos! —chilló aterrado 3PO.

R2 lanzó un rayo eléctrico a la espalda de Hermi Odle, quien, gimiendo de dolor, saltó por la ventana. Una descarga similar propulsó a Salaz hasta el techo, donde se quedó adherido. 3PO se irguió prontamente, con el ojo derecho colgando de un haz de cables, y corrió junto a R2 y la princesa, que se deslizaban por una puerta trasera.

El cañón del puente atinó con un nuevo disparo en la ya escorada lancha, zarandeando todo lo qué quedaba dentro de ella, excepto a Chewbacca, que se aferraba como una lapa, pese a su brazo herido. Estaba a la barandilla sujetando a Solo por el tobillo, mientras oscilaba sobre el aterrorizado Calrissian. Lando había logrado evitar deslizarse, quedándose absolutamente inmóvil. Empero, cada vez que intentaba asir el brazo que le extendía Solo, la arena se desmoronaba, acercándole un poco más a la voraz abertura. Deseaba fervientemente que Solo no conservara algún rencor por aquel estúpido asunto de Bespin.

Chewie gruñó, dando a Han nuevas directrices.

—Vale, ya lo sé. Ahora veo mucho mejor. Debe ser por toda la sangre que me está bajando a la cabeza—replicó Han. .

—¡Magnífico! —saltó Lando—. Ahora, ¿no te importaría crecer unos, centímetros más?

Los artilleros de la barcaza estaban apuntando a la cadena humana de la lancha, a punto de dar el golpe de gracia, cuando Luke se plantó frente a ellos, riendo como si fuera el rey de los piratas. Encendió su espada láser antes que pudieran disparar un solo, tiro. Instantes después, los artilleros yacían en un montón humeante.

Una compañía de guardias provenientes del pontón inferior apareció disparando repentinamente. Uno de los disparos acertó en la espada de Luke, arrancándola de la mano. Corrió por el puente intentando escapar, pero pronto fue rodeado por los guardias. Dos soldados manejaron de nuevo el cañón, mientras Luke observaba su mano. El complejo aparato estaba abierto y exponía los complicados circuitos y mecanismos que constituían a su verdadera mano. La mano que Vader cercenó en su último encuentro.

Flexionó el mecanismo: aún funcionaba.

Los artilleros dispararon contra la lancha, situada más abajo. Impactaron en un costado del pequeño bote y la onda provocada por el golpe casi aflojó la presa del Wookiee, mas, al inclinarse la lancha, Han pudo asir la muñeca de Lando.

— ¡Tira! —gritó Solo al Wookie

— ¡Me ha cogido! —chilló Calrissian, mientras miraba empavorecido hacia abajo, viendo como uno de los tentáculos del Sarlacc se enrollaba lentamente en torno su tobillo.

«¡Que no me hablen de cartas sorpresa! —pensó Lando—. Cada cinco minutos cambian las reglas del juego. ¡Tentáculos! ¿Quién apostaría contra ellos? Además, tentáculo era largo, fuerte y pegajoso.

Los artilleros realinearon sus armas en busca del tiro de gracia, pero todo acabó para ellos antes de que pudieran disparar. Leía se había apropiado del cañón de la cubierta opuesta y, con el primer disparo, destrozó los aparejos que se erigían entre los dos cañones del puente. Al segundo disparo barrió al primer cañón.

Las explosiones se sucedieron en la gran barcaza y distrajeron momentáneamente a los cinco guardias que custodiaban a Luke. Al instante, alzó su mano y la espada de láser voló hasta ella. Saltó en el aire mientras dos guardias le disparaban y los guardias se mataron entre sí. Encendió su espada antes de finalizar el salto y aterrizó lanzando estocadas a diestra y siniestro de forma que el ardiente rayo pronto hirió a los restantes guardias.

—¡Apunta hacia abajo! —vociferó a Leia a través del puente.

Leia inclinó el cañón, apuntando a la cubierta inferior e hizo un signó afirmativo a 3PO, que estaba apoyado en la barándilla A su lado, R2 silbó furiosamente.

—¡No puedo, R2! —lloriqueó 3PO—. Está demasiado alto para saltar... ¡Ahh!

R2 empujó al dorado androide por la barandilla y luego se arrojó él mismo, cayendo de cabeza sobre la arena.

Mientras, la lucha a muerte continuaba entre Solo y el Sarlacc, siendo el trofeo el propio Barón Calrissian. Chewbacca, abrazado a la barandilla y sujetando la pierna de Han, logró asir con la otra mano una pistola caída entre la retorcida plataforma de la lancha. Apunto hacia Lando, pero hubo de bajar la pistola, preocupado con la distancia que mediaba entre ellos.

—¡Tiene razón! —clamó Lando—. ¡Está demasiado lejos!

—Chewie, dame la pistola —dijo Han, mirando hacia arriba.

Chewbacca se la tendió, y Solo la cogió con una mano mientras con la otra seguía sujetando a Lando.

—Oye: espera un segundo, compañero —protestó Lando—. Creí que estabas ciego.

—Estoy mucho mejor, créeme —le aseguró. Han.

—¿Acaso tengo dónde elegir? ¡Eh! Apunta un poco más hacia arriba, por favor —dijo mientras bajaba la cabeza.

Han bizqueó..., apretó el gatillo... y acertó de lleno en el tentáculo. El gusanoso apéndice soltó inmediatamente su presa, retrocediendo hacia las fauces.

Chewbacca dio un poderoso tirón y alzó a Solo y a Lando hasta el bote.

Mientras, Luke, sujetando a Leia con el brazo izquierdo, agarró una cuerda que pendía del medio desarbolado mástil con el brazo derecho y, dando un puntapié al gatillo del cañón que disparó barriendo la cubierta, saltó , al aire.

Ambos se balancearon sujetos a la cuerda hasta alcanzar la flotante lancha de escolta. Luke condujo la lancha hasta llegar a la de los prisioneros y ayudó a que se introdujeran en ella Chewbacca, Han y Lando.

La Barcaza Velera, ardiendo por la mitad, comenzó a retumbar y zarandearse con una serie de explosiones.

Luke guió la lancha a lo largo de la barcaza hasta localizar las piernas de 3PO, que sobresalían erectas en la arena. A su lado, el periscopio de R2 constituía la única parte visible de su anatomía por encima de las dunas. La lancha se detuvo sobre los robots y, abriendo unas trampillas en la base del casco, hizo descender un electroimán. Con un sonoro estruendo metálico, los dos robots surgieron de la arena y se adhirieron al disco magnético.

—¡Oh! —gimió 3PO.

—¡biip DOOO dultt! —asintió R2.

En pocos minutos, todos se reunieron en la lancha, más o menos indemnes y, por vez primera, se miraron los unos a los otros, dándose cuenta de que estaban reunidos de nuevo. Durante largo rato se abrazaron, lloraron y parlotearon hasta que alguien, accidentalmente, rozó la herida del brazo de Chewie, y el Wookiee bramó de dolor. Entonces todos entraron en actividad, inventariando las reservas de alimentos y... alejándose del reino de Jabba.

La gran Barcaza Velera, ardiendo por los cuatro lados, comenzó a explosionar y, mientras la pequeña lancha se perdía sobre el horizonte del desierto, desapareció finalmente con una brillante conflagración, sólo disminuida en su luminosidad por la abrasante luz vespertina de los dos soles gemelos de Tatooine.

Capítulo III

La tormenta de arena eclipsaba la visión y sofocaba el aliento, impidiendo casi pensar y moverse. Tan sólo un rugido era ya desorientador: parecía provenir de todas partes a la vez, como si el universo estuviera compuesto únicamente por ruido y ése fuera su caótico centro.

Nuestros siete héroes caminaban paso a paso a través del turbio vendaval, asidos los unos a los otros para no extraviarse. R2 encabezaba la fila; siguiendo las señales electrónicas —que el viento no podía interferir— del radiofaro de la nave. 3PO le seguía a continuación y, tras él, Leia guiando a Han. Por último, Luke y Lando sostenían al desfallecido Wookiee.

R2 emitió unos fuertes sonidos y todos alzaron la vista. Unas formas vagas y confusas podían vislumbrarse a través del tifón.

—No lo sé —gritó Han—. Todo lo que puedo ver es un montón de arena en movimiento.

—Eso es lo que vemos todos nosotros —replicó, chillando, Leia.

—Entonces mi vista ha de estar mejorando —contestó Solo.

Apenas habían dado unos pocos pasos, cuando las confusas siluetas adquirieron un mayor relieve y pudieron distinguir al Halcón Milenario flanqueado por el Ala-X de Luke y una Ala-Y de dos plazas. Cuando el grupo se reunió bajo la masa del Halcón, el viento disminuyó su furia hasta límites que podrían definirse como malísimas condiciones atmosféricas solamente. 3PO apretó un interruptor se abrió una trampilla y una rampa inclinada descendió con un zumbido. Han Solo se volvió hacia Luke Skywalker.

—Tengo qué confesártelo, muchacho —dijo— estuviste magnífico en el fregado.

—Tuve mucha ayuda —contestó Luke, encogiéndose de hombros y comenzando a dirigirse hacia su Ala-X.

Han lo detuvo con un gesto extrañamente calmo en él; incluso serio.

—Gracias por venir a buscarme, Luke.

Luke, por algún motivo, se sintió embarazado. No sabía cómo replicar adecuadamente sin emplear alguna cuchufleta del viejo pirata.

—Olvidalo —dijo por fin.

—No, al contrario, pienso mucho en ello —replicó Han—. Estar congelado en carbonita es lo más aproximado a la muerte; no es como dormir, no, sino como estar despierto encarándose a la Nada.

Una Nada de la que había sido rescatado por Luke y los demás, jugándose todos la vida por él, sin más razón que... la amistad. Y éste era un concepto nuevo para el engreído Solo; un concepto terrible y maravilloso. Existía cierto riesgo en este giro de la situación. Por un lado se sentía aún más ciego que antes y, por otro, visionario y soñador. Era algo terriblemente confuso; antes estaba solo y ahora formaba parte de algo.

Esta comprensión le hacía sentirse en deuda con los demás; un sentimiento que siempre había evitado. Pero ahora sabía que la deuda creaba unos lazos, lazos de hermandad y amistad. En cierto y extraño sentido, eran lazos liberadores.

Ya no estaba solo.

Nunca más estaría solo.

Luke detectó algo distinto en su amigo; como cuando el mar cambia de color. Era un instante sumamente delicado y no quiso interferir. Por ello, tan sólo asintió con la cabeza.

Chewie gruñó afectuosamente al joven guerrero Jedi, mientras alborotaba su pelo como si fuera una abuelita orgullosa del muchacho. Leia le abrazó cálidamente.

Todos sentían un enorme afecto por Solo, pero, de algún modo, era más fácil demostrárselo a Luke.

—Os veré de nuevo cuando me reúna con la flota —manifestó Luke, dirigiéndose hacia su nave. —Por qué no abandonas ese cacharro y vienes con nosotros —dijo Solo, dando un codazo a Luke.

—He de cumplir primero una promesa... que hice a un viejo amigo.

«Un auténtico viejo amigo», sonrió Luke, pensando para sus adentros.

—Bueno; date prisa en volver —urgió Leia—. La Alianza entera debe estar ya reunida. —Vislumbró algo en el rostro de Luke que no supo definir, pero que le asustaba a la par que hacía que se sintiera más unida a él— Date prisa en volver— repitió.

—Lo haré— prometió Luke—. Vamonos, R2.

R2 rodó hacia el Ala-X, emitiendo un saludo de despedida a 3PO,

—Adiós, R2 —dijo 3PO con afecto—. Que el hacedor te bendiga. Cuídalos mucho, amo Luke, ¿quieres?

Pero Luke y el pequeño robot ya estaban al otro lado de la nave.

Todos los demás permanecieron inmóviles unos instantes, tratando de colegir sus futuros en el torbellino de arena.

Lando los sacó de su ensueño.

—Vamos: salgamos de esta asquerosa bola de arena —dijo. Su suerte había sido abominable. Esperaba tener mejor fortuna en el próximo juego. Durante algún tiempo, solamente apostaría en juegos más caseros, pero esperaba, mientras tanto, cargar bien los dados.

Solo palmeó su espalda.

—Me parece que a ti también te debo agradecimiento, Lando —dijo con una sonrisa en los labios.

—Creí que si te dejaba congelado tendrías mala suerte durante el resto de mi vida; así que antes o después tenía que descongelarte —se excusó Lando.

— Quiere decir que eres bienvenido— Sonrió Leia—. Todos te damos la bienvenida. —Besó a Han en la mejilla para recalcarlo personalmente.

Emprendieron la marcha hacia la rampa del Halcón. Solo se detuvo un instante antes de entrar y propina una pequeña palmada a la nave.

—Tienes buen aspecto, querida muchacha. Nunca creí que viviría lo bastante como para volverte a ver.

Entró el último, cerrando tras él la escotilla.

Luke hizo lo mismo en el Ala-X; se ciñó las correas de la cabina de pilotaje y encendió los motores, percibiendo su familiar rugido. Observó su dañada mano, en la que los cables se entretejían entre los huesos de aluminio como las piezas de un rompecabezas. Se preguntó cuál sería la solución á ese rompecabezas: Extrajo un guante negro y enfundó la expuesta

infraestructura de la mano. Ajustó los controles del Ala-X y, por segunda vez en su vida, partió de su planeta natal camino de las estrellas.

El Súper Destructor Estelar yacía inmóvil en el espacio por encima de la estación de combate de la Estrella de la Muerte y de su verde compañera, la luna de Endor. El Destructor era una enorme nave atendida, por un enjambre de naves de todo tipo, que flotaban o salían paradas en torno a la nave materna como si fueran de distintas edades y temperamentos: cruceros de alcance medio, voluminosas naves de carga, cazas TIE de escolta.

La compuerta principal del Destructor se abrió al silencio del espacio. Una lanzadera Imperial emergió y aceleró hacia la Estrella de la Muerte acompañada por cuatro escuadras de cazas.

Darth Vader observaba la llegada en la pantalla de control de la Estrella de la Muerte. Cuando estaban a punto de aterrizar en el muelle, salió del centro de mando, seguido por el Comandante Jerjerrod y una falange de tropas de asalto Imperiales, y encabezó la marcha hacia el muelle de embarque. Iba a dar la bienvenida su Amo.

El pulso y la respiración de Vader estaban controlados mecánicamente, de modo que no podían acelerarse sin embargo, algo en su pecho se electrificaba cuando se encontraba con el Emperador. No sabía decir lo que era. Una sensación de plenitud, de poder, de dominio tenebroso y demoníaco. Ambiciones secretas, pasiones sin freno, sumisión insensata. Todo ello latía en el corazón de Vader cuando se aproximaba al Emperador. Todo eso y mucho más.

Al entrar en el muelle de embarque, miles de soldados se pusieron automáticamente firmes como un solo hombre. La lanzadera aterrizó sobre sus carriles. La rampa descendió como si fuera la mandíbula de un dragón, y la Guardia Imperial bajó corriendo por ella con sus rojos mantos ondeando como lenguas de fuego que anunciaran un próximo y bestial rugido. Formaron dos filas, vigilantes y mortales a ambos lados de la rampa, mientras el silencio descendía sobre la enorme cavidad. En la cima de la rampa apareció, el Emperador.

Descendió con lentitud, majestuosamente. Era un hombre pequeño, encogido por la maldad y los años. Apoyaba su encorvada estructura sobre un retorcido bastón y se cubría con un largo y encapuchado manto, muy parecido al de los Jedis, salvo en que era totalmente negro. La arrugada faz poseía tan poca carne que era caso una calavera; los ojos, taladrantes y amarillentos, parecían quemar cuanto miraban.

Al llegar el Emperador a la base de la rampa, el Comandante Jerjerrod, sus generales y lord Vader, se arrodillaron frente a él. El Supremo Regidor del Reverso Oscuro hizo una seña a Vader y comenzó a caminar por entre las filas de soldados.

—Álzate, amigo mío. Quisiera hablar contigo —dijo, dirigiéndose a Vader.

Vader se irguió y acompañó a su maestro. A continuación desfilaron los cortesanos del Emperador, la guardia real, Jerjerrod y los guardias de elite de la Estrella de la Muerte; todos reverenciales y temerosos.

Vader sentíase pleno de energías al lado del Emperador. Aunque Jamás se rellenara lo suficiente el hueco central existente en su corazón, era un glorioso vacío vislumbrado bajo la fría luz que proyectaba el Emperador; un hueco que podría abarcar el Universo. Y algún día abarcaría el Universo..., cuando muriera el Emperador.

Porque tal era el sueño final de Vader. Cuando absorbiera todo el oscuro poder, que pudiera de ese mal; absorber y conservar esa fría luminosidad en su corazón, matando al Emperador y devorando su tenebrosidad. Para regir el Universo acompañado de su hijo.

Porque ése era su otro sueño: recuperar a su hijo y mostrarle la magnitud de su sombrío poder; la tremenda fuerza cuyo camino había él seguido tan directamente. Y Luke habría de acompañarle; tenía que hacerlo. Juntos, padre e hijo, regirían el Universo.

El sueño estaba a punto de cumplirse, percibía se acercaba el final. Cada suceso encajaba en su lugar tal como él —con la sutileza propia de un Jedi— había previsto y forjado con su oscuro poder.

—La Estrella de la Muerte se completará previsto, maestro —exhaló Vader.

—Sí, lo sé—replicó el Emperador—. Has obrado bien, Lord Vader..., y ahora detecto tu deseo de continuar la búsqueda del joven Skywalker.

Vader sonrió tras su máscara blindada. El Emperador percibía siempre lo que acontecía incluso cuando no conocía los detalles

—Sí, Maestro —respondió.

—Paciencia, amigo mío —advirtió el Supremo Regidor— Siempre te ha costado ser paciente. A su debido tiempo, él te buscará..., y cuando lo haga, debes ante mí. Ha crecido pleno de fortaleza; sólo tú y yo podemos atraerlo al Reverso Oscuro de la Fuerza.

— Sí, Maestro. —Juntos corromperían al chico, al hijo del padre Lo atraerían a la grandiosa gloria del Reverso Oscuro. Pronto fallecería el Emperador, y, aunque galaxia se agitara por el horror de su pérdida, Vader continuaría gobernando acompañado de su hijo.

Como había de ser siempre.

El Emperador alzó levemente la cabeza concentrándose en las posibilidades futuras.

—Todo acontece tal como lo he previsto —dijo con satisfacción.

Él, como Vader, tenía sus propios planes; planes que implicaban violaciones espirituales y manipulaciones de vidas y destinos. Rió entre dientes, saboreando la proximidad de su conquista: la seducción final del joven Skywalker.

Luke dejó su Ala-X aparcada cerca del borde del agua y siguió cuidadosamente el camino a través del pantano. Una espesa neblina se extendía formando capas por encima de él. Vapores de la jungla. Un extraño insecto voló hacia él proveniente del racimo de una parra, aleteó locamente sobre su cabeza y desapareció. En la espesura, algo gruñó. Luke se concentró un instante y los gruñidos cesaron. Continuó su camino.

Luke poseía unos sentimientos encontrados respecto a ese lugar, Dagobah, el terreno de pruebas donde se entrenó para ser un Jedi. Aquí fue donde verdaderamente aprendió a utilizar la fuerza, a dejarla fluir a través suyo; dirigiéndola a donde quería y vigilando cuidadosamente su empleo para aplicarla sólo para el bien. Era como caminar sobre un puente de luz: un terreno sólido y estable para los Jedis.

Criaturas peligrosas acechaban en el pantano, pero para un Jedi ninguna era maligna. Voraces arenas movedizas aguardaban inmóviles como charcas placenteras. Extraños tentáculos se mezclaban con los bejucos colgantes. Luke percibía todo ello como parte de un planeta viviente, como elementos de la Fuerza de la que él mismo era partícipe.

Pero también existían allí cosas tenebrosas, increíblemente oscuras; reflejos de los rincones sombríos de su alma. Ya antes las había sentido, y huyó primero de ellas para encararse y luchar después. Algunas habían sido vencidas, mas otras formas oscuras yacían agazapadas. Atravesó una maraña de raíces retorcidas y cubiertas de musgo. Al otro lado, un terso y desbrozado camino conducía en la dirección que deseaba. Sin embargo, no lo siguió y volvió a sumergirse en la selvática espesura.

Muy por encima de su cabeza una silueta negra aleteaba, aproximándose; luego cambió de rumbo sin prestar atención, prosiguió su camino.

La jungla se espesaba aún más. Tras el siguiente pantano, Luke divisó al fin la pequeña cabaña de extraña arquitectura, con sus ventanillas proyectando una luz sobre la húmeda foresta. Luke bordeó la ciénaga agachándose, penetró en la morada.

Yoda le esperaba de pie, sonriendo, con mano verdosa apoyándose en un bastón.

—Esperándote a ti estaba —aseveró, meneando la cabeza.

Con un ademán, indicó a Luke que se sentará en un rincón. El muchacho estaba impresionado al ver cuanto más frágil parecía Yoda, con sus manos temblorosas y sólo un hilillo de voz. Luke tuvo miedo de no traicionar su turbación ante la condición física del viejo maestro.

—Esa cara que pones —dijo Yoda, frunciendo graciosamente el entrecejo—, ¿tan mal parezco ante jóvenes ojos?

Luke trató de disimular su afligido semblante variando de posición en el reducido espacio de la cabaña

—No, Maestro..., por supuesto que no— mintió

—Sí, lo parezco, claro que lo parezco— el diminuto Maestro Jedi rió alegremente—. Enfermo estoy, si. Viejo y débil —¿señaló con un dedo nudoso a su joven discípulo—; Cuando novecientos años tengas tú, no tan bien parecerás.

La criatura, cojeando, trepó al lecho —sonriendo aún —y se tumbó con esfuerzo.

—Pronto yo descansaré. Sí, dormiré para siempre. Ganado lo he —musitó.

Luke negó con la cabeza. ;

—No puede morir, Maestro Yoda, no lo dejaré.

—Entrenado bien y pleno de Fuerza estás. ¡Pero no tan fuerte como para eso! —replicó Yoda—. El crepúsculo pende sobre mí y pronto la noche caerá. Así son las cosas..., así es la Fuerza.

—Pero yo necesito su ayuda —insistió Luke—. Quiero completar mi entrenamiento. —El gran maestro no le podía abandonar ahora, aun faltaba mucho por comprender. Y él había aceptado tanto de Yoda sin entregarle nada a cambio. Tenía mil cosas que compartir con la anciana criatura.

—No más preparación necesitas tú —le confortó Yoda—. Ya sabes todo lo necesario.

—Entonces, ¿ya soy un Jedi? —insistió Luke. No, sabía que no lo era aún del todo. Algo faltaba.

Yoda contrajo sus marchitos rasgos.

—No todavía; queda un problema, queda... Vader. A Vader debes enfrentar. Entonces, y sólo entonces, completo Jedi serás. Y enfrentarte con él habrás, tarde o temprano.

Luke sabía que ésta sería su máxima prueba, no podía ser de otro modo. Cada pregunta tenía su respuesta y Vader latía inextricablemente inserto en el corazón del conflicto de Luke. Era un sufrimiento dar forma a preguntas, pero, tras un largo silencio, habló de nuevo al anciano Jedi:

—Maestro Yoda, Darth Vader... ¿es mi padre?

Una expresión de fatiga y compasión asomó en los ojos de Yoda.

El muchacho aún no era un hombre completo. Una triste sonrisa surcó su rostro y pareció incluso que disminuía de tamaño, encogido sobre la cama.

—Un descanso necesito yo. Sí. Un descanso—se quejó.

Luke miró fijamente al consumido maestro, intentando conferirle energía meramente con la fuerza de su amor y voluntad.

—Yoda, debo saberlo—susurró.

—Tu padre él es —replicó Yoda simplemente.

Luke cerró los ojos, la boca, el corazón, para apartar de sí una verdad dolorosa y ya conocida.

—Te lo contó, ¿verdad? —preguntó Yoda. Luke asintió sin hablar. Deseaba poder congelar ese momento, esconderlo, encerrar al tiempo y al espacio en esa habitación de modo que no expandieran por el Universo esa terrible verdad, ese conocimiento agobiante.

Una sombra de preocupación cruzó el semblante de Yoda

—Inesperado esto es, e infortunado —dijo—

—¿Es un infortunio que yo sepa la verdad? —Una carga de amargura impregnó la voz de Luke, sin saber él si iba dirigida contra Vader, Yoda, él mismo o al Universo entero.

Yoda se irguió con un esfuerzo que pareció quemar todas sus energías.

—Es una desgracia que te precipitaras a enfrentarte con él. Incompleto tu entrenamiento era..., no preparado para esa carga estabas tú. Obi-Wan te lo habría dicho tiempo atrás..., si yo dejado lo hubiera. Ahora conllevas una gran debilidad. Temo por ti, temo. —La tensión de su rostro desapareció y Yoda cerró los ojos.

—Maestro Yoda, lo siento. —Luke se estremeció al ver la debilidad de Yoda.

—Lo sé, pero enfrentarte de nuevo a Vader debes, y sentirlo no te ayudará. —Se inclinó hacia adelante y, por señas, mandó acercarse a Luke. Luke gateó para aproximarse al maestro. Yoda, con un hilo de voz, prosiguió—: Recuerda, el poder de un Jedi proviene de la Fuerza. Cuando rescataste a tus amigos, el deseo de venganza acicateaba tu corazón. Cuidado ten con la furia, el miedo y la agresividad. El Reverso Oscuro son. Manan con facilidad, prestos a unírsete en la dicha. Una vez que inicies el descenso por el sendero oscuro..., siempre tu destino dominará; Yoda yacía en la cama, respirando cada vez menos.

Luke aguardó en completo silencio, temiendo moverse y distraer siquiera un ápice al venerable anciano, menos aún quería impedir que se concentrara en la tarea de seguir hablando.

Al cabo de pocos minutos, Yoda miró una vez más al muchacho y, con un gran esfuerzo, sonrió bondadosamente. Sólo la grandeza de su espíritu mantenía con vida al decrepito cuerpo.

—Luke..., del Emperador cuidado ten. No subestimes sus poderes o la suerte de tu padre correrás. Cuando ido me haya..., el ultimo Jedi serás. Luke, la Fuerza es intensa en tu familia. Comparte la que... has aprendido. —Yoda comenzó a vacilar y cerró sus ojos—. Existe otro Cielo¹

Su corazón se paró y exhaló el aliento. Su espíritu fluyó de él como si fuera una brisa fresca que soplará hacia otro cielo. El cuerpo tembló una vez más y desapareció por completo.

Luke se sentó al lado de la pequeña cama vacía durante más de una hora, intentando sondear la pérdida de Yoda. Era insondable.

Su primer sentimiento fue el de un dolor ilimitado para él y para el Universo. ¿Cómo alguien como Yoda podía haberse ido para siempre? Sentía como un negro agujero sin fondo perforara su corazón en el lugar donde Yoda había residido.

Luke había sufrido anteriormente la pérdida de ancianos consejeros. Era desesperanzadoramente triste inevitablemente, formaba parte del proceso de maduración. ¿Era esto lo que significaba, entonces, crecer? ¿Ver cómo los amigos queridos envejecen y mueren? ¿Madurar y fortalecerse a costa del tránsito mortal?

Una pesada carga de desesperación cayó sobre él justo en el momento en que todas las luces de la cabaña titilaron desvaneciéndose después. Durante varios minutos más permaneció sentado, sintiendo que era el fin de como si todas las luces del Universo se hubieran apagado. El último Jedi, sentado en un pantano, mientras galaxia entera preparaba la guerra definitiva.

El frío penetró en sus huesos despertando a la ciencia del vacío donde había caído. Se estremeció y miró a su alrededor. La oscuridad era impenetrable.

Gateó hasta la entrada y se irguió en el exterior. Aquí en el pantano, nada había, cambiado. Los cuajarones de vapor eran absorbidos por miles de raíces aéreas que devolvían a la ciénaga... en forma de agua; un ciclo que se había repetido millones de veces a lo largo de los evos y que continuaría hasta, el fin. Quizá en eso radicaba su lección. Empero, su tristeza no disminuyó en absoluto.

Sin propósito fijo, anduvo de vuelta al lugar donde descansaba la nave. R2 se abalanzó sobre él emitiendo un excitado saludo, pero Luke, desconsolado, ignoró al pequeño y fiel robot. R2 silbó una breve condolencia y luego mantuvo un respetuoso silencio.

Luke, abatido, se sentó sobre un tronco. Apoyó la cabeza en las manos y habló en voz baja para su coeto.

—No lo lograré. No puedo continuar solo —se dijo. Una voz proveniente de la densa neblina flotó hasta él

—Yoda y yo siempre te acompañaremos —era la voz de Ben.

Luke se volvió, insensible, a la voz. Quería conservar su furia guardándola como un tesoro. Era todo lo que tenía y no dejaría que se la arrebataran tal como le habían arrebatado todo lo demás. Pero sintió cómo disminuía su cólera, suavizada por la compasión de Ben.

—No te culpo por estar furioso —conminó Ben—. Si algo estaba mal en lo que hice, ciertamente no sería la primera vez, porque... lo que le pasó a tu padre fue culpa mía...

Luke alzó la cabeza preso de un interés agudo y repentino. Nunca había oído tal cosa y su cólera fue transformándose rápidamente en curiosidad y fascinación; porque el conocimiento es como una droga adictiva y, cuanto más poseía, más quería.

Siguió sentado sobre el tocón, progresivamente hipnotizado. R2 rodaba por ahí, callado y silencioso, ofreciendo su reconfortante presencia.

¹ La palabra Sky es tanto el inicio del nombre Skywalker como, también, Cielo. Juego de palabras intraducible, que se realiza doblemente en el siguiente párrafo. (*N. del t.*)

—Cuando me encontré por vez primera con tu padre. —continuó Ben—, él era ya un gran piloto. Pero lo que más me sorprendió fue ver cuan poderosa era la Fuerza en él. Me responsabilicé en enseñar a Anakin cuáles eran los caminos del Jedi. Mi error fue creer que podía ser tan buen maestro como Yoda. No lo fui. Mi estúpida soberbia lo impidió. El Emperador percibió el poder de Anakin y lo atrajo al Reverso Oscuro. —Entristecido, Ben hizo una pausa y miró abiertamente a los ojos de Luke como pidiéndole perdón—. Mi soberbia produjo consecuencias terribles para la galaxia.

Luke estaba hechizado. Que la arrogancia de Obi-Wan hubiera causado la caída de su padre era algo horrible. Horrible por lo que, innecesariamente, había llegado a ser su padre. Horrible porque significaba que Obi-Wan no era perfecto. Ni como hombre ni como Jedi. Horrible porque el Reverso Oscuro podía herirle tan de cerca, cambiando todo el bien en mal. Sin embargo, Darth Vader habría de conservar en su interior una chispa de Anakin Skywalker

—Aún hay algo bueno en él —declaró Luke.

Ben negó con la cabeza, pleno de remordimientos.

—También yo pensé que podría retornar al lado bueno. Ya no es posible. Ahora es más una máquina que un hombre. Retorcido y maligno.

Luke percibió el significado que subyacía en las frases de Ben y escuchó sus palabras como si fueran órdenes. Con la cabeza, interrogó a la imagen.

—No puedo matar a mi propio padre —exclamó.

—No deberías pensar en esa máquina como si fuera tu padre —era el maestro hablando de nuevo—. Cuando vi lo que había llegado a ser, intenté disuadirlo, atraerlo de nuevo a la luz. Luchamos... y tu padre cayó en crisol de fundición. Cuando tu padre salió arrastrándose de aquel terrible estanque, el cambio en él se había impreso con fuego para siempre. Se convirtió en Darte Vader, sin el más leve asomo de Anakin Skywalker. Irremediablemente maligna. Surcado por cicatrices y mantenido con vida sólo por su maquinaria y su propia y negra voluntad...

Luke miró a su propia mano mecánica, relacionado conceptos.

—Intenté detenerle una vez —dijo con tristeza. No lo conseguí.

No desafiaría otra vez a su padre, no podría.

—Vader te humilló en vuestro primer encuentro, pero esa experiencia formaba parte de tu prepara Te enseñé, entre otras cosas, el valor de la paciencia, no hubieras sido tan impaciente en tu propósito derrotar a Vader entonces podía haber acabado de entrenarte aquí, con Yoda. Hubieras estado entrenado de verdad.

—Pero tenía que ayudar a mis amigos —protesto Luke.

—¿Y los ayudaste? Fueron ellos los que te salvaron. Poco conseguiste, me temo, precipitándote antes tiempo.

La indignación de Luke se derribió, dejando un enorme poso de tristeza.

—Descubrí que Darth Vader era mi padre —susurro

—Para ser un Jedi, Luke, debes enfrentarte e ir más allá del Reverso Oscuro, al lado al que tu padre pudo llegar. La impaciencia es la salida más fácil, para ti al igual que para tu padre. Sólo que tu padre fue seducido por lo que encontró al otro lado de esa salida y tú te has mantenido firme. Ahora ya no eres tan temerario, Luke. Eres fuerte y paciente. Y está preparado; para la confrontación final.

Luke negó de nuevo con la cabeza al hacersele claras las implicaciones del discurso de Ben.

—No puedo hacerlo, Ben —renegó.

Los hombros de Obi-Wan Kenobi se hundieron, derrotados.

—Entonces el Emperador ya ha vencido. Tú eras nuestra única esperanza.

Luke buscó otras alternativas.

—Yoda dijo que yo podría entrenar a otro para...

—El otro de quien hablaba es tu hermana melliza —sonrió secamente el anciano Ben—. No le será más fácil que a ti destruir a Darth Vader.

Luke fue sacudido visiblemente por esa información. Se puso en pie, encarándose con el espíritu.

—¿Hermana? Yo no tengo hermanas —negó.

Una vez más Obi-Wan envolvió sus palabras con cariño para suavizar el creciente torbellino espiritual de su joven amigo.

—Para protegerlos a ambos del Emperador, os separaron al nacer. El Emperador sabía, como yo, que un día, con la Fuerza de su parte, el vástago de Skywalker representaría una amenaza para él. Por esa razón, tu hermana ha permanecido en seguro anonimato.

Luke se resistía a creer lo que oía. Ni necesitaba ni quería tener un mellizo. ¡Él era único! No era un ser, incompleto, salvo por la mano mecánica que ahora tenía crispada. ¿Era él solamente un peón de una vasta conspiración? ¿Cunas cambiadas, hermanos permutados, separados, forzados a vivir distintas vidas secretas? Imposible. ¡Él sabía bien quién era! Era Luke Skywalker, nacido de un Jedi que se convirtió en Señor de las Tinieblas, crecido en una arenosa granja de Tatooine, cuidado por Tío Owen y tía Beru, educado sin remilgos, un pobre y honrado trabajador..., porque su madre, su madre... ¿Qué sucedió con su madre? ¿Qué había dicho ella? ¿Quién era ella? ¿Qué le pudo decir a él? Se dirigió, buscando, al núcleo de su mente, hacia un lugar y un tiempo muy distintos al pantanoso suelo de Dagobah, hasta la alcoba de su madre, su madre y su... hermana. Su hermana...

—¡Leía! ¡Leía es mi hermana! —exclamó, casi cayéndose del tocón del árbol.

—Tu visión interna funciona bien —asintió Ben. Rápidamente, sin embargo, endureció el tono de su voz—. Entierra profundamente tus sentimientos, Luke. Te harán, pero pueden hacer que termines, sirviendo al Emperador.

Luke intentaba comprender lo que decía su anciano maestro. Demasiada información, tan rápida y casi se desmayó. Ben prosiguió su narración:

—Cuando tu padre se fue, no sabía que tu madre estaba embarazada. Tu madre y yo sabíamos que, eventualmente, terminaría descubriéndolo. Queríamos a mantenerlos a los dos tan a salvo como fuera posible y todo el tiempo posible. Así pues, te llevé a vivir con mi hermano Owen en Tatooine..., y tu madre se llevó a vivir en Alderaan como hija del Senador Organa.

Luke se apaciguó oyendo la historia, mientras R2, cobijándose a su lado, zumbaba en un registro apenas audible para confortar a Luke.

Ben siguió hablando con suavidad para que el sonido de su voz consolará lo que sus palabras no podían lograr.

—La familia Organa era una familia del más alto nivel y bastante poderosos políticamente en ese sistema. Leia se convirtió en princesa por virtud de su linaje; nadie, por supuesto, sabía que era adoptada. Pero era un título sin poder real, ya que Alderaan era una antigua democracia. Sin embargo, la familia seguía, siendo poderosa políticamente y Leia, siguiendo los pasos de su padre, llegó también a ser senador. Pero no sólo eso, por supuesto, se convirtió en líder de su célula en la alianza contra el corrupto Imperio. Y como disfrutaba de inmunidad diplomática, era un eslabón vital para obtener información para la causa Rebelde. Eso es lo que ella estaba haciendo cuando se cruzaron vuestros caminos; porque sus padres adoptivos siempre le dijeron que contactara conmigo en Tatooine si sus problemas eran desesperados.

Luke intentó poner orden entre sus múltiples pensamientos. El amor que siempre sintió por Leia en la distancia— tenía ahora una base clara. Pero, repentinamente, ahora también se sintió protector, como un hermano mayor, aunque, por todo lo que sabía, tal vez ella fuera mayor por unos minutos.

—Pero no puedes dejar que ahora ella se vea así: involucrada, Ben —insistió Luke—. Vader la destruiría. Vader, el padre de ambos. Quizá Leia pudiera revivir el bien en él.

—Ella no se ha entrenado en las vías del Jedi del modo que tú lo has hecho, Luke. Pero la Fuerza es intensa en ella, como lo es en toda tu familia. Por ello su camino se cruzó con el mío, porque la Fuerza ha de ser aumentada por un Jedi. Ahora tú eres el último Jedi, Luke..., pero ella ha vuelto con nosotros, conmigo, para aprender y crecer. Porque su destino es aprender y crecer, y el mío es enseñar —siguió hablando más lentamente, recalcando las palabras y enfatizando las pausas—. No puedes escapar a tu destino, Luke. —Clavó sus ojos en los de Luke, poniendo toda su afán en la mirada para dejar una huella indeleble en la mente de Luke—. Mantén secreta la identidad de tu hermana, porque si tú fallas ella es nuestra única esperanza. Mírame, Luke: la próxima lucha es solamente tuya, pero mucho depende de su

resultado; quizá puedas recabar alguna fuerza de mi recuerdo. No puedes evitar la batalla, no puedes escapar a tu destino. Tendrás que enfrentarte a Darth Vader de nuevo...

Capítulo IV

Darth Vader, saliendo del cilíndrico ascensor, entró en lo que antes constituía la sala de control de la Estrella de la Muerte y ahora era el salón del trono del Emperador.

Dos guardias reales se erguían, en posición de firmes, a ambos lados de la puerta, vestidos con rojas túnicas que les cubrían del cuello a los pies, y con cascos rojos totalmente cerrados, salvo por dos ranuras oculares que eran —en realidad— pantallas visuales modificadas electrónicamente. Sus armas siempre estaban a punto.

La habitación estaba en penumbra, iluminada sólo por el resplandor de los cables que, descendiendo por el hueco del ascensor, llevaban energía e información a través de toda la estación espacial. Vader anduvo sobre el pulido suelo de acero pavonado, pasó junto a unos zumbantes y gigantescos transformadores, y subió los pocos escalones que conducían a la plataforma donde se hallaba el trono del Emperador. Bajo esa plataforma, a la derecha, estaba la boca del pozo que ahondaba hasta alcanzar el foso central de la estación de combate; foso que daba al corazón mismo de la unidad de potencia de la Estrella de la Muerte. Un negro abismo impregnado de olor a ozono y que amplificaba los zumbidos de los motores hasta producir una retumbancia grave y hueca.

Al final de la suspendida plataforma había una pared, y en la pared, una circular y enorme ventana de observación. Sentado en un complejo sillón repleto de controles, frente al ventanal, mirando fijamente al espacio, estaba el Emperador.

Inmediatamente tras los ventanales, podía verse la mitad incompleta de la Estrella de la Muerte, rodeada por zumbantes lanzaderas y transportes junto con hombres con pesados trajes y retrocohetes que trabajaban dentro y fuera de la cubierta. A corta distancia, más allá de toda esa actividad, brillaba la luna verde jade de Endor, suspendida como una joya sobre el negro terciopelo del espacio. Esparcidas hasta el infinito fulguraban, diamantinas, las estrellas.

El Emperador, sentado, observaba toda esa mientras Vader se aproximaba tras de él. El Señor Reverso Oscuro se arrodilló y esperó. El Emperador dejó que esperara, mientras examinaba el espacio ante él con una sensación de gloria superior a todo cálculo: todo eso era suyo. Y, aún más glorioso, lo había conquistado por sí mismo.

Porque no siempre fue así. Antaño, en los días en que sólo era el Senador Palpatine, la galaxia había sido una República de estrellas, conservada y protegida por la Hermandad de Caballeros Jedis, que la habían vigilado durante siglos. Más, inevitablemente, había crecido demasiado y fue necesario mantener —durante demasiado tiempo— una burocracia colosal para sostener a la pública. Pronto la corrupción apareció como una coma.

Unos pocos senadores codiciosos iniciaron la reacción en cadena, difundiendo el malestar. Al menos eso se creía, ¿quién iba a saberlo? Unos pocos y perversos burócratas arrogantes y serviles... y de repente la fiebre se esparció por las estrellas. Un gobernador sucedía rápidamente a otro; se erosionaron los valores morales; las alianzas fueron rotas. El miedo se extendió como una epidemia en esos tempranos años, con rapidez y sin causa visible. Nadie sabía el cómo ni el porqué de todo cuanto acontecía.

Y, de ese modo, el Senador Palpatine aprovechó oportunidad. A través del fraude, de inteligentes promesas y astutas maniobras políticas, se las arregló para salir electo como Presidente del Consejo. Luego, mediante subterfugios, sobornos y terrores, se autonombró Emperador.

Emperador... ¡Cuánta gloria y poder encerraba el nombre! La República se había desmenuzado y el Imperio resplandecía con sus propios fulgores y siempre así sería, porque el Emperador sabía lo que otros no querían creen las fuerzas malignas son las más poderosas.

Lo supo siempre, en el fondo de su corazón, pero volvía a aprenderlo todos los días: tenientes traicioneros que denunciaban a sus superiores para obtener un favor; funcionarios poco escrupulosos que le entregaban los secretos de los gobiernos estelares locales; codiciosos terratenientes, gánsters sádicos, políticos hambrientos de poder. Nadie era inmune. Todos aventaban las energías oscuras de sus corazones. El Emperador, simplemente, reconocía esa verdad y la utilizaba. En su propio engrandecimiento, por supuesto.

Porque su alma era el negro centro del Imperio. Contemplaba, tras la ventana, la densa impenetrabilidad del espacio insondable. Era tan condensadamente negro como su propia alma; como si él fuera —en cierto y auténtico modo— esa misma negrura; como si su espíritu interno fuera en sí mismo el vacío sobre el que él reinaba. El pensamiento le hizo sonreír: él era el Imperio; él era el Universo.

Tras él percibió a Vader, que aún esperaba puesto de rodillas. ¿Cuánto tiempo llevaba así el Señor Oscuro? ¿Cinco minutos? ¿Diez? No lo sabía a ciencia cierta, pero no importaba: el Emperador no había finalizado su meditación.

A lord Vader, empero, no le importó esperar, ni siquiera lo advirtió. Porque era un honor, una noble acción, arrodillarse ante los pies de su gobernante. Miró en su interior buscando la reflexión de su mirada en su propio corazón sin fondo. Su poder era ahora enorme, mayor que nunca. Vibraba en su interior, resonando con las oleadas de oscuridad que fluían del Emperador. Se sintió ensalzado por ese poder que brotaba como un fuego negro, como electrones demoníacos buscando un blanco..., pero esperaría. Porque su Emperador no estaba a punto; y su hijo no estaba a punto, y aún no era el momento. Por tanto, esperaba.

Finalmente, el sillón rotó lentamente hasta encarar al Emperador con Vader.

Vader habló primero:

—¿Cuáles son sus órdenes, Maestro?

—Envía a la flota al extremo opuesto de Endor. Permanecerá allí hasta que sea necesario —mandó el Emperador.

—¿Y qué informes hay sobre la concentración de la flota Rebelde cerca de Sullust? —volvió a preguntar Vader.

—Nada preocupante. Pronto aplastaremos la Rebelión y el joven Skywalker será uno de nosotros. Tu trabajo aquí ha terminado, amigo mío. Vete a la nave de mando y espera mis órdenes.

—Sí, Maestro mío. —Deseaba que le permitiera dirigir el ataque contra la Alianza Rebelde. Y esperaba que eso sucediera pronto.

Se puso en pie y salió, mientras el Emperador volvía la cara hacia el panorama galáctico, tras la ventana, para observar, de nuevo, sus dominios.

En el remoto y fosco vacío más allá del confin de la galaxia, se extendía la enorme flota Rebelde desde la vanguardia hasta su último elemento—, por una extensión superior al limitado alcance de la vista humana. Naves de combate Corellianas, cruceros, destructores, naves Calamarianas portadoras de combustible, cañoneras de Alderaan, interceptores Kesselianos, lanzaderas de Bestimia, cazas de Alas-X, Alas-Y y Alas-A; vehículos de transporte, misiles teledirigidos. Todos los Rebeldes de la galaxia, tanto civiles como militares, aguardaban expectantes en las naves, esperando instrucciones. Los guiaba mayor de los Cruceros Estelares Rebeldes, la Fragata del Cuartel General.

Cientos de comandantes Rebeldes de todas las especies y formas de vida se reunían en la sala de combate del gigantesco Crucero Estelar, esperando órdenes del Alto Mando. Los rumores pululaban por doquier y un aire de excitación se esparcía de escuadrón en escuadrón.

En el centro de la sala de reuniones había una gran y luminosa mesa circular que proyectaba, por encima una imagen holográfica de la inacabada Estrella de la Muerte Imperial, suspendida junto a la luna de Endor —cuyo campo protector rodeaba a ambas—.

Mon Mothma entró en la habitación. Era una majestuosa mujer de mediana edad que parecía caminar sobre los murmullos admirativos de la multitud. Vestía un blanco manto bordado en

oro y su aire de gravedad se justificada por el hecho de ser el líder electo de la Alianza Rebelde.

Al igual que el padre adoptivo de Leia —así como el propio Emperador Palpatine—, Mon Mothma había sido decana de los senadores de la República y miembro del Alto Consejo.

Cuando la República empezó a desmoronarse, Mothma permaneció como senadora hasta el fin, organizando la disidencia e intentando estabilizar al cada vez más inútil gobierno.

Ella también organizó células casi al final del proceso destructivo de la República. Grupos de resistencia que no se conocían entre sí y cada uno responsable de incitar a la revolución contra el Imperio cuando éste se hizo manifiesto.

Hubo otros jefes, pero la mayoría murieron cuando la primera Estrella de la Muerte aniquiló el planeta Alderaan. El padre adoptivo de Leia murió en aquel desastre.

Mon Mothma pronto fue una figura ilegal y perseguida consecuentemente. Unió sus células políticas a las miles de guerrillas e insurrectos que habían proliferado a causa de la feroz dictadura del Imperio. Otros miles más se unieron a esa Alianza Rebelde. Mon Mothma se convirtió en el líder indiscutible de todas aquellas criaturas galácticas que perdieron su hogar por culpa del Emperador. Sin hogar, más no sin esperanza.

Atravesó la habitación hasta llegar a la altura del holograma, donde conferenció con sus dos jefes consejeros: el General Madine y el Almirante Ackbar. Madine era un Corelliano duro y pleno de recursos, si bien un tanto ordenancista. Ackbar era un Calamariano puro: una amable criatura de color asalmonado, con enormes ojos tristes insertos en una cabeza con forma de cúpula afilada, y unas manos palmeadas que le hacían sentirse más cómodo en el agua o en el espacio libre que a bordo de una nave. Si los humanos eran los brazos de la Rebelión, los Calamarianos constituían el alma, lo que no significaba que no pelearan magníficamente cuando se veían empujados hasta el límite. Y el perverso Imperio había alcanzado ese límite.

Lando Calrissian se abrió camino entre la multitud escrutando los rostros. Vio a Wedge, que iba a ser el piloto de su Ala, y se saludaron con la cabeza, a la par que hacían el signo optimista de alzar los pulgares, pero Lando siguió su camino. No era a Wedge a quien buscaba. Se desplazó hasta un claro en el centro, miró atentamente a su alrededor y, finalmente, divisó a sus amigos de pie junto a una puerta lateral. Caminó hacia ellos sonriendo ampliamente.

Han, Chewie, Leia y los dos robots festejaron la aparición de Lando con una cacofonía de saludos, risas, pitidos y ladridos.

—¡Vaya! ¡Fíjate cómo vas vestido! —Reprendió Solo, enderezando la solapa del nuevo uniforme de Calrissian y tentando sus insignias—. ¡Un general!

—Soy el hombre de las mil caras y disfraces— rió Lando afectuosamente—. Alguien les debe de haber hablado acerca de mi pequeña maniobra en la batalla de Taanab.

Taanab era un pequeño planeta agrícola regularmente atacado por los bandidos de Norulac. Calrissian antes de su cargo como gobernador de la Ciudad de las nubes, barrió a los bandidos en contra de todo pronósticos volando de forma legendaria y sin hacer caso de estrategia alguna. Y lo hizo por una apuesta.

—Oye —dijo Han, abriendo los ojos con sarcásticamente a mí no me mires. Sólo les dije que eras un «buen» piloto. No tenía idea de que buscaban a alguien para dirigir esta guerra de locos.

—Está bien —replicó Lando—: yo lo solicité. Quería dirigir este ataque.

Por alguna razón, le encantaba vestirse como un general. La gente entonces le respetaba como se merecía no tenía que dar ninguna cota a ningún pomposo policía militar del Imperio. Y ése era el otro aliciente: por fin iba a asestar un golpe a la armada Imperial, un golpe que doliera, por todas las veces que le habían atizado a él. Flagelar al Imperio dejando su impronta sobre él. «General Calrissian, muchas gracias.»

Solo miraba a su viejo amigo con una expresión mezcla de admiración y de incredulidad.

—¿Has visto alguna vez una de esas Estrellas de Muerte? Vas a tener un breve generalato, viejo compañero —avisó Han.

—Me sorprende que no te hicieran a ti el encarguito—sonrió Lando.

—Quizá lo hicieran —intimidó Solo—. Pero yo no estoy loco. Tú eras el chico respetable, ¿recuerdas? Administrador de la Ciudad de las Nubes de Bespin.

Leia se aproximó a Solo y le cogió del brazo con gesto protector.

—Han estará en la nave de mando conmigo... Ambos agradecemos terriblemente lo que estás haciendo. Y también estamos orgullosos.

De súbito, en el centro de la sala, Mon Mothma clamó la atención. La sala cayó en silencio. La expectación era general.

—Los informes que nos trajeron los espías de Bothan han sido confirmados —anunció la líder suprema—. El Emperador ha cometido un error crítico, estamos a tiempo de atacar.

Un gran revuelo sacudió a la reunión. Como si el mensaje de Mothma hubiera sido una válvula de presión, el aire siseó con rumores y comentarios. Ella se volvió al holograma de la Estrella de la Muerte y continuó:

—Ahora conocemos la posición exacta de la nueva estación de combate del Emperador. Los sistemas de armamento de la Estrella de la Muerte aún no son operativos, y con la flota Imperial, esparcida por la galaxia en vano intento de cazarnos, está relativamente desprotegida —Mon Mothma hizo una pausa para dar mayor efecto a su frase siguiente—. Más importante aún: sabemos que el Emperador en persona supervisa la construcción.

Una descarga de parloteos excitados erupcionó en la asamblea. Ésta era la oportunidad. La esperanza que nadie creía poder esperar. Un mazazo directo al Emperador.

Al calmarse un poco la barahúnda, Mon Mothma reanudó su discurso.

—Su viaje de inspección se realizó en el mayor de los secretos, pero él subestimó a nuestra red de espías. Muchos Bothanos han muerto para traernos esta información. —Su voz cambió rápidamente, endureciéndose de nuevo al recordar a todos cuál era el precio de esa empresa.

El Almirante Ackbar dio un paso al frente. Era un especialista en los sistemas defensivos del Imperio. Alzó su aleta y señaló en el modelo holográfico el campo de fuerza que emanaba de Endor.

—Aunque incompleta, la Estrella de la Muerte tiene un mecanismo de defensa —instruyó en el tono tranquilizador de los Calamarianos—; está protegida por un escudo de energía generado por la cercana luna de Endor, aquí situada. —Calló un largo rato: quería que la información empapara sus mentes. Cuando creyó que lo había conseguido, habló más lentamente—: Si queremos intentar cualquier ataque, hemos de desactivar el escudo. Una vez que se haya desvanecido, los cruceros crearán un arco protector, mientras los cazas vuelan dentro de la superestructura, aquí..., e intentan acertar al reactor principal —señaló una porción inacabada de la Estrella de la Muerte—..., en algún sitio por aquí dentro.

Otro murmullo recorrió la sala de los comandantes como una oleada de un mar tormentoso. Ackbar concluyó:

—El General Calrissian dirigirá el ataque de los cazas.

Han se volvió a Lando, sus dudas sustituidas por respeto.

—Buena suerte, compañero.

—Gracias —dijo Lando, simplemente.

—La vas a necesitar —recalcó Han.

El Almirante Ackbar cedió el terreno al General Madine, encargado de las operaciones de camuflaje.

—Hemos adquirido una pequeña lanzadera Imperial —anunció Madine con satisfacción—. Bajo este disfrazas un comando aterrizará en la luna y desactivará el generador del escudo. El bunker de control está bien custodiado, pero un pequeño grupo podría ser capaz de penetrar sus defensas.

Estas noticias provocaron una onda general de murmuraciones. Leia se volvió a Han y habló entre dientes:

—Me pregunto a quién habrán encontrado para cargarse de esta acción.

Madine llamó en alta voz:

—General Solo, ¿tiene ya constituido su comando?

Leia alzó su rostro hacia el de Han; su sorpresa inicial se transformó en un sentimiento de jubilosa admiración. Sabía que tenía motivos para amarlo, pese a crasa insensibilidad y sus zafias fanfarronadas. Tras ello, tenía corazón.

Más aún: un cambio había sobrevenido en él desde que surgió de la carbonización. No era ya más un solitario que estuviera en ese asunto sólo por dinero. Había perdido su costra de

egoísmo y, de alguna sutil manera, llegado a ser parte de un todo. Ahora hacía en verdad algo por los demás, y ese hecho emocionaba grandemente a Leia. Madine le había llamado General, lo que significaba que Han había permitido que se le considerara miembro oficial del ejército. Una parte dentro de todo.

—Mi escuadrón está preparado, señor —respondió Solo a Madine—, pero necesito algunos comandos tripulantes para la lanzadera. —Miró interrogador a Chewbacca y habló en voz baja—: Va a ser muy duro, compadre. No quiero hablar por ti.

—Roar rooufl. —Chewie meneó su cabeza con bronco afecto y alzó su peluda zarpa.

—Ése es uno —reclamó Han,

—Aquí tienes al segundo —gritó Leia, disparando su brazo al aire. Luego, dulcemente, se dirigió a Solo—. No voy a dejar que se pierda otra vez de vista, mi General.

—¡Yo también voy contigo! —dijo una voz al fondo de la sala.

Todos giraron su cabeza para ver a Luke, en pie arriba de las escaleras. Saludos de bienvenida brotaron de todas las gargantas.

Y aunque ése no era su estilo, Han fue incapaz de ocultar su alegría: , —Ya somos tres —sonrió.

Leia corrió hasta Luke y le abrazó tiernamente. De pronto sintió una especial cercanía entre los dos que atribuyó a la solemnidad del momento y a la importancia de la misión. Empero detectó un cambio en él, una esencia distinta que parecía radiar su corazón; algo que sólo ella podía advertir.

—¿Qué es, Luke? ¿Qué te sucede? —susurró. De súbito, quiso abrazarlo sin saber por qué.

—Nada. Algún día te lo contaré —murmuró cariñosamente. Sin embargo, distaba mucho de ser nada.

—De acuerdo —respondió Leia sin insistir—. Esperaré. —Se preguntaba qué podría ser lo que confería a Luke un aire distinto. Quizá era porque vestía de otro modo; probablemente sólo era eso. Ataviado de negro, parecía más viejo. Viejo, sí, eso era.

Han, Chewie, Lando, Wedge y varios otros rodearon a Luke al momento, saludándole con un coro de voces confusas.

El bloque de los reunidos se disolvió formando múltiples pequeños grupos. Era el momento del último adiós acompañado por los deseos de buena suerte.

R2 silbó melódicamente una observación a 3PO, que, de algún modo, parecía mucho menos optimista.

—No creo que «excitante» sea la palabra adecuada —respondió el dorado androide. Siendo su programa maestro el de traductor, 3PO —por supuesto—no podía dejar de preocuparse terriblemente por localizar la palabra exacta que mejor describiera la situación presente.

El Halcón Milenario descansaba en el muelle principal de embarque del Crucero Estelar Rebelde, mientras lo repostaban y suplían. Justo tras él, se asentaba la robada lanzadera Imperial, destacando como algo entre los cazas Rebeldes de Alas-X.

Chewie supervisaba las últimas remesas de provisiones para la lanzadera y calculó, de un solo vistazo, el emplazamiento idóneo para el comando de Han y Lando, de pie entre dos naves, se despedían imaginando, por lo que sabían, que sería para siempre.

—¡Te lo digo de verdad: llévatelo! —insistió Solo, indicando al Halcón—. Te traerá buena suerte. Tú sabes que es la nave más veloz de toda la galaxia.

Han trabajó en el Halcón duramente tras ganárselo a Lando. Siempre había sido rápido, pero ahora lo era mucho más. Y todas las reformas y modificaciones que efectuó sobre la nave hacían que fuera parte de él; había puesto mucho cariño y sudor en ella. Su propio espíritu. Así, dársela a Lando constituía en verdad la etapa final de la transformación de Solo; el regalo menos egoísta que jamás había dado. Y Lando supo entenderlo.

—Gracias, viejo compadre: tendré buen cuidado de ella. Tú sabes que, de todos modos, siempre piloté mejor que tú. Conmigo a los mandos no tendrá ni un rasguño.

—Tengo tu palabra —dijo Solo, mirando con afecto al simpático bribón—: ni un araño.

—Despega, viejo pirata —intimidó Lando—; lo próximo que me pedirás es que instale un depósito de seguridad.

—Te veré pronto, compañero —se despidió Solo.

Se separaron sin haber expresado en alta voz sus verdaderos sentimientos, tal como debía de ser entre los hombres de acción de esos tiempos. Cada uno subió la rampa de su respectiva nave.

Han entró en la cabina de pilotaje de la lanzadera imperial, donde estaba Luke afinando los instrumentos del panel trasero de navegación. Chewbacca, en el asiento del copiloto, intentaba imaginarse cómo eran los controles del Imperio. Al sentarse Han en el puesto del piloto, Chewie gruñó con mal humor, quejándose de los diseños

—Ya, ya —contestó Solo—. No creo que el Imperio los diseñase pensando en los Wookiees.

Leia, cruzando el umbral de la entrada, tomó asiento cerca de Luke.

—A todos nos entorpece el Imperio —aseveró.

—Rrrwfr —dijo Chewie, mientras pulsaba la primera secuencia de interruptores. Miró a Solo, pero Han estaba inmóvil, mirando fijamente a un punto tras las ventanas. Chewie y Leia siguieron la dirección de su mirada hasta el objetivo de tanto interés. Era el Halcón Milenario.

—¡Eh! ¿Estás despierto? —dijo Leia propinando un ligero codazo al piloto.

—Tengo una extraña sensación —musitó Han—. Como si no fuera a verla de nuevo. —Pensó en las veces que le había salvado la vida con su velocidad, o en aquellas otras en que él la había salvado con su pericia. Pensó en todo el universo que habían visto juntos, en el cobijo que ella le había proporcionado, en el modo en que la conocía tanto por fuera como por dentro. Recordó las veces que habían dormido al amparo uno del otro, flotando inmóviles, en pacífico sueño, en el negro silencio del espacio profundo.

Al oír esto, Chewbacca dio, a su vez, otra añorante ojeada al Halcón. Leia posó su mano sobre el hombro de Luke. Sabía que él tenía un cariño especial por su nave y no quiso estorbar esa postrera comunión. Pero el tiempo les era cada vez más precioso.

—Vamos, Capitán —susurró Leia con apremio—. Pongamos esto en marcha.

Han volvió a la realidad.

—Bien, Okey, Chewie: averigüemos lo que es capaz de hacer esta cafetera.

Encendieron los motores de la robada lanzadera, se deslizaron fuera del muelle de embarque y se zambulleron en la noche interminable.

La construcción de la Estrella de la Muerte proseguía su ritmo. El tráfico en el área era denso debido al gran número de naves de transporte, cazas TIE y lanzaderas de servicios. Periódicamente, el Superdestructor Estelar orbitaba el área vigilando los progresos de la estación espacial desde todos los ángulos.

El puente del Superdestructor Estelar semejava una activa colmena. Los mensajeros corrían arriba y abajo de la hilera de controladores pendientes de sus pantallas, monitorizando las entradas y salidas de vehículos a través del escudo deflector. Se enviaban y recibían claves, se impartían órdenes y se dibujaban diversos diagramas.

Eran unas operaciones que implicaban a mil veloces naves y todo había de ejecutarse con la mayor eficiencia..., hasta que el Controlador Jhoff contactó con una lanzadera del tipo Lambda que se aproximaba al escudo desde el Sector Siete.

—Lanzadera a Control, solicitamos permiso de entrada —la voz irrumpió en los auriculares de Jhoff con habitual carga de estática.

—Los tenemos ahora en pantalla —replicó a través de su intercomunicador el controlador—. Identifíquese, por favor.

—Ésta es la lanzadera *Tydirium* solicitando la desactivación del campo deflector.

—Lanzadera Tydirium, transmita el código de vuelo del pasillo del escudo.

Arriba, en la lanzadera, Han miró con preocupación a los otros y replicó por su intercomunicador:

—Comienza la transmisión.

Chewie pulsó varios interruptores del tablero que produjeron una serie de señales de alta frecuencia de transmisión.

Leia se mordió los labios, preparándose para seguir volando o luchar.

—Ahora sabremos si ese código vale el precio pagamos por él —dijo la Princesa. Chewie ganó nerviosamente.

Luke miraba fijamente al enorme Superdestructor Estelar que cubría todo el espacio frente a ellos. La ominosa tenebrosidad de la nave ocupaba su vista como si fuera una catarata maligna. Y no sólo su visión se hacía opaca, sino que el corazón y la mente también se le llenaban de tinieblas. Sintió cierto oscuro temor y una certeza particular.

—Vader está en esa nave —susurró. —Sólo estás nervioso, Luke —confortó a todos Han—. Hay un montón de naves de mando. Pero, Chewie, manten las distancias sin que parezca que queremos mantenerlas.

—¿Awroff rwergh rrfrough? —preguntó Chewie.

—No lo sé; vuela despreocupadamente —contestó Han.

—Están tardando mucho en comprobar el código de vuelo —dijo Leia con tirantez. ¿Qué pasaría si no funcionaba? La Alianza nada podría hacer si continuaba operando el escudo deflector del Imperio. Leia trató de aclarar sus ideas, concentrándose en el generador del escudo al que quería llegar e intentando echar fuera de sí los sentimientos de duda o temor que quizá estuviera proyectando a los demás.

—Estoy poniendo en peligro la misión. —Luke habló como si tuviera una resonancia especial con su hermana secreta. Sus pensamientos iban dirigidos a Vader: al padre de ambos—. No debería haber venido.

Han trató de animar el ambiente.

—Eh, ¿por qué no intentamos ser un poco más optimistas? —Se sentía asediado por la negatividad.

—Él sabe que estoy aquí —reconoció Luke mientras continuaba mirando por los ventanales a la nave de mando. Parecía aguardar, mofándose de él.

—Vamos, muchacho —dijo Han—: estás imaginando cosas.

—Ararg gragh —musitó Chewie. Incluso él estaba ceñudo.

Lord Vader, de pie y silenciosamente inmóvil, miraba por una gran pantalla a la Estrella de la Muerte. Le excitaba la visión de ese monumento dedicado al Reverso Oscuro de la Fuerza. Con su mirada glacial acarició la superficie de la esfera.

Como si fuera un gigantesco ornamento flotante, centelleaba para él. Un globo mágico. Motas de luz surcaban la superficie hipnotizando al Señor Oscuro como si fuera un niño absorto en algún juguete especial. Estaba en un estado trascendente, un momento de exaltación de las percepciones. Y entonces, en medio de su silenciosa contemplación, se inmovilizó absolutamente: ni un respiro, ni un latido siquiera enturbiaban su concentración. Todos sus sentidos volcados en el éter. ¿Qué había percibido!. Su espíritu inclinó la cabeza para escuchar mejor. Algún eco, alguna vibración que sólo él captaba, había pasado. No, no había pasado: se había arremolinado un instante alterando el contorno de las cosas. Ya nada era igual.

Anduvo por entre las hileras de controladores hasta llegar al lugar donde el Almirante Piett se inclinaba sobre la pantalla trazadora del Controlador Jhoff. Piett se puso firme al aproximarse Vader e inclinó la cabeza saludando.

—¿Adonde se dirige esa lanzadera? —preguntó Vader con calma y sin rodeos.

Piett se volvió hacia la pantalla y habló por el intercomunicador:

—Lanzadera Tydirium, ¿cuál es su carga y su destino?

La voz filtrada del piloto de la lanzadera resonó en el receptor:

—Piezas y personal técnico para el Santuario Lunar.

El comandante del puente observó a Vader esperando una reacción. Deseaba que todo fuese correcto. Vader no aceptaba a la ligera que se produjeran errores.

—¿Tienen un código de vuelo? —cuestionó Vader.

—Es un código viejo, pero válido —replicó Piett inmediatamente—. Estaba a punto de darles paso— Era inútil mentir al Señor de las Tinieblas. Él siempre sabía si uno mentía; como si las mentiras se proyectaran en el Señor Oscuro.

—Tengo una sensación extraña respecto a esa nave —dijo Vader, más para sí que para los demás.

—¿Debo retenerla? —se precipitó Piett, deseoso de agradar a su amo.

—No, déjela pasar. Me ocuparé personalmente de esto.

—Como vos deseéis, mi Señor. —Piett hizo una reverencia, en parte para ocultar su sorpresa. Asintió al controlador Jhoff, quien habló por el intercomunicador con la Lanzadera Tydirium.

En la lanzadera Tydirium, el grupo aguardaba en tensión. Cuantas más preguntas les hicieran acerca de la carga y el destino, más parecía que iban a ser descubiertos.

Han miró con afecto a su viejo compañero Wookiee.

—Chewie, si esto no cuela, vamos a tener que salir disparados. —Era un discurso de despedida, realmente Todos sabían que esa pequeña lanzadera no adelantaría de las naves que los rodeaban.

La voz, llena de estática, del controlador irrumpió a través del intercomunicador:

—Lanzadera Tydirium, la desactivación del escudo comenzará en seguida. Siga su ruta actual.

Todo el mundo, salvo Luke, exhaló un suspiro de alivio, como si hubieran acabado todos los problemas, lugar de estar justo comenzando. Luke siguió mirando con fijeza a la nave de mando, inmerso en un monólogo silencioso y complejo.

Chewie ladró con fuerza.

—¡Eh! ¿Qué es lo que os dije? —exclamó Han haciendo muecas—. Sin sudores.

Leia sonrió cariñosamente.

—¿Es eso lo que nos decías? —ironizó.

Solo impulsó la lanzadera hacia adelante y la nave robada avanzó lentamente camino a la gran Luna de la Santuario.

Vader, Piett y Jhoff observaban la pantalla de la sala de control, mientras la trama con forma de telaraña de escudo se abría para admitir a la lanzadera Tydirium. Ésta se movió lentamente hacia el centro de la telaraña a Endor.

Vader se giró hacia el oficial de cubierta y habló con más apremio en la voz del que normalmente poseía:

—Rápido, mi lanzadera. Debo ir junto al Emperador.

Sin esperar respuesta, el Señor Oscuro alejóse a grandes zancadas, claramente absorto en algún sombrío pensamiento.

Capítulo V

Los árboles de Endor se alzaban trescientos metros por encima de la superficie. Sus troncos, cubiertos por una peluda y mohosa corteza, crecían rectos como columnas; algunos mayores que una casa y otros delgados como una pierna. Las hojas, alargadas y de lustroso color, difuminaban la luz del sol dibujando bellos arabescos verdiazules sobre el suelo del bosque.

Condensada entre los viejos gigantes, crecía la flora usual de los bosques: pinos de distintas especies, árboles de hoja caduca, nudosos arbustos cargados de follaje. La superficie estaba recubierta por tal cantidad de helechos, que en ocasiones parecía un verde mar meciéndose suavemente al compás de la brisa del bosque.

Así era toda la luna: verde, primitiva, silenciosa. La luz se filtraba por el techo de ramas cayendo en hilillos de oro que, al moverse, daban vida al propio aire. La temperatura era templada y a veces fresca. Así era Endor.

La robada lanzadera Imperial yacía en un claro distante muchos kilómetros del astropuerto Imperial, camuflada bajo una capa de ramas secas, hojas, pajas y hierbas. Además, la pequeña nave se empequeñecía totalmente ante las arboladas torres. Su casco metálico hubiera sido una incongruencia dentro de ese mundo vegetal si no fuera porque pasaba completamente inadvertida.

En la colina contigua al claro, el contingente Rebelde trepaba por una inclinada senda. Leia, Chewie, Han y Luke encabezaban la marcha seguidos en fila india por la desigual escuadra, enfundada en sus cascos, del comando de asalto. La unidad estaba compuesta por la élite de la infantería de la Alianza Rebelde. Un andrajoso puñado de soldados que habían sido escogidos uno a uno debido a su iniciativa, astucia y ferocidad. Algunos eran comandos bien entrenados y otros criminales en libertad bajo palabra, pero todos odiaban al Imperio con una intensidad tal, que anulaba sus instintos de conservación. Y todos sabían que participaban en la principal incursión punitiva. Si fallaban en su misión de destruir generador del escudo, la Rebelión estaba condenada. No tendría una segunda oportunidad.

Por consiguiente, nadie tenía que advertirlos que anduvieran alertas mientras ascendían por el sendero de la foresta. Todos ellos agudizaban sus sentidos como nunca lo habían hecho.

R2 D2 y C-3PO cerraban la marcha de la escuadra. La mollera cupular de R2 no paraba de girar mientras avanzaba enfocando con sus luces sensoras los altísimos árboles que los rodeaban.

—¡Bee-diip! —comentó R2 con asombro.

—No —respondió 3PO —, no creo que esto sea una belleza. Además —prosiguió con enojo — con nuestra suerte, el lugar estará habitado por monstruos devoradores de robots.

—¡Sssh! —mandó callar, ásperamente, el soldado que precedía a los robots.

—Silencio, R2 —ordenó 3PO, girándose hacia el pequeño robot.

Todos estaban un tanto nerviosos.

En la cabeza de la formación, Chewie y Leia alcanzaron la cresta de la colina. Se arrojaron de bruces al suelo, gatearon los últimos metros y atisbaron por el borde de la elevación. Chewie alzó su peluda zarpa para detener al resto del grupo. Al instante, toda la foresta pareció acallarse.

Luke y Han se arrastraron sobre sus estómagos hasta llegar a la altura de los otros. Señalando un punto entre los helechos, Chewie y Leia exigieron sigilo. No lejos, allá abajo, en una cañada junto a una charca cristalina, dos exploradores Imperiales habían asentado su campamento temporal. En aquel momento estaban cocinando sus raciones, que calentaban sobre una cocinilla portátil. Aparcadas en las cercanías, se erguían sus motos-cohete.

—¿Intentamos rodearlos? —sugirió Leia entre susurros.

—Nos llevaría demasiado tiempo —replicó Luke, negando con la cabeza.

—Sí —dijo Han, oteando tras una roca—, y si nos ven e informan sobre nosotros, todo nuestro grupo no vale para nada.

—¿Sólo estarán esos dos? —dijo Leia con un retintín escéptico.

—Echemos un vistazo —sonrió Luke, a punto de soltar un suspiro que aliviara la tensión.

Todos sonrieron de igual modo. La fiesta estaba a punto de comenzar.

Leia ordenó al resto del comando que permanecieran en sus puestos y, junto con Han, Luke y Chewbacca, se arrastró en silencio cerca del campamento de los exploradores.

Cuando estaban ya muy cerca del claro, pero aún protegidos por la maleza, Solo se deslizó rápidamente, colocándose en primera posición.

—Quedaos aquí —dijo ásperamente—. Chewie y yo nos ocuparemos de esto —sonrió con la más picara de las sonrisas.

—Tranquilo —advirtió Luke—, podría haber más...

Antes que Luke acabara de hablar, Han saltó junto a su peludo compañero y se abalanzaron sobre el claro.

—...exploradores por ahí —terminó Luke, hablándose a sí mismo. Miró hacia Leia.

—¿Qué es lo que esperabas? —dijo Leia, encogiéndose de hombros. Algunas cosas jamás cambiaban.

Pero antes de que Luke pudiera responder; los interrumpió un sonoro estruendo proveniente de la cañada. Ambos se aplastaron contra el suelo y observaron.

Han estaba ocupado peleando a puñetazos con un explorador y daba la impresión de no haber sido tan feliz en muchos días. El otro explorador saltó sobre su moto-cohete, intentando escapar, pero justo cuando ponía el vehículo en marcha, Chewie disparó unos pocos tiros con su láser de bandolera. El malhadado explorador se estrelló contra un enorme árbol, produciendo una breve y sorda explosión.

Leia desenfundó su pistola de láser y corrió hacia el escenario de la lucha seguida de cerca por Luke. Tan pronto como alcanzaron el claro, se cruzaron varios disparos de láser, obligándolos a echarse rápidamente al suelo. Leia perdió su pistola.

Aturdidos, alzaron la vista para ver cómo dos exploradores Imperiales más surgían del extremo opuesto del claro, dirigiéndose hacia sus motos escondidas en el follaje. Los exploradores enfundaron sus pistolas al montar en las motos y encender los motores.

—¡Por allí, otros dos más! —dijo Leia, tambaleándose sobre sus pies.

—Ya los veo —contestó, levantándose, Luke—; Quédate aquí.

Pero Leia tenía sus propias iniciativas. Corrió hasta la moto restante, la puso en marcha y partió en persecución de los volantes exploradores. Al pasar junto a Luke, éste saltó sobre la moto-cohete y ambos despegaron.

—Rápido, el interruptor central —gritó Luke a Leia por encima del hombro y del rugido de los ¡Interfiere sus intercomunicadores!

Mientras Luke y Leia partían vertiginosamente del claro en pos de los Imperiales, Han y Chewie estaban reduciendo al último explorador.

—¡Eh! ¡Esperad! —gritó Solo cuando ya se habían ido. Frustrado, tiró su arma al suelo. El resto del comando Rebelde descendió por la vertiente hasta el claro.

Luke y Leia volaban veloces a través del compacto follaje a un metro del suelo. Leia pilotaba mientras Luke se aferraba a su espalda. Los dos exploradores Imperiales huidos les llevaban una buena delantera, pero a trescientos veinte kilómetros por hora, Leia era mejor piloto, no en vano su talento era cosa de familia.

A intervalos, Leia disparaba una ráfaga de láser con el cañoncito de la moto, pero aún estaba demasiado lejos para tener precisión alguna. Los proyectiles no alcanzaban los blancos en movimiento, sino sobre los troncos de los árboles, astillándolos e incendiando la mientras los vehículos zigzagueaban frenéticamente entre las colosales y macizas ramas.

—¡Acércate más! —gritó Luke.

Leia aceleró, acortando las distancias. Los dos exploradores advirtieron cómo sus perseguidores ganaban terreno y viraron temerariamente para pasar por una estrecha abertura entre dos árboles. Una de las dos motos rozó la corteza de un árbol y el piloto, descontrolado, hubo de frenar significativamente.

—¡Ponte a su lado! —vociferó Luke al oído de

Ella acercó tanto su moto a la del explorador, que rozaron sus propulsores. Luke saltó como un rayo desde su moto a la parte trasera del vehículo del explorador, aferró al guerrero Imperial por el cuello y le tiró moto. La blanca armadura del soldado se estrelló — con ruido de huesos rotos— contra un árbol y se hundió para siempre en el mar de helechos.

Luke se abalanzó sobre el asiento del piloto, manipuló unos segundos los controles y salió disparado en pos de Leia. Ambos acosaban ahora al restante explorador.

Volaron sobre colinas y bajo puentes de piedra, apenas evitando colisionar y dejando una estela de ramas ardiendo por el calor de sus toberas. La caza los conducía hacia el Norte cuando pasaron sobre un barranco donde descansaban otros dos exploradores Imperiales. Momentos después, comenzaron a perseguirlos, colocándose a la zaga de Luke y Leia y disparando su arma de láser. Luke, aún detrás de Leia, hizo un rápido cálculo de un vistazo.

—¡Continúa persiguiendo a ése! —le gritó a Leia, indicando al explorador situado en cabeza—. ¡Yo me ocupo de los dos que nos siguen!

Leia partió como una flecha hacia adelante y Luke, en el mismo instante, encendió los cohetes delanteros frenando la moto rápidamente. Los dos exploradores que le seguían pasaron por cada lado como una exhalación, incapaces de frenar su inercia. Luke aceleró inmediatamente al máximo, disparando su cañón sin cesar.

Su tercera ráfaga alcanzó el objetivo. Uno de los exploradores perdió el control y, dando vueltas como una peonza, se estrelló contra un peñasco, al que envolvió en llamas.

El compañero del explorador miró sólo una vez a la explosión, tras él, y activó su moto en la modalidad de superpotencia, acelerando como un rayo, pero Luke no perdió la pista.

Mucho más adelante, Leia y el explorador continuaban su vertiginoso eslalom por entre las inextricables barricadas de árboles y ramas bajas. Leia tenía que efectuar tantos quiebros que le parecía imposible acercarse más a su contrincante. De pronto, disparó al aire con un grado increíble de inclinación y desapareció de la vista. El explorador, confuso, se giró, dudando entre relajarse o desaparecer, extrañado por la súbita ausencia de su perseguidor. Pero el paradero de Leia se hizo pronto evidente. Desde la cima de los árboles, su moto cohete bajaba en picado disparando sin cesar. La velocidad de Leia era mayor de lo que ella misma creía y pronto estuvo volando en paralelo con el explorador. Antes de que se diera exacta cuenta de lo que sucedía, el explorador se aproximó empuñando una pistola y, sin darle tiempo a reaccionar, disparó.

La moto de Leia perdió el control y la Princesa saltó justo a tiempo de ver cómo estallaba, al aplastarse contra el tronco de un árbol gigante, mientras ella caía entre una maraña de ramas y raíces entretejidas, troncos podridos y una charca poco profunda. La última que su retina registró fue la de una bola naranja ruego vislumbrada a través del humeante verdor, luego la negrura...

El explorador miró la explosión tras de sí, sonriendo con desprecio, mas, cuando volvió la vista al frente, se desvaneció su presunción porque estaba a punto de chocar con un árbol caído. Instantes después, sólo las llamas eran testigos.

Mientras tanto, Luke se aproximaba rápidamente, último explorador. A medida que danzaban entre los árboles, fue dándole alcance hasta ponerse a su altura. El soldado Imperial dio un repentino golpe de manillar y golpeó con su moto la de Luke. Ambos se balancearon peligrosamente, evitando por milímetros un árbol caído en medio de sus trayectorias. El explorador pasó zumbido bajo el tronco y Luke lo hizo por encima. Al salir por el otro lado, el joven Jedi chocó con la parte superior del vehículo de su adversario y ambos quedaron enganchados.

Las motos tenían un diseño semejante al de los trineos unipersonales, con unas largas y delgadas varillas que sobresalían de sus morros y se remataban en unos pequeños alerones estabilizadores. Cuando ambos vehículos se acoplaban, las motos volaban como una sola, aunque los dos pilotos podían conducir.

El explorador giró violentamente a la derecha, intentando aplastar a Luke contra un bosquecillo de árboles jóvenes. En el último segundo, Luke apoyó todo su peso en el lado izquierdo e hizo girar a las motos cohete, volviendo de nuevo a la posición vertical, Luke encima y el explorador debajo.

El soldado Imperial dejó de resistir la fuerza de giro a la izquierda que Luke imprimía, y empujó con todo su peso en la misma dirección, haciendo que las motos giraran ciento ochenta grados, quedando otra vez verticales, pero... con un enorme árbol erigiéndose frente a Luke.

Sin pensarlo dos veces, saltó de la moto. Una fracción de segundo después, el explorador viró fuertemente a la izquierda, los vehículos se separaron y la moto de Luke se estrelló —sin piloto— contra el grueso tronco.

Luke dio vueltas y vueltas sobre un talud cubierto de musgo, frenándose suavemente. El explorador ascendió y dio la vuelta, buscándole.

Luke corrió, dando tumbos, fuera de los arbustos, mientras la moto del explorador le perseguía a todo gas y disparando ininterrumpidamente su cañón de láser. Luke encendió su espada de láser y se plantó en el centro de un claro. Su arma interceptaba cada disparo del soldado Imperial, pero la moto continuaba acercándose. En pocos instantes, ambos se encontrarían. El explorador aceleró aún más, pretendiendo cortar en dos al joven Jedi, pero en el último momento Luke se hizo a un lado —midiendo el tiempo con la exactitud de un torero que se enfrentara a un toro propulsado por cohetes— y cortó las horquillas de dirección del vehículo con un solo y poderoso tajo de su espada de Luz Láser.

La moto comenzó primero a vibrar, luego a cabecear y, por último, a girar frenéticamente. En un segundo estaba por completo fuera de control y, otro segundo más tarde, era una fragorosa bola de fuego que se alzaba sobre el bosque.

Luke desactivó su espada de láser y se encaminó de vuelta buscando a los demás.

La lanzadera de Vader giró en torno a la porción incompleta de la Estrella de la Muerte y se introdujo hábilmente en el principal muelle de embarque. Silenciosos mecanismos bajaron la rampa de la nave del Señor Oscuro; silenciosos eran sus pasos, deslizándose sobre el frío acero; rápidas zancadas al servicio de sus glaciales propósitos.

El corredor principal estaba lleno de cortesanos que esperaban una audiencia con el Emperador. Vader frunció los labios al verlos. «Todos eran unos estúpidos», pensó. Pompasos aduladores con túnicas de terciopelo y rostros pintados; perfumados obispos pasándose notas y haciendo juicios entre ellos —¡y a quién más le importaban!—. Grasientos mercaderes de favores, doblados por el peso de unas joyas aún tibias por el calor de sus previos y asesinados propietarios. Hombres y mujeres, fáciles o violentos, pero todos codiciando alguna prerrogativa o algún soborno.

Vader no tenía ninguna paciencia con esa mezquina basura. Pasó entre ellos sin manifestar el más mínimo reconocimiento, aunque muchos de ellos hubieran pagado encantados por recibir una sola mirada aprobatoria del excelso Señor Oscuro.

Al llegar al ascensor que subía hasta la torre del Emperador, encontró la puerta cerrada. Unos guardias — de rojas túnicas y fuertemente armados flanqueaban el pozo, pareciendo no advertir su presencia. Un oficial sobresalió de entre las sombras y avanzó sobre Vader cortándole el paso.

—No se puede entrar —dijo llanamente el oficial.

Vader no gastó palabras. Alzó su mano, con los dedos extendidos, en dirección del oficial. Inevitablemente, el oficial comenzó a ahogarse. Sus rodillas temblaron, doblándose, y su cara adquirió un tinte ceniciento.

Boqueando, haciendo un supremo esfuerzo por respirar, logró decir:

—Es la... voluntad... del... Emperador.

Como impulsado por un resorte, Vader aflojó la presión sobre su presa. El oficial, respirando de nuevo, cayó temblando sobre el suelo, mientras se frotaba el cuello.

—Aguardaré su conveniencia —dijo Vader. Se volvió y miró por los ventanales. El verdoso Endor brillaba sobre él, flotando en el espacio, casi como si radiara luz mediante alguna fuente interna de energía. Vader se sentía atraído por Endor, como si la luna fuera un imán, un vacío succionador o una antorcha que brillara oscuridad.

Han y Chewie estaban sentados en el claro del bosque apoyados entre sí, callados y próximos. El resto del comando descansaba cuanto era posible esparcidos en grupos de dos y tres soldados. Todos aguardaban.

Incluso 3PO estaba callado; sentado junto a R2, se limpiaba sus metálicos pies a falta de otra cosa mejor que hacer. Los demás miraban sus relojes o comprobaban sus armas, mientras se desvanecía la luz atardecer.

R2 permanecía absolutamente inmóvil, salvo por el pequeño radar que remataba su cúpula azul y plata no paraba de girar escrutando el terreno. R2 exudaba la paciencia del que ejecuta una función u opera un programa.

De pronto comenzó a pitar.

3PO cesó su limpieza obsesiva y miró al bosque con aprensión.

—Alguien viene —tradujo para los demás.

Toda la escuadra saltó como un solo hombre y se aprestaron con las armas a punto. Una ramita se rompió con estruendo en la maleza. Nadie respiraba.

Con paso cansino, Luke salió de entre la maleza hasta alcanzar el centro del claro. Todo el mundo, relajándose, depuso las armas. Luke estaba demasiado cansado para preocuparse por el recibimiento. Se tiró de golpe sobre el duro y sucio suelo junto a Solo, y se tumbó de espaldas con un exhausto gemido.

—Un día duro, ¿eh, muchacho? —comentó Han.

Luke sonrió, apoyándose sobre un codo. Habían hecho un montón de ruido y de esfuerzo sólo para acallar a una pareja de exploradores Imperiales, ¡y todavía faltaba la parte realmente dura! Pero Han aún podía mantener su tono ligero y bromista. Era como un estado de gracia, ese peculiar encanto suyo. Luke deseaba que nunca faltara en el Universo esa cualidad.

—Espera que lleguemos a ese generador —replicó con dulzura.

Solo miró en torno al lugar de donde había salido Luke y dijo:

—¿Dónde está Leia?

—¿Aún no ha venido? —dijo Luke, crispándosele el rostro súbitamente.

—Yo creí que estaba contigo —dijo Han, alzando la voz.

—Nos dividimos —explicó Luke, cambiando una ceñuda mirada con Luke.

Ambos se levantaron lentamente.

—Lo mejor será buscarla —decidió Luke.

—¿No quieres descansar un momento? —sugirió Han. Podía ver la fatiga asomando en el rostro de Luke y quería evitar que pasara por otra prueba que, seguramente, absorbería más fuerzas de las que ambos tenían.

—Quiero encontrar a Leia —dijo con suavidad.

Han asintió sin discutir e hizo una seña al oficial Rebelde, que era segundo en el mando del grupo de asalto. El oficial se acercó corriendo y saludó.

—Haga avanzar al comandó—ordenó Solo—. Nos reuniremos en el generador del escudo a las 0,30.

El oficial saludó de nuevo y organizó inmediatamente las tropas. En menos de un minuto se deslizaban el bosque, contentos de moverse por fin.

Luke, Chewbacca, el General Solo y los dos partieron en dirección opuesta. R2 señalaba el camino girando todas sus antenas y escrutando con sus sensores para percibir los parámetros de su los demás lo seguían a través del bosque.

Cuando Leia recuperó la consciencia, lo primero que advirtió fue que su codo izquierdo estaba mojado. Yacía sobre una charca de agua, empapado.

Sacó el codo del agua —chapoteando un poco— percibió algo más: dolor, dolor en todo el brazo al moverlo verlo. Por el momento prefirió dejarlo quieto.

Lo siguiente que percibió fueron un sinfín de sonidos: el chapoteo que produjo al mover el codo, el susurro de las hojas mecidas por el viento, el canto ocasional de un pájaro. Rumores del bosque. Lanzó un gemido, tomó aliento y entonces escuchó su propio gemido.

Ahora era consciente de los olores que se infiltraban por las ventanillas de su nariz. El olor del musgo humedo, los efluvios del oxígeno producido por las el aroma de la miel en un panal cercano, la fragancia de extrañas flores.

El sentido del gusto se despertó junto con el del olfato: sabor de sangre en su boca. Abrió y cerró las mandíbulas varias veces para localizar de dónde provenía la sangre, pero no lo consiguió. En cambio, el intento trajo consigo el reconocimiento de nuevos dolores: en su cabeza, cuello y espalda. Intentó mover de nuevo los brazos, pero el intento suponía una lista completa de dolores. Así pues, se inmovilizó otra vez.

El calor envolvía sus sentidos. El sol templaba los dedos de su mano derecha, mientras que la palma, en sombra, permanecía fría. Una ligera brisa acarició sus pantorrillas. Su mano izquierda, apretada contra su cintura, permanecía caliente.

Se sentía... despierta.

Con lentitud —reticente a comprobar su estado, ya que al ver las cosas éstas se convierten en reales, y su propio y dañado cuerpo era una realidad que no quería aceptar—, con lentitud, abrió los ojos. A ras del suelo todo era confuso. Veía sólo brumas marrones y grises que, en la distancia, progresivamente se convertían en verde brillante. Poco a poco comenzó a enfocar las cosas.

Y entonces, Leia vio al Ewok. Era una pequeña y extraña criatura cubierta de pelo. Estaba de pie, a un metro de distancia, y no mediría más que eso. Poseía unos curiosos y grandes ojos de color marrón oscuro y unas chaparras zarpas con dedos. Cubierto completamente —de la

cabeza a los pies— con una piel marrón, lanosa y suave, se parecía enormemente a la mullida muñeca Wookiee, con la que Leia jugó de pequeña. De hecho, cuando vio por primera vez a la criatura frente a ella, pensó que era sólo un sueño, una imagen infantil producida por su dolorido cerebro.

Pero no era un sueño. Era un Ewok y respondía al nombre de Wicket.

Tampoco debía de ser exclusivamente un ser encantador, porque al enfocar Leia mejor, pudo ver un cuchillo sujeto a su cintura. No llevaba nada más, salvo una capucha de fino cuero que le cubría la cabeza.

Se observaron el uno al otro, inmóviles, durante un largo minuto. El Ewok parecía desconcertado por la Princesa; no sabía lo que ella era ni lo que se proponía hacer. Por el momento, Leia quiso ver si era capaz de sentarse.

Se sentó profiriendo otro gemido.

El sonido, aparentemente, asustó a la pequeña bola de peluche, porque saltó rápidamente hacia atrás, tropezó y cayó al suelo.

—¡Eeep! —graznó.

Leia se examinó atentamente, buscando indicios de algún daño serio. Sus ropas estaban desgarradas y tenía cortes, arañazos y quemaduras por todos lados, pero no parecía tener nada definitivamente roto. Por otro lado, no tenía la menor idea de dónde se hallaba. Gimió de nuevo.

El gemido provocó al Ewok. Saltó, poniéndose en pie, aferró una lanza de metro y medio y la esgrimió defensivamente en contra de Leda. Con suma cautela, giró en círculos en torno a la Princesa a la que apunto con su jabalina, claramente más asustado que agresivo.

—Oye: para ya —dijo Leia, apartando, molesta, la punta de la lanza. Sólo faltaba que un osito de peluche la ensartara con su lanza. Con más dulzura añadió—: No voy a hacerte ningún daño.

Se levantó enérgicamente y comprobó el estado de sus piernas. El Ewok se apartó receloso.

—No tengas miedo —dijo Leia, intentando poner una nota tranquilizadora en su voz—. Sólo quiero ver que le ha pasado a mi moto-cohete. —Sabía que cuanto más hablara en ese mismo tono, más calmaría a la pequeña criatura. Aún más: si podía hablar es que todo iba bien.

Sus piernas no estaban del todo firmes, pero fue capaz de caminar lentamente hasta los retorcidos restos de la moto que yacían —medio fundidos— al pie de un árbol parcialmente ennegrecido.

Este movimiento la separó del Ewok, quien, como un cachorro asustadizo, lo tomó como un indicio de seguridad y se acercó también al lugar del accidente. Leia cogió la pistola de láser del explorador Imperial; era todo lo que quedaba de él.

—Creo que salté en el momento preciso —musitó.

El Ewok estudió la escena con sus grandes ojos brillantes, meneó la cabeza y graznó, vociferante, durante algunos segundos.

Leia miró al denso bosque que se cerraba en torno suyo y luego, suspirando, se sentó sobre el tocón de un árbol. Estaba al nivel visual del Ewok y, una vez más ambos se observaron; un tanto desconcertados y preocupados.

—Tengo problemas —explicó Leia—. Estoy aquí inmovilizada y ni siquiera sé dónde está «aquí».

Apoyó la cabeza sobre las manos, en parte para reflexionar sobre su suerte, y en parte para aliviar un poco el dolor de sus sienes. Wicket se sentó a su lado e imitó a la perfección su postura —la cabeza entre sus zarpas y los codos apoyados sobre las rodillas— y lanzó un consolador suspiro Ewok.

Leia rió apreciativamente y rascó la peluda cabeza de la criatura, justo entre las orejas. El Ewok ronroneó como un gatito.

—¿No tendrás, por casualidad, un intercomunicador encima? —Era una broma tonta, pero esperaba que quizá hablando se le ocurriera alguna idea.

El Ewok parpadeó varias veces y devolvió una mirada confusa.

—No, creo que no —dijo Leia, sonriendo.

De pronto, Wicket paralizó su expresión, giró las orejas y olfateó el aire. Incluyó luego la cabeza en un gesto revelador de la máxima atención.

—¿Qué sucede? —susurró Leia. Obviamente algo malo.

Entonces lo oyó: un leve crujido en los matorrales a su espalda, seguido por el sonido de roce de un cuerpo.

Al instante, el Ewok profirió un fuerte y aterrizado chirrido. Leia desenfundó la pistola y se parapetó tras el tocón del árbol. Wicket se escabulló, introduciéndose en una abertura bajo el tocón. Un largo y tenso silencio siguió a continuación. Leia concentró todos sus sentidos preparándose para luchar— en los cercanos matorrales

Pese a sus preparativos, no esperó que el disparo de láser proviniera de la dirección en que lo hizo: alto y por la derecha. Estalló frente al tronco, produciendo una ducha de luz y agujas de pino. Replicó con dos rápidos disparos, pero justo en ese momento percibió algo detrás de ella. Se dio la vuelta muy lentamente y encontró a un explorador Imperial irguiéndose sobre ella y apuntándole a la cabeza con su arma. El explorador alargó la mano para coger la pistola que Leia sostenía.

—Me quedaré con ella —ordenó.

Inesperadamente, una mano peluda surgió bajo el tocón y propinó una cuchillada en la pierna del explorador. El hombre aulló de dolor y comenzó a saltar sobre un solo pie.

Leia se abalanzó sobre su caída pistola de láser, rodó por el suelo, disparó y acertó en pleno pecho del explorador, calcinando su corazón.

En seguida el silencio volvió a descender sobre el bosque; el ruido y la luz de los disparos se desvanecieron, como si jamás hubieran tenido lugar. Leia permaneció tumbada donde estaba, jadeando levemente y esperando otro ataque, mas no hubo ninguno.

Wicket asomó su ensortijada cabeza por debajo del tronco y miró a su alrededor.

—Eeeep rrp serp oooooh —musitó en tono aterrizado.

Leia se puso en pie de un brinco y corrió por todo el claro, acucillándose aquí y escrutando allá, hasta comprobar que estaba segura por el momento. Se dirigió hacia su rechoncho y nuevo amigo:

—Vamos: lo mejor es salir de aquí.

Cuando penetraron en la espesura, Wicket tomó la delantera. Leia dudó al principio, pero él chirrió, urgiéndola y tirando de su manga. Leia renunció a controlar a la extraña y pequeña bestia y se dejó llevar.

Dejó vagar su mente, mientras permitía que sus pies la transportaran ágilmente entre los gargantescos árboles. De pronto se sorprendió, no sólo por la pequeñez del Ewok que la guiaba, sino por su propia minúscula al lado de esos árboles colosales. Algunos debían de tener diez mil años de edad y se alzaban más allá de lo que la vista era capaz de distinguir. Eran templos dedicados a fuerza vital que ella tanto defendía; se elevaban proyectándose hacia el resto del Universo. Se sintió partícipe de su grandeza a la par que disminuida a su lado... y solitaria. Se sentía sola en medio de esa foresta desmesurada. Toda su vida había transcurrido entre gigantes de su propia especie: su padre, el gran Senador Organa; su madre, Ministra de Educación; sus iguales y sus amigos gigantes todos ellos...

Pero, ¡esos árboles! Eran como potentísimos signos de exclamación que anunciaban su propia prominencia ¡Estaban allí! ¡Más viejos que el tiempo! Y permanecerían allí mucho después de que Leia desapareciera, después de la Rebelión, después del Imperio...

Y de pronto, ya no se sintió más tiempo sola: era una parte de esos serenos y majestuosos seres. Una parte de ellos a través del tiempo y del espacio, conectada por la vibrante fuerza vital de la que...

Era una sensación confusa. Ella formaba parte y también estaba aparte. No podía explicárselo racionalmente. Se sentía grande y pequeña, bravía y tímida. Creyó ser una diminuta chispa creadora danzando en las hogueras de la vida..., danzando tras un furtivo, enano y gordiflón osito que la adentraba más y más en el bosque.

Por esto, entonces, combatía la Alianza: para preservar a unas criaturas peludas, que vivían en bosques mastodónticos y socorrían a las bravas princesas en peligro a las que ponía a salvo. Leia deseó que sus padres vivieran para poder contárselo.

Lord Vader salió del ascensor, caminó hasta la entrada del salón del trono y se detuvo. Los cables de energía zumbaban en los costados del pozo, proyectando un misterioso resplandor sobre los guardias reales que custodiaban la entrada. Marchó resueltamente por la rampa y subió los escalones hasta detenerse, servilmente, tras el trono. Se arrodilló y permaneció inmóvil como una estatua. Casi en el mismo instante oyó la voz del Emperador:

—Álzate, álzate y habla, amigo mío.

Vader se puso en pie, mientras el trono giraba en redondo hasta situar, al Emperador frente a él.

Recorriendo una distancia de varios años luz, las miradas de Vader y el Emperador se encontraron. A través de ese abismo, Vader respondió:

—Maestro, una pequeña fuerza Rebelde ha traspasado el campo de energía y aterrizado en Endor.

—Sí, lo sé. —No había síntomas de sorpresa en el tono del Emperador, sino, en todo caso, satisfacción.

—Mi hijo está con ellos —continuó Vader, percibiendo las emociones de su Maestro.

La ceja del Emperador se arqueó apenas un milímetro y su voz permaneció fría, imperturbable, aunque con un leve matiz de curiosidad.

—¿Estáis seguro?—interrogó.

—Le percibo, Maestro. —Vader habló con un leve matiz sarcástico en su voz. Sabía que al Emperador le atemorizaba el joven Skywalker: tenía miedo de su poder. Sólo aunando las fuerzas de Vader y el Emperador podrían atraer al Caballero Jedi al Reverso Oscuro.

—Le percibo—repitió con singular énfasis.

—Es extraño que yo no lo haya sentido —murmuró el Emperador, reduciendo sus ojos a dos ranuras. Ambos sabían que la Fuerza no era todopoderosa, no convertía a los hombres en infalibles. Tenía que ver con la conciencia y la visión. Seguramente, Vader y su hijo estaban más unidos de lo que podía estarlo el Emperador respecto al joven Skywalker. Por añadidura, el Emperador era ahora consciente de la existencia de unas contracorrientes que antes no captó; una deformación en la Fuerza que no entendía del todo.

—Me pregunto si vuestras percepciones son nítidas, Lord Vader —indagó el Emperador.

—Lo son, Maestro.—Sabía que su hijo estaba presente. Algo le acicateaba, atrayéndole, mortificándole, reclamándole con una voz que le era propia.

—Entonces habrás de ir al Santuario Lunar para esperarle—dijo el Emperador simplemente.

—¿Vendrá él hacia mí? —preguntó Vader con escepticismo. No era eso lo que él sentía; era él el que se sentía atraído, arrastrado hacia Luke.

—Por su propia voluntad —aseguró el Emperador.

Tenía que ser por su libre elección, si no todo estaba perdido. No se puede forzar la corrupción de un espíritu: ha de ser seducido. Tiene que participar activamente. Ha de anhelarlo. Luke Skywalker sabía todo esto y, aún así, danzaba como un gato en torno al fuego negro. Los destinos no pueden predecirse con absoluta seguridad, pero Skywalker vendría.

—Lo he previsto. La compasión que siente por vos hará el trabajo —reaseguró el Emperador. La compasión había sido siempre el punto vulnerable de los Jedis siempre lo sería. El Emperador no poseía un sola ápice de compasión.

—El chico vendrá a Vos y Vos lo traeréis a mi presencia —ordenó.

—Como deseéis —dijo Vader, inclinándose profundamente.

Con malicia natural, el Emperador despidió al Señor Oscuro. Vader, expectante y siniestro, salió de la habitación del trono para embarcarse en una lanzadera hasta Endor.

Luke, Chewie, Han y 3PO progresaban metódicamente por la maleza, siguiendo a R2, cuya antena no paraba de dar vueltas. Era asombrosa la capacidad del pequeño robot para detectar y seguir una pista en tan selvático terreno, y lo hacía sin dudar, cortando con las miniherramientas de sus apéndices y su cúpula cuanta vegetación bloqueara su camino.

R2 se detuvo de repente, causando cierta consternación entre sus compañeros. El radar de su cabeza giró más velozmente. R2 pitó y silboteó para sí mismo y luego salió disparado hacia adelante, emitiendo un excitado anuncio:

—¡Vrrr DHp dUIUp boooo dUIII op!

—R2 dice que las motos-cohete están justo delante de nosotros —dijo 3PO, corriendo tras su compañero—. ¡Oh, cielos!

Irrumpieron en el claro a la cabeza de los demás, pero todos se detuvieron en seco nada más entrar. Los restos calcinados de tres motos se esparcían por toda el área por no mencionar los despojos de los tres exploradores Imperiales.

Buscaban frenéticamente entre los metálicos restos. No había ninguna evidencia de Leia, salvo un retal desgarrado de su chaqueta. Han lo recogió con gesto sombrío y pensativo.

—Los sensores de R2 no encuentran rastro de la Princesa Leia —comunicó calmadamente 3PO. —Espero que no esté por los alrededores —dijo Han, dirigiéndose a los árboles. No quería ni imaginarse su pérdida. Tras todo lo que había acontecido, simplemente no podía creer que Leia acabara de ese modo.

—Parece que se enfrentó a ellos —dijo Luke tan sólo por decir algo. Ninguno de ellos quería sacar conclusiones.

—Creo que lo resolvió bastante bien —respondió Han lacónicamente. Se dirigía a Luke, pero en realidad hablaba consigo mismo.

Sólo Chewbacca parecía no interesarse por el claro donde se hallaban. Estaba plantado mirando la densa vegetación tras ellos; luego arrugó la nariz, olfateando.

—¡Rahrr! —rugió y se zambulló en la espesura. Los otros corrieron tras él.

R2 silbó queda y nerviosamente.

—¿Recogiendo qué? —saltó 3PO—. Intenta ser más explícito, ¿quieres?

Los árboles eran mucho mayores a medida que el grupo se adentraba en la espesura. No es que fuera posible vislumbrar sus copas, sino que el perímetro de los troncos era cada vez más impresionante. El resto de la vegetación se debilitaba y clareaba, permitiendo andar más fácilmente, pero produciendo, a la par, la sensación de que estaban encogiéndose. Era una sensación ominosa.

De pronto, la maleza se acababa abruptamente y dejaba paso a un espacio abierto entre los árboles. En el centro de ese espacio, una sola y alta estaca se erguía clavada en el suelo y de ella colgaban varias tiras de carne cruda. Los buscadores miraron con cautela y luego se acercaron al poste.

—¿Qué es esto? —dijo 3PO, dando forma al interrogante que se ceñía sobre todo el grupo.

El olfato de Chewbacca estaba enloqueciendo con algún tipo de delirio olfatorio. Se abstuvo todo lo que le fue posible, pero, al final, fue incapaz de resistir más y se aproximó para coger una tira de carne.

—¡No, espera! —gritó Luke—. No lo ha...

Pero ya era tarde. En el momento que Chewie retiró la carne del poste, una enorme red camuflada en el suelo saltó hacia arriba, apresando al grupo de forma tal, que se balancearon muy por encima del suelo hechos una maraña de piernas y brazos moviéndose inútilmente.

R2 silboteó salvajemente —estaba programado para odiar estar cabeza abajo—, mientras el Wookiee ladraba su pesar.

Han se quitó, escupiendo pelos, una peluda zarpa de su cara.

—Fantástico, Chewie. Buen trabajo. Siempre pensando en tu estómago —reprendió Han.

—Tómalo con calma —avisó Luke—. Busquemos el modo de salir de esta red—. Lo intentó, pero no fue capaz de liberar sus brazos; uno, atrapado en la red y pegado a su espalda, y el otro, enganchado en la pierna doblada de 3PO—. ¿Puede alguien alcanzar mi de luz?

R2 estaba situado en el fondo de la red. Extendió un apéndice cortador y comenzó a trabajar sobre la malla de la red.

Solo, mientras tanto, intentaba introducir a presión su brazo entre 3PO y la red para alcanzar la espada de luz láser en la cintura de Luke. Al cortar R2 otro trozo de malla, Solo sintió un tirón y cayó encima de 3PO, quedando pegadas las caras de ambos.

—Fuera de mi camino, Lingote de Oro. ¡Uf! Quitate de ahí —protestó Han.

—¿Cómo cree que me siento? —atacó 3PO. En una situación como ésa, no había protocolo que valiera.

—Realmente no lo... —comenzó a decir Han, pero Erredós, repentinamente, cortó la última sección de la malla y el grupo entero dio con sus huesos —y metales —en el suelo.

Mientras recuperaban gradualmente los sentidos, se sentaban y comprobaban cuál era el estado de los demás; uno por uno fueron dándose cuenta de que estaban rodeados por veinte pequeñas y peludas criaturas; todas llevaban suaves capuchas de cuero y esgrimían pequeñas lanzas.

Una de las criaturas se acercó a Han, casi tocándole la cara con su lanza, mientras graznaba:

—¡Eeee uuk!

Solo desvió el arma con un brusco manotazo.

—Apunta a otro lado con esa cosa —amenazó.

Un segundo Ewok acudió alarmado y arremetió contra Han. De nuevo éste desvió la lanza, pero se cortó en un brazo.

Luke alcanzó la espada de luz láser, pero entonces un tercer Ewok saltó hacia adelante, apartando a los más agresivos de su camino, y profirió una larga parrafada de lo que parecían ser invectivas dichas en un tono reprobatorio. Ante esto, Luke decidió no usar su espada láser.

Han, sin embargo, estaba herido y furioso. Comenzó a desenfundar su pistola, pero Luke, con una mirada, le contuvo antes de que lo hiciera.

—No lo hagas; todo saldrá bien —añadió. Nunca confundas la capacidad con el aspecto, solía decirle Ben, o las acciones con los motivos. Luke no estaba seguro de los motivos de los pequeños peludos, pero tenía un presentimiento.

Han contuvo su brazo y su furia, mientras los Ewoks pululaban a su alrededor, confiscando todas sus armas. Luke incluso renunció a su querida espada láser. Chewie gruñó con recelo.

R2 y 3PO estaban justo saliendo de la red, mientras los Ewoks parloteaban entre sí, muy excitados.

Luke se volvió hacia el dorado androide.

— 3PO, ¿puedes entender lo que dicen? —preguntó.

3PO se irguió sobre la tejida trampa, sintiéndose abollado y trémulo.

—¡Oh, mi cabezal —se quejó.

Al ver su cuerpo completamente en pie, los Ewoks chirriaron entre sí señalando al dorado androide y gesticulando locamente.

3PO se dirigió al que parecía el jefe.

—Chrii breeb a shun —dijo con vacilación.

—¡Bloj wreie, dbbeop weeschhreee! —contesto la vellosa bestia.

—¿Du wiii sheeess? —interrogó 3PO.

—Reiop gluuuaj wrripsh —replicó el Ewok.

—¿Shreee? —continuó interrogando 3PO.

De pronto, uno de los Ewoks dejó caer su lanza, sofocando un grito, y se postró ante el brillante androide. Un momento después, todos los Ewoks siguieron el ejemplo. 3PO miró a sus amigos, encogiéndose de hombros con embarazo.

Chewie emitió un confuso ladrido. R2 zumbó especulativamente. Luke y Han miraban, asombrados, al batallón de Ewoks que saludaba tan humildemente.

Entonces, mediante alguna imperceptible seña de alguien del grupo, las pequeñas criaturas comenzaron a cantar al unísono:

—Eekie whoj, eekie whoj, Rheakie rheekie whoj.

—¿Qué es lo que les has dicho? —preguntó Han a 3PO con aspecto de absoluta incredulidad.

—Creo que «Hola» —replicó 3PO, casi disculpándose. Se apresuró a añadir—: Podría estar equivocado ellos usan un dialecto muy primitivo... Me parece que creen que yo soy una especie de dios.

Chewbacca y R2 creyeron que eso era tremendamente divertido y, durante varios segundos, ladraron y silbaron histéricamente hasta que, finalmente, lograron calmarse. Chewbacca hubo de limpiarse una lágrima de un ojo.

Han tan sólo meneó la cabeza con un aire de paciencia y cansancio galácticos.

—Bueno —dijo Han—. ¿Y si utilizas tu influencia divina para sacarnos de aquí? —sugirió solícitamente.

—Le ruego que me perdone, Capitán Solo —dijo 3PO, irguiéndose cuan alto era y hablando con el mayor decoro—, pero eso no sería lo adecuado.

—¡Adecuado! —rugió Solo. Siempre supo que ese pomposo androide se iba a pasar de rosca algún día, y éste bien podía ser ese día.

—Va contra mi programación representar a una deidad —replicó 3PO a Solo, como si algo tan obvio necesitara más explicaciones.

Han se movió amenazadoramente hacia el androide de protocolo, hormigueándole los dedos con el deseo de desconectarle.

—Escucha, montón de tornillos, si tú no. .

No pudo avanzar más porque quince lanzas Ewook apuntaban amenazadoramente a su cara.

—Sólo estaba bromeando —sonrió Han afablemente.

La procesión de Ewoks tejía lentamente su camino por la cada vez más oscura foresta. Pequeñas y sombrías criaturas avanzaban palmo a palmo por un gigantesco laberinto. El sol casi se había puesto, y las largas sombras cruzadas conferían un aire aún más imponente a los cavernosos dominios. Sin embargo, los Ewoks parecían sentirse como en su casa, doblando con precisión por los corredores de lianas.

Sobre sus hombros llevaban a los cuatro prisioneros

__Han, Chewie, Luke, R2— atados a largos palos mediante vueltas y vueltas de fibras de bejucos que los inmovilizaban como si fueran larvas que lucharan dentro de un áspero y frondoso capullo.

Tras los cautivos, 3PO, en una litera toscamente fabricada con ramas que formaban algo parecido a una silla, era llevado sobre los hombros de los pigmeos Ewoks. Como un potentado real, examinaba detenidamente el bosque a través del cual era conducido: el magnífico sol poniente del color del espliego, que podía vislumbrarse por entre los bejucos colgantes; las flores exóticas comenzando a cerrarse; los árboles de edad indefinida, los relucientes helechos. Sabía que nadie antes que él había jamás apreciado todas esas cosas del modo en que él lo hacía. Nadie tenía sus sensores, sus circuitos, sus programas y bancos de memoria. Así, de alguna forma, *él* era el creador de este pequeño universo; de sus imágenes y colores.

Y era una sensación maravillosa.

Capítulo VI

El cielo estrellado parecía rozar las copas de los árboles a medida que Luke y sus amigos eran izados hasta el poblado de los Ewoks. Al principio no advirtió siquiera que se trataba de un poblado; las pequeñas chispas anaranjadas, en la distancia parecían estrellas. Sobre todo estando atado a un poste boca arriba, observando cómo los brillantes puntitos titilaban entre los árboles directamente encima de él.

Pero cuando sé vio alzado por entre intrincadas escaleras y rampas escondidas *alrededor* de los inmensos troncos y, gradualmente, cuanto más subían más grandes y crepitantes eran las luces hasta que, al llegar a los den metros de altura, Luke advirtió por fin que las luces eran hogueras encendidas *entre* las cimas de los árboles no estrellas.

Al fin fueron conducidos por un precario camino de madera, demasiado lejos del suelo como para ver nada por debajo, salvo una caída abisal. Durante un instante de debilidad, Luke creyó que iban a ser arrojados fuera del camino para hacerles conocer las tradiciones del bosque. Pero los Ewoks tenían algo distinto en mente.

La estrecha plataforma acababa a mitad del camino, *entre* dos árboles. La primera criatura del grupo aferró un largo bejuco y se balanceó hasta el otro tronco, que Luke sólo podía ver doblando al máximo el cuello, que tenía una gran abertura cavernosa excavada en su titánica

superficie. Los bejucos volaron rápidamente de un lado a otro de la sima hasta construir una especie de enrejado entretejido. Luke se encontró siendo arrastrado por encima de la parrilla vegetal, aún atado al poste. Miró una vez hacia abajo, hacia la nada; era una sensación verdaderamente desagradable.

Ya una vez en el otro lado, descansaron sobre una plataforma estrecha e inestable hasta que todo el mundo hubo cruzado. Entonces los pequeños monos-osos dismantelaron la red de bejucos y se introdujeron en el bol, junto con sus cautivos. Dentro reinaba la más completa oscuridad, pero Luke tuvo la impresión de estar más en un túnel que en una verdadera cueva. Imperaba la sensación de estar rodeados por paredes densas y sólidas, como las de una madriguera excavada en una montaña. Cuando emergieron, cincuenta metros más allá, estaban en la plaza del poblado Ewok.

Cocineros y curtidores, guardias y ancianos, niños y mujeres, de todo había. Las madres Ewoks agruparon a sus berreantes criaturas y se apresuraron a darse en sus chozas, mientras otros murmuraban y señalaban. El aroma de la cena, cocinándose, impregnaba el aire; algunos niños jugaban y los juglares tocaban música extraña y retumbante, utilizando troncos y flautas de caña.

Abajo se extendía la vasta negrura, menor que la del cielo sobre sus cabezas; pero allí, en ese diminuto poblado suspendido entre ambas, Luke sintió luz, calor y una paz especial.

El séquito de captores y cautivos se detuvo ante la mayor de las chozas. Luke, Chewie y R2 fueron apoyados con sus estacas contra un árbol cercano. Han suspendido de una clavija situada encima de un hogar repleto de astillas que recordaban sospechosamente a las utilizadas para asar una barbacoa. Docenas de Ewoks se agruparon a su alrededor parloteando, curiosos, con animados chirridos y graznidos.

Teebo surgió de la choza mayor. Era un poco grande que la mayoría y tenía un aspecto mucho más fiero. Su piel estaba surcada por franjas grises, claras y oscuras. En lugar de la capucha normal de cuero, llevaba sobre su cabeza un casquete hecho con medio cráneo de algún animal con cuernos y adornado con plumas. Portaba una hacha de piedra y, para ser un pequeño Ewok se contoneaba con jactancia.

Examinó superficialmente a los prisioneros e hizo algún tipo de comentario. Al punto, un miembro de la partida de caza dio un paso al frente. Era Paploo, el Ewok cubierto por una manta que parecía haber sido un poco más amable con los prisioneros.

Teebo conferenció breves momentos con Paploo. La discusión pronto degeneró, sin embargo, en una disputa, ya que Paploo aparentemente apoyaba a los rebeldes y Teebo rechazaba todo tipo de consideraciones. El resto de la tribu seguía, de pie, el debate con enotso interés, vociferando algún comentario que otro o chirriando excitados.

3PO, cuyo trono había sido depositado en un lugar de honor cerca de la estaca de la que estaba suspendido Solo, seguía la discusión completamente fascinado. Empezó a traducir una o dos veces para Luke y los demás, pero se detuvo a las pocas palabras, porque los polemistas hablaban demasiado rápido, y 3PO no quería perderse la esencia de cuanto se decía. Por consiguiente, no transmitió más información que los nombres de los Ewoks implicados en la discusión.

—No me gusta nada el aspecto de esto —dijo Han, mirando ceñudamente a Luke.

Chewie gruñó, expresando su total acuerdo.

De pronto, Logray salió de la cabaña mayor y silenció a todos los Ewoks con su sola presencia. Más bajo que Teebo, era, sin embargo, objeto del mayor respeto general. También él se cubría la cabeza con medio cráneo, pero éste era el de algún gran pájaro y portaba una sola pluma. Su piel tenía rayas marrón oscuro y su rostro denotaba mayor sabiduría. No llevaba armas, solo un zurrón al costado y un bastón hecho con el espinoso de algún viejo y poderoso enemigo.

Estudió detenidamente a los cautivos, uno por uno. Olfateó a Han y palpó el tejido de las ropas de Luke. Teebo y Paploo comenzaron a barbotear sus puntos, de vista, pero Logray parecía absolutamente desinteresado y pronto dejaron de protestar.

Cuando Logray llegó adonde estaba Chewbacca, se quedó fascinado y señaló al Wookiee con su bastón de huesos. Chewie, esperándose algo malo, gruñó amenazadoramente al diminuto

hombre-oso. Logray no necesitó más acicate y dio un rápido paso atrás, al tiempo que metía la mano en el zurrón y arrojaba luego unas hierbas en la dirección de Chewie.

—Cuidado, Chewie —avisó Han desde el otro lado de la pequeña plaza—. Ese debe de ser el hechicero de la tribu.

—No —corrigió Luke—; más bien creo que es el médico brujo.

Luke estaba a punto de intervenir, pero decidió esperar. Sería mejor que esa pequeña y seria comunidad extrajera sus propias conclusiones sobre ellos. Los Ewoks, aunque nacían y vivían en las alturas, tener los pies bien asentados sobre la tierra.

Logray dio varias vueltas en torno a R2, estudiándolo: era una criatura increíble y maravillosa. Lo olfateó, dio primero unas palmaditas sobre su cabeza; y, finalmente, propinó un fuerte golpe al caparazón metálico del robot; luego arrugó su rostro mostrando consternación. Tras pensarlos unos segundos, ordenó que desataran a R2.

La muchedumbre murmuró excitada y dio unos pocos pasos atrás. Las ataduras de bejucos de R2 fueron cortadas por dos guardias, que portaban sendos cuchillos. R2 se deslizó por la estaca y se estrelló —sin ceremonias— contra el suelo.

Los guardias lo pusieron al derecho, pero R2 taba poseído por la furia. Se fijó en Teebo, al que consideraba el causante de su ignominia y, emitiendo destellos azules, comenzó a perseguir dando vueltas al atemorizado Ewok. La multitud rugió; unos animando a Teebo y otros alentando al trastornado robot.

Al fin, R2 se acercó lo suficiente a Teebo como para aguijonearle con una descarga eléctrica. El dolorido Ewok saltó por los aires chillando terriblemente y corrió todo lo que le permitieron sus chaparras piernecillas. Wicket se deslizó subrepticamente dentro de la gran cabaña, mientras los espectadores expresaban su indignación o su deleite.

—¡R2, para ya! —dijo 3PO, encolerizado—. Vas a complicar más las cosas.

R2 rodó veloz hasta situarse frente al androide y silboteó una larga y vehemente parrafada:

—Wreee op duu rhee vrrr gk gdk whoo dop drai dup dwiit...

Este estallido ofendió sustancialmente a 3PO. Con un gesto arrogante se sentó muy erguido en su trono.

—Ése no es modo de hablar a alguien de mi posición—se pavoneó.

Luke temía que la situación marchara por derroteros que impidieran controlarla. Vaciando su voz de toda sombra de impaciencia, se dirigió a 3PO:

—3PO, creo que ya es hora de que hables a nuestro favor.

3PO, de mala gana, se dirigió a la peluda asamblea y pronunció un breve discurso, señalando de vez en cuando a sus amigos atados a las estacas.

Logray se molestó visiblemente por el discurso. Agitó su bastón, pateó el suelo y lanzó un torrente tal de improperios dirigidos al dorado androide, que duraron al menos un minuto completo. Al terminar su violenta parrafada, hizo señas a varias criaturas que, devolviendo la misma seña, comenzaron a llenar de leña el hogar sobre el que se encontraba Han.

—Bien: ¿qué es lo que ha dicho? —gritó, preocupado, Han.

—Estoy un poco azorado, Capitán Solo —dijo 3PO, compungido y mortificado—, pero parece que usted será la pieza principal del banquete en mi honor. El Ewok está muy ofendido porque se me ocurrió sugerir otra cosa.

Antes de poder decir nadie una palabra más, los tambores hechos con troncos huecos comenzaron a sonar extrañamente conjuntados. Como si fueran una sola, todas las rizadas cabezas se volvieron hacia la entrada de la cabaña mayor. Por ella salió Wicket y, tras él, el Jefe Chirpa.

Chirpa tenía una piel gris y una voluntad férrea. Su cabeza adornada por una guirnalda entretejida de hojas, dientes y cuernos de animales derribados por él en sus cacerías. En su mano derecha blandía un bastón formado por el hueso más largo de un reptil volador; en su izquierda sostenía una iguana, que era tanto su mascota como su guardián.

Inspeccionó la escena de la plaza con una sola ojeada y luego se giró para esperar al huésped que ahora surgía de la cabaña.

El huésped no era otro que la joven y bella Princesa de Alderaan.

—¡Leía! —gritaron al unísono Han y Luke.

—¡Rahrhah! —ladró Chewie.

—¡Boo dlldwee! —pitó R2.

—¡Su Alteza! —exclamó 3PO.

Sofocando un grito, Leia se abalanzó sobre sus amigos, pero una falange de Ewoks, erigiendo sus lanzas, bloqueó su camino. Ella se volvió al Jefe Chirpa y luego al robot intérprete:

—3PO, díles que éstos son mis amigos. Deben ser liberados en seguida —protestó Leia.

—Eep sqee rheew —dijo con gran urbanidad 3PO, dirigiéndose a Chirpa y a Logray—, Sqeeow íroah eep meep erah.

Chirpa y Logray sacudieron sus cabezas con gesto inequívocamente negativo. Logray graznó una orden a sus ayudantes y éstos reanudaron, con nuevos bríos, su tarea de apilar leña bajo Solo.

Han intercambió unas miradas descorazonadas con Leia.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que nos van a tratar muy bien —se quejó Han.

—Luke, ¿qué podemos hacer? —apremió Leia. No había imaginado nada parecido, sólo esperaba que la hubieran guiado los Ewoks hasta su nave, aunque tuviera como mucho, que cenar y albergarse una noche en el campamento Ewok. Decididamente no comprendía a esas criaturas—. ¿Luke? —interrogó.

Han estaba a punto de hacer una sugerencia, pero se detuvo, momentáneamente abatido por la intensa fe de Leia en Luke. Era algo que no había advertido antes, sólo ahora le afectaba.

Antes de que Han pudiera exponer su plan, adelantó:

—3PO, di a los Ewoks que si no hacen lo que deseas, te enfadarás y utilizarás tu magia.

—Pero, amo Luke, ¿qué magia? —protestó el androide—. Yo no podría...

—¡Díselo! —ordenó Luke con un tono de voz poco habitual en él. En ocasiones, 3PO ponía a prueba incluso la paciencia de un Jedi.

El androide intérprete se encaró con la audiencia y habló con gran dignidad:

—Eemeeblee scheesh oahr aish sh sheestes eep.

Los Ewoks dieron muestras de una gran perturbación, al oír esa proclama. 3PO comenzó a traquetear muy excitado, como si lo hubieran sorprendido falsificando su propio programa.

—No me creen, amo Luke, tal como te dije... —protestó 3PO.

Sin embargo, Luke no estaba escuchando al androide; estaba representándolo en su mente. Imaginándose sentado en su trono de ramas, dorado y reluciente, asintiendo a todo y parlotando sobre los asuntos más inconsecuentes. Viéndole sentado en el negro vacío de consecueciencia... y comenzando a elevarse lentamente.

Poco a poco, 3PO comenzó a flotar.

Al principio no se dio cuenta, ni tampoco nadie lo advirtió. 3PO simplemente no paraba de hablar, mientras su litera se alzaba sobre el suelo.

—...le dije, le dije, le dije que no me creerían. Ndfe por qué usted... ¡Eh! Esperad un minuto... ¿Qué/qué está pasando aquí?... —se asombró 3PO.

3PO y los Ewoks advirtieron a la vez lo quewop día. Los Ewoks se postraron de bruces en el suelos aé» rrorizados por el trono flotante. 3PO comenzó a girar como si estuviera sentado en una silla giratoria. Un giro lento, grácil y majestuoso.

—Socorro -r-susurró—. R2, ayúdame.

El Jefe Chirpa vociferó unas órdenes a sus acobardados ayudantes y rápidamente corrieron a desatar a los cautivos. Leia, Han y Luke se envolvieron en una serie de largos e intensos abrazos. Parecía un extraño higax para celebrar su primera victoria en la campaña contra el Emperador.

Luke oyó un quejoso pitido tras de él y se volvió para ver a R2, mirando hacia arriba a un 3PO queiód-davía daba vueltas. Luke bajó al dorado androide lentamente, hasta depositarlo en el suelo.

—Gracias, 3PO —dijo el joven Jedi, dando unas palmaditas en el hombro del androide.

3PO, aún desconcertado, se irguió con una sonrisa insegura y asombrada.

—Vaya, vaya —se dijo—. No sabía lo que albergaba en mi interior.

La cabaña del Jefe Chirpa era grande, para los patrones de los Ewok, aunque Chewbacca, sentado con las piernas cruzadas, casi rozaba el techo de la cabaña con la cabeza. El Wookiee se encorbaba a un lado de la cabaña, junto con sus camaradas Rebeldes, mientras que el Jefe y diez Ancianos se sentaban al otro lado, dándoles la cara. En el centro, entre los dos grupos, un pequeño fuego templaba el aire de la noche arrojando efímeras sombras sobre las paredes de barro.

Afuera, la tribu entera esperaba la decisión a la que llegaría el consejo. Era una noche clara y reflexiva cargada con la emoción del momento. Aunque era muy tarde, ningún Ewok dormía. Dentro, 3PO hablaba. Sus circuitos habían mejorado —insertando datos y corrigiendo errores— sensiblemente su fluidez en el habla de ese chirriante lenguaje; ahora estaba a mitad de la narración de la historia de la Guerra Civil Galáctica, adornándola con pantomima, elocuciones, efectos explosivos de sonido y comentarios margen. Incluso remedó, en cierto momento, a un Caminante Imperial.

Los Ancianos Ewoks escuchaban atentamente murmurando en ocasiones algún comentario entre ellos. Era una historia fascinante que les absorbía por completo; horrorizándolos a veces y escalizándolos otras.

Logray conferenció con el Jefe Chirpa e hizo algunas preguntas a las que el dorado androide respondió con vehemencia. Incluso R2 pitó una vez para dar mayor énfasis.

Al final, empero, tras un breve debate entre los Ancianos, el Jefe movió negativamente la cabeza con expresión arrepentida; luego habló a 3PO y el androide tradujo para sus amigos.

—El Jefe Chirpa dice que es una historia conmovedora —explicó el androide—. Pero que no tiene ver con los Ewoks.

Un silencio profundo y opresivo llenó la pequeña camará. Sólo el fuego chisporroteaba en brillante y misterioso soliloquio.

Finalmente, fue Han Solo —de todos ellos— quien abrió la boca para hablar en nombre del grupo. Por la Alianza.

—Diles esto, Lingote de Oro —sonrió al androide, sintiendo afecto por él por vez primera—. Diles que es difícil traducir lo que es una rebelión, así que quizá no debiera narrar la historia un intérprete. Por eso yo la contaré.

»No tienen que ayudarnos porque nosotros se lo estemos pidiendo. Tampoco tienen que ayudarnos por que sea en su propio interés, aunque lo es, como saben; tan sólo un ejemplo: el Imperio está desangrando la energía de esta luna para generar su escudo deflector; un montón de energía de la que no dispondréis el próximo invierno y quiero deciros el daño que eso os hará..., pero no os preocupéis. Díselo, 3PO.

3PO tradujo y Han continuó:

—Pero ésa no es la razón por la que deberían ayudarnos. Eso es lo que yo solía hacer: preocuparme por algo cuando me interesaba. Pero ya no más. Bueno: no tanto de todos modos. Ahora hago cosas principalmente para mis *amigos*, porque ¿qué otra cosa es tan importante? ¿Dinero? ¿Poder? Jabaa tenía todo eso y sabéis como acabó. De acuerdo, de acuerdo: el punto es que..., tus amigos son... tus *amigos*. ¿Sabéis?

La súplica de Han era una de las más confusas que Leia hubiera oído nunca, pero hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Al otro lado, los Ewoks permanecieron silenciosos e impasibles. Teebo y el pequeño y estoico Paploo musitaron unas palabras, pero el resto se conservó inmóvil, inescrutables sus facciones.

Tras otra larga pausa, Luke aclaró su garganta..

—Me doy cuenta —comenzó— de que este concepto puede ser abstracto, y quizá sea difícil definir todas, sus implicaciones, pero es terriblemente importante para la galaxia entera que nuestra fuerza Rebelde destruya la presencia Imperial aquí, en Endor. Mirad hacia arriba; allí, por la abertura del techo por donde el humo se escapa. A través de ese pequeño agujero podéis contar más de cien estrellas. En todo el cielo hay millones, y billones más que no podéis ver siquiera. Y todas tienen; planetas, y lunas, y gente feliz como vosotros. El Imperio está destruyendo todo eso. Puedes..., puedes sentir vertigo sólo tumbándote de espaldas para mirar la bóveda celeste. Puedes casi... estallar, tan bella es en ocasiones. Y vosotros sois parte de esa belleza, todo es parte de la misma Fuerza. Y el Imperio trata de apagar todas esas luces.

Le llevó un rato a 3PO terminar de traducir; siempre, quería encontrar las palabras adecuadas. cuando, eventualmente, acabó de hablar, un excitante parloteo brotaba de los Ancianos, subiendo y bajando de volumen, cesando y comenzando de nuevo.

Leía sabía qué era lo que Luke trataba de decir, pero temía enormemente que los Ewoks no vieran cuál era la conexión. Y, sin embargo, era una íntima conexión; si pudiera ella cerrar la brecha..., tender un puente... Pensó en su anterior experiencia en el bosque, en su sensación de unidad con esos árboles cuyas extensas ramas parecían rozar a las propias estrellas; estrellas que arrojaban una luz que los árboles filtraban creando una mágica cascada. Sintió el poder de la magia dentro de sí, resonando en torno a la cabaña y de ser en ser, para fluir de nuevo a ella, fortificándola, calmándola; hasta sentir que casi era una con los Ewoks: sentir que los comprendía, que los conocía, que conspiraba con ellos en el sentido literal de la palabra: que respiraba junto a ellos.

El debate decayó, produciendo otro silencio en la cabaña. La respiración de Leia, en consonancia, se aquietó y con un aire de confiada serenidad, hizo un llamamiento al consejo:

—Háganlo por los árboles.

Eso fue todo lo que dijo. Todo el mundo esperaba algo más, pero nada hubo; sólo esa breve y oblicua sentencia.

Wicket, desde su rincón, había estado observando todo el proceso con creciente interés. En varias ocasiones se hizo evidente que refrenaba, a duras penas, el deseo de interrumpir las divagaciones del consejo; pero ahora se puso en pie de un brinco, recorrió varias veces el ancho de la cabaña, se encaró finalmente con los Ancianos y comenzó su propio y apasionado discurso.

—Eep eep, meep eek squee...

3PO tradujo para sus amigos:

—«Honorables Ancianos, esta noche hemos recibido un presente arriesgado y maravilloso. El de la libertad. Este dorado androide... —aquí 3PO hizo una pausa en su traducción para saborear el momento; luego continuó— este dorado androide, cuyo retorno a nosotros ha sido profetizado desde los tiempos del Primer Árbol ahora nos dice que no será nuestro Maestro, nos dice que somos libres de elegir lo que queramos; que *debemos* escoger al igual que todo ser viviente debe escoger su propio destino. Él ha venido, Honorables Ancianos, ha venido y se irá; no seremos por más tiempo esclavos de su guía divina. Somos libres.

»"Mas, ¿cómo hemos de comportarnos? *Acaso el* amor de un Ewok por el bosque es menor porque sabe que puede abandonarlo? No. Su amor es mayor, porque puede irse y, sin embargo, se queda. Así sucede con la voz de El Dorado: podemos cerrar los ojos y la seguiremos escuchando.

»"Sus amigos nos hablan de una Fuerza, un espíritu viviente del cual formamos parte. Nosotros conocemos ese espíritu, Honorables Ancianos, aunque no lo nombremos como Fuerza. Los amigos de El Dorado cuentan que la Fuerza está amenazada, aquí y en todas partes. Cuando el fuego alcanza el bosque, ¿quién está a salvo? Ni siquiera el Gran Árbol, del cual son parte todas las cosas; ni sus hojas, ni sus raíces, ni sus pájaros; Todos peligran para siempre.

»"Es un gesto valeroso enfrentarse a tal fuego, Honorables Ancianos. Muchos morirán para que el bosque continúe viviendo.

»"Pero los Ewoks son valientes.»

La pequeña criatura con aspecto de oseño clavó su mirada sobre todos los presentes en la cabaña. Nadie profirió una sola palabra, y, sin embargo, la comunicación era intensa. Al cabo de un minuto, Wicket concluye su declaración:

—«Honorables Ancianos, debemos ayudar a este noble grupo, no tanto por los árboles como por la salud de las *hojas* de los árboles. Estos Rebeldes son iguales a los Ewoks, y los Ewoks son equiparables a las hojas. Batidas por el viento, devoradas sin pensar por el enjambre de langostas que habitan el mundo. Y, pese a ello, nos arrojamos sobre fuegos humeantes, para que otros conozcan el calor de la luz; hacemos un mullido lecho con nuestros cuerpos, para que otros conozcan el descanso; revoloteamos en el viento que nos asalta, para sembrar el caos en el corazón de nuestros enemigos; y todavía cambiamos de color cuando las estaciones

así lo exigen. Por tanto, hemos de ayudar a nuestras Hojas Hermanas —estos Rebeldes—, porque la estación del cambio se cierne sobre nosotros.»

Wicket permaneció inmóvil frente a ellos; la pequeña hoguera se reflejaba en sus ojos. Durante un momento eterno, el mundo pareció detenerse.

Los Ancianos estaban conmovidos. Sin decir una palabra, todos asintieron con la cabeza. Quizá fueran telépatas.

En cualquier caso, el Jefe Chirpa se irguió y, sin mas preámbulos, pronunció una breve declaración.

En el mismo momento, los tambores del poblado resonaron. Los Ancianos, abandonando sus aires de solemnidad, se alzaron con rapidez y se precipitaron a través de la cabaña para abrazar a los Rebeldes. Teebo incluso empezó a estrechar a R2, pero se lo pensó mejor cuando el pequeño robot le respondió con un pitido de advertencia. Teebo, escabulléndose, saltó juguetonamente sobre la espalda del Wookiee.

—¿Qué es lo que sucede? —dijo Han, sonriendo indeciso.

—No estoy segura —respondió Leia entre dientes pero no parece nada malo.

Luke, al igual que los demás, compartía la festiva ocasión —significara lo que significase— con una sonrisa complaciente y unos difusos buenos deseos, cuando subitamente una nube opaca descendió sobre su corazón produciendo un escalofrío que sacudió hasta el último rincón de su alma. Disimuló las huellas sobre su rostro haciendo que su cara pareciera una máscara. Nadio lo advirtió.

Wicket estaba explicando la situación a 3PO quien, finalmente, asintió dando muestras de entendimiento. Se volvió hacia los Rebeldes, anunciando con gesto expansivo:

—Ahora somos miembros de la tribu.

—Justo lo que siempre deseé —replicó Solo.

3PO continuó hablando a los demás, intentando ignorar al sarcástico Capitán Estelar:

—El Jefe ha dado su promesa de ayudarnos a limpiar su tierra de seres malignos.

—Eso está bien; siempre dije que un poco de ayuda es mejor que ninguna —se burló Solo.

3PO sintió que sus circuitos se sobrecalentaban por culpa del ingrato Corelliano.

—Teebo dice —continuó— que sus mejores exploradores, Wicket y Paploo, nos guiarán hasta el gene del escudo.

—Dale las gracias, Lingote de Oro —dijo Han, le encantaba irritar a 3PO, no lo podía evitar.

Chewie soltó un sonoro ladrido, contento de estar otra vez en movimiento. Sin embargo, uno de los Ewoks creyó que el Wookiee solicitaba comida y le trajo una gran tajada de carne. Chewbacca no rechazó el ofrecimiento y engulló de un golpe la tira de carne, mientras varios Ewoks se congregaban a su alrededor, asombrados. Les parecía una hazaña tan asombrosa que comenzaron a reír frenéticamente con risa tan contagiosa que pronto se les unió el Wookiee con una tremenda risotada. Los gruñidos habituales de Chewie sólo conseguían divertir aún más a los burlones Ewoks, quienes siguiendo su costumbre, saltaron sobre el Wookiee haciéndole cosquillas que él devolvió triplicadas, yacieron todos en un confuso y exhausto montón. Chewie se limpió las lágrimas de los ojos y cogió otra tajada de carne para roerla en un sitio más tranquilo.

Solo, mientras tanto, comenzó a organizar la expedición.

—¿A qué distancia está? —preguntó—. Necesitaremos provisiones frescas. Sabéis que no tenemos mucho tiempo. ¡Eh, Chewie, dame un poco de eso!...

Luke se dirigió al fondo de la cabaña y, aprovechando la conmoción que causaba Chewbacca, salió al exterior.

Fuera, en la plaza, se celebraba una gran fiesta —todos danzando, graznando a pleno pulmón y haciéndose cosquillas los unos a los otros—, pero Luke también la evitó, apartándose de las hogueras, lejos del bullicio, hasta llegar a una pasarela solitaria oculta tras un tronco colosal. Leia le siguió.

Los sonidos del bosque llenaban el fino aire de la noche. Grillos, pequeños y tímidos roedores, el ulular angustioso de las lechuzas. Alguna brisa solitaria traía consigo los aromas mezclados del jazmín nocturno y el pino; Era un todo armonioso y etéreo bajo el cielo de cristal negro.

Luke se fijó en la estrella más brillante del firmamento. Parecía que su núcleo se había inflamado mediante la mezcla de furiosos vapores elementales. Era la Estrella de la Muerte. El joven Jedi, hipnotizado, no podía apartar la vista de la estrella. En esa postura lo sorprendió Leia.

—¿Qué es lo que va mal? —susurró.

—Todo, me temo —dijo Luke, sonriendo con cansancio—, o nada, quizá. Quizá las cosas finalmente sean como se suponen que deben ser.

Sentía muy próxima la presencia de Darth Vader.

Leia cogió su mano. Se sentía tan unida a Luke.. sin embargo, no sabría decir por qué. Él parecía ahora tan perdido, tan solo y distante. Apenas notaba la mano de él en la suya.

—¿Qué es lo que te sucede, Luke? —volvió a interrogar Leia.

Luke bajó la vista hasta mirar sus manos entrelazadas.

—Leia..., ¿te acuerdas de tu madre? ¿De tu verdadera madre?—preguntó.

La pregunta sorprendió totalmente a Leia. Siempre se había sentido muy unida a sus padres adoptivos; cari como si *fuieran* sus auténticos padres. Apenas había dedicado cado un solo pensamiento a su *verdadera* madre, era una figura nebulosa como un sueño.

Pero la pregunta de Luke inició todo un proceso mental. La asaltaron retazos de su infancia, visiones distorsionadas de una bella mujer... oculta tras un árbol..., mientras ella corría hacia él. Los dispersos fragmentos repentinamente produjeron una intensa emoción.

—Sí —dijo, haciendo una pausa para recomponerse—. La recuerdo un poco. Ella murió cuando yo era muy joven.

—¿Qué es lo que tú recuerdas? —presionó él—. Dímelo.

—Realmente sólo sensaciones..., imágenes. —Leia quería soslayar sus recuerdos, eran tan distantes de sus actuales preocupaciones..., pero, de algún súbito modo, ahora se agolpaban en su interior.

—Dímelo —repitió Luke.

La insistencia de Luke sorprendió a Leia, pero se dejó llevar, al menos por ahora. Confiaba en él incluso cuando la asustaba.

—Era muy bella —recordó Leia en alta voz—. Buena y amable..., pero triste. —Miró profundamente a los ojos de Luke, tratando de descubrir sus intenciones—. ¿Por qué me preguntas todo esto?

Él se volvió a mirar a la Estrella de la Muerte de nuevo y estuvo a punto de abrir su corazón y hablar, pero algo se lo impidió y guardó su confesión.

—Yo tampoco conocí a mi madre —explicó Luke—; no guardo ningún recuerdo de ella.

—Luke, qué es lo que te está haciendo daño —insistió Leia. Quería ayudar, sabía que podía hacerlo.

Él la miró largo rato, valorando sus capacidades, calibrando su ansia de saber, su deseo de saber. Ella era fuerte. Luke percibía su constancia y firmeza. Podría confiar en ella; todos podrían.

—Vader está aquí..., ahora. En esta luna —confesó.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Leia, mientras un súbito hálito frío descendía sobre su ser helando la sangre en sus venas.

—Puedo sentir su presencia. Ha venido a buscarme.

—Pero ¿cómo puede saber que estamos aquí? ¿Acaso cometimos algún error con la clave y la contraseña? —indagó Leia, aun a sabiendas de que no era nada de eso.

—No, es por mi culpa. Él puede percibir mi proximidad. —Luke aferró a Leia por los hombros. Quería contárselo todo, pero, al intentarlo ahora, le faltó su decisión—. Debo dejaros, Leia. Mientras yo esté aquí pongo en peligro al grupo y a nuestra misión. —Sus manos temblaron—. He de enfrentarme a Vader.

Leia se turbaba y confundía por momentos. Cientos de insinuaciones e implicaciones se precipitaban sobre ella como lechuzas nocturnas que rozaran su mejilla con sus alas, asieran su pelo con las garras y taladraran sus oídos ululando interrogativamente.

—No entiendo nada, Luke —negó Leia con vehemencia—. ¿Qué quieres decir Con eso de que has de enfrentarte a Vader?

Él la atrajo hacia sí con un gesto repentinamente dulce y tranquilo. Poder decirlo, tan sólo decirlo, de algún modo le liberaba.

—Él es mi Padre, Leia —dijo sencillamente.

—¡Tu Padre! —no podía creerlo. Y, sin embargo, era cierto.

—Leia, he descubierto algo más —dijo Luke, abrazando a su hermana con firmeza. Deseaba ser una roca para ella—. No te será fácil oírlo, pero tienes que hacerlo. Tienes que saberlo antes de que me vaya, porque puede que no regrese. Y si no lo consigo, tú eres la única esperanza que le queda a la Rebelión.

Leia apartó la vista y sacudió la cabeza sin querer mirar a Luke. Lo que él decía era demasiado perturbador, aunque ella misma no podía imaginar por qué. Era algo sin sentido, claro; por eso se perturbaba. Considerarla la última posibilidad de la Alianza si él moría... Bueno: era algo absurdo. Absurdo pensar en Luke mu-riéndose y en ella como último as del juego.

Ambos supuestos eran inmencionables. Se apartó de él para disimular mejor el efecto de sus palabras; por lo menos para crear una distancia mientras se tomaba un respiro. Breves imágenes de su madre destellaron en su interior durante esa pausa: últimos abrazos..., cuerpos separados...

—No hables de ese modo, Luke. Tienes que sobrevivir. Yo hago todo lo que puedo, todos lo hacemos, pero no soy importante. Sin ti... nada puedo hacer. Eres tú, Luke. Lo he notado. Tienes un poder¹ que yo no entiendo... y que nunca podré tener.

—Te equivocas, Leia —dijo Luke, manteniéndola asida a la distancia de un brazo—. Tú también tienes ese poder. La Fuerza es intensa en ti. A su debido aprenderás a usarla como hice yo.

Ella sacudió la cabeza. Se resistía a creer tal cosa. Luke debía de estar mintiendo, pues ella no tenía poder; el poder habitaría en cualquier otro sitio; ella sólo era capaz de ayudar, socorrer y defender. ¿Qué lo que estaba él diciendo? ¿Era eso posible?

El la atrajo aún más y sostuvo su cara entre sus manos. Parecía ahora tan cariñoso, tan entregado. ¿Estaría transmitiendo su poder? ¿Podría ella albergarlo? ¿Que quería decir con ese gesto?

—Luke, ¿qué estás haciendo? —interrogó Leia.

—Leia, la Fuerza es intensa en mi familia. Mi Padre la posee. Yo la tengo y... mi hermana también.

Leia clavó de nuevo su mirada en los ojos de Luke. La oscuridad se arremolinaba en ellos junto con... la verdad. Se asustó al principio, pero esta vez no retrocedió. Permaneció en pie cerca de él, empezando a comprender.

—Sí —susurró Luke, advirtiendo la comprensión su hermana—. Sí, eres tú, Leia —dijo, sosteniéndola en sus brazos.

Leia cerró fuertemente los ojos como queriendo protegerse de esas terribles palabras y evitar unas inútiles lágrimas. Sin embargo, la verdad penetró en su ser.

—Lo sé —afirmó, llorando abiertamente.

—Entonces sabrás que he de ir al encuentro de Vader.

Ella dio un paso atrás con el rostro sofocado y la mente envuelta en un torbellino.

—No, Luke, no. Vete corriendo. Escapa lejos. Si él nota tu presencia, vete de este lugar. —Leia, estrechando las manos de Luke, reclinó la cabeza contra su pecho—. Desearía poder irme contigo.

—No, no debes —replicó Luke, acariciando la nuca de Leia—. Cuando Han, yo y los otros dudamos, tú siempre fuiste fuerte. Nunca abandonaste tus responsabilidades. Yo no puedo decir lo mismo. —Pensó en su prematura escapada de Dagobah, precipitándose a arriesgarlo todo antes de completar su entrenamiento, casi yendo todos los esfuerzos por culpa de su impaciencia. Miró a la negra mano mecánica que ahora formaba parte de su ser. ¿Cuánto más perdería por culpa de su debilidad?—. Bien —dijo con voz sofocada por la emoción— ahora ambos tenemos que rematar nuestros destinos.

—¿Por qué, Luke? ¿Por qué has de enfrentarte a Vader? —interrogó Leia con aflicción.

Luke repasó mentalmente todos los motivos existentes: ganar, perder, unirse, luchar, matar, llorar, huir, acusar, averiguar los porqués, perdonar, vengarse, morir..., pero sabía, en el fondo, que sólo una cosa le impelia, ahora y siempre. La única razón válida.

—Hay algo de bondad en él —confesó— Yo la he detectado. No me entregará al Emperador. Puedo salvarle, puedo atraerle de nuevo al lado luminoso de la Fuerza. —Sus ojos arrojaron, durante unos instantes, furiosas chispas, desgarrados por las dudas y las pasiones—. Tengo que intentarlo, Leia. Él es nuestro Padre.

Ambos se apoyaban el uno en el otro. Las lágrimas surcaron el rostro de la Princesa.

—Adiós, querida hermana, perdida y luego hallada; Adiós, dulce, querida Leia —despidióse Luke.

Ambos lloraron abierta y silenciosamente, mientras Luke se deshacía del cálido abrazo y comenzaba a andar lentamente a lo largo de la suspendida pasarela, hasta desaparecer en las densas sombras del túnel aéreo que conducía al poblado.

Leia, sollozando quedamente, observó cómo se marchaba su hermano. Dio rienda suelta a todos sus sentimientos acumulados, sin intentar reprimir el flujo de lagrimas, antes bien, deseando sentir las; sentir la fuente de donde provenían, el camino que seguían y los sombríos recovecos que purificaban a su paso.

Los recuerdos fluyeron a través suyo: indicios, sospechas, conversaciones medio oídas, mientras se suponía que ella dormía. ¡Luke era su hermano! y Vader, el Padre de ambos. Demasiadas impresiones como para asimilarlas en un instante. Era una sobrecarga de información vital.

Sollozaba, gemía y temblaba cuando, súbitamente Han surgió a su espalda y la abrazó. Había ido en su busca, oyó su voz y llegó a tiempo de ver cómo Luke abandonaba el campamento. Pero sólo ahora, cuando Leia dio un respingo con su contacto, pudo ver que estaba llorando.

Su sonrisa irónica se desvaneció para dar lugar a otra de preocupación, atemperada por el afecto inseguro del amante hipotético.

—¡Eh! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Leia, cesando sus sollozos, sé limpió los ojos y contestó:

—No es nada, Han. Tan sólo quería estar sola un rato —dijo Leia, ocultando la verdad.

Leia escondía algo, obviamente, y esa obviada hacia inaceptable su respuesta.

—¡Que no es nada! —dijo Han con furia—. Quiero saber qué es lo que te sucede. Dime lo que es —dijo zarandeándola. Nunca antes se había sentido así. Quería saberlo todo, pero temía descubrir lo que se imagina. Le dolía hasta el alma pensar en Leia..., con Luke incluso no podía ni pensar en lo que no quería imaginarse.

Nunca antes había perdido el control de ese modo y, aunque no le gustaba, no podía evitarlo. Advirtió que estaba zarandeando y se detuvo.

—No puedo, Han... —El labio inferior de Leia comenzó a temblar de nuevo.

—¡Que no puedes! ¿No puedes *decírmelo*? Creí estábamos más unidos que eso, pero supongo que equivoqué. Quizá prefieras contárselo a Luke. Algunas veces yo...

—¡Oh, Han! —exclamó Leia, rompiendo a llorar vez más y arropándose en su abrazo.

Lentamente, la furia de Han se tornó en confusión y vértigo al verse a sí mismo envolviéndola con sus brazos, acariciando sus hombros, reconfortándola.

—Lo siento —musitó sobre el cabello de Leia—. Lo siento.—No comprendía nada, ni un ápice. Ni la comprendía a ella ni se comprendía a sí mismo, ni a su tornadizo sentimientos, ni a las mujeres en general, ni al mismísimo Universo. Todo lo que sabía es que había estado furioso y ahora se sentía afectuoso, protector, cariñoso. Nada parecía tener sentido.

—Por favor..., estréchame en tus brazos— suplicó Leia. No deseaba hablar, sólo ser abrazada. Y Han, sin hacer ya más preguntas, la abrazó fuertemente.

La neblina matinal se alzó de la húmeda vegetación al irrumpir el sol en el horizonte de Endor. El exuberante follaje de los límites de la floresta, olía a verde y a rocío; en ese instante primigenio, el mundo estaba en completo silencio, como si contuviera la respiración.

En violento contraste, la plataforma Imperial de aterrizaje hería la superficie del claro. Dura, metálica, octogonal, parecía mancillar como un insulto a la verdosa belleza del lugar. Los arbustos del contorno estaban ennegrecidos por los repetidos aterrizajes de cientos de lanzaderas, y la flora contigua estaba marchita por los tóxicos humos expelidos por las toberas y aplastada por las botas de los soldados. La avanzadilla del Imperio pronto crearía un erial.

Tropas uniformadas patrullaban constantemente sobre la plataforma y sus alrededores; cargando y descargando materiales, revisando maquinaria y vigilando. Algunos Caminantes Imperiales de infantería estaban aparcados en las inmediaciones. Eran unas máquinas cuadradas y armadas, sostenidas por dos patas, y lo suficientemente grandes como para dar cabida en su interior a una escuadra de soldados puestos de pie, mientras el Caminante disparaba ráfagas de láser en todas direcciones. Una lanzadera Imperial despegó, camino a la Estrella de la Muerte, con un rugido que hizo encogerse a los árboles.

Otro Caminante, que regresaba de una misión de patrulla, surgió al otro lado de la plataforma. Paso a paso, pesadamente, se aproximó al muelle de carga.

Darth Vader, de pie y apoyado sobre la barandilla; de la cubierta inferior, observaba en silencio el hermoso bosque frente a él. Pronto, iba a llegar pronto; lo podía percibir. Como un tan-tan que fuera aumentando de volumen, su destino se aproximaba. El terror impregnaba la atmósfera a su alrededor, pero ese tipo de amenaza le excitaba, por lo que permitió que burbujeara en su interior. El terror era un tónico, agudizaba los sentidos, afilaba las pasiones. Cada vez estaba más cerca.

También percibía cierto efluvio de victoria y dominio. Pero faltaba algo..., ¿qué era? No podía distinguirlo del todo. El futuro estaba siempre en movimiento y era difícil de prever. Sus escasas apariciones, en forma de cambiantes espectros, le fascinaban. Su futuro humeaba con conquistas y destrucciones..

Ya estaba muy cerca, casi allí.

Emitió un ronroneo producido en el fondo de su garganta, como un gato salvaje que olfateara los vientos.

Casi allí.

El Caminante Imperial de infantería atracó en el lado opuesto de la cubierta y abrió sus escotillas. Una falange de tropas de asalto surgió de él y marchó, en apretada formación, en dirección a Vader.

Vader se volvió para encarar a las tropas; su respiración latía regularmente, mientras su negra túnica pendía inmóvil en la mañana sin viento. Las tropas de asalto se detuvieron al llegar a su altura y, obedeciendo una orden de su capitán, abrieron filas, revelando en su centro a un prisionero maniatado. Era Luke Skywalker.

El joven Jedi observó a Vader con completa calma y cierta lejanía, como si mirara desde las alturas.

El capitán de las tropas de asalto se dirigió a lord Vader:

—Éste es el Rebelde que se entregó a nosotros. Aunque él lo oculta, creo que hay varios de ellos más, y solicito permiso para efectuar una búsqueda más exhaustiva del área. —El capitán extendió su mano hacia el Señor Oscuro, en ella sostenía la espada de luz de Luke—. Estaba armado solamente con esto —explicó.

Vader observó un momento la espada de luz lentamente, la retiró de la mano del oficial.

—Déjenos —ordenó—. Dirija su búsqueda y traigame a sus compañeros.

El oficial y sus tropas se retiraron hacia el Caminante.

Luke y Vader permanecieron de pie, el uno al otro, en la tranquilidad esmeralda del bosque ancestral. La neblina comenzaba a fundirse para dar paso a una larga jornada.

Capítulo VII

—Así que —retumbó la voz del Señor Oscuro— Habéis venido a mí.

—Y Vos a mí —replicó el joven Jedi.

—El Emperador os está esperando. Cree que os pasaréis al lado del Reverso Oscuro — continuó Vader.

—Lo sé..., Padre. —Fue un momento decisivo para Luke, llamar padre a su padre. Pero ya lo había hecho. Aún se controlaba a sí mismo y el momento ya había pasado. Se sintió, por ello, más fuerte, más poderoso.

—Vaya: finalmente has aceptado la verdad — se solazó Vader.

—He aceptado el hecho de que una vez fuiste Anakin Skywalker, mi Padre —contestó Luke.

—Ese nombre ya no significa nada para mí. — Era un nombre que definía otros tiempos; una vida en un universo distinto. ¿Realmente había sido él ese otro hombre?

—Es el nombre de tu verdadero ser. —La mirada de Luke se posaba, insistente, sobre la figura cubierta de túnicas—. Sólo que lo has olvidado. Sé que hay bondad en ti. El Emperador no la arrebató toda. —Luke moduló su voz, intentando rescatar esa realidad potencial con la sola fuerza de su fe—. Por eso no podrás destruirme. Por eso no me llevarás ahora ante tu Emperador.

Vader pareció sonreír tras la máscara al detectar la manipulación Jedi que su hijo aplicaba a sus palabras. Se fijó otra vez en la espada de luz láser que le entregara el capitán; era la espada de Luke. Así que el muchacho era ahora un verdadero Jedi. Un hombre crecido. Sostuvo la espada apuntando hacia arriba.

—Has construido otra —dijo.

—Ésta es mía únicamente —dijo Luke con suavidad—. Ya no utilizo más la tuya.

Vader encendió la hoja y examinó la vibrante y cegadora luz como si fuera un artesano admirado.

—Tus capacidades son, en efecto, completas. Eres tan poderoso como predijo el Emperador. Permanecieron un instante inmóviles con la espada de láser encendida e interpuesta entre ellos. Pequeñas chispas revoloteaban en torno al borde filoso; fotones impulsados por la energía que fluía entre los dos guerreros.

—Ven conmigo, Padre —suplicó Luke.

—Ben, antaño, pensó como tú... —dijo Vader, negando con la cabeza.

—No culpes a Ben de tu caída —Luke dio un paso al frente, acercándose, y se detuvo.

—No conoces el poder del lado oscuro —dijo Vader sin moverse—. Tengo que obedecer a mi Maestro.

—No doblegarás mi voluntad. Te verás forzado a destruirme —conminó Luke.

—Si ése es tu destino... —No era ése el deseo de Vader, pero el chico era fuerte y si, al final, tenían que luchar, destruiría a Luke. No podía permitir contenerse como ya hizo una vez.

—Rebusca entre tus sentimientos, Padre. No puedes hacerlo. Percibo el conflicto en tu interior. Deja que tu odio aflore y se desvanezca —insinuó Luke.

Pero Vader ya no odiaba a nadie, sólo le embargaba una ciega codicia.

—Alguien ha llenado tu mente con ideas estúpidas, jovencito. El Emperador te mostrará la verdadera naturaleza de la Fuerza. *Él* es ahora tu Maestro.

Vader hizo una seña a una distante escuadra de soldados de asalto, mientras apagaba la espada de Luke. Los guardias se acercaron. Luke y el Señor Oscuro se encararon, observándose detenidamente durante largo rato, buscando cada uno algún indicio positivo. Vader habló justo antes que llegaran los guardias: —Es demasiado tarde para mí, Hijo. —Entonces mi Padre en verdad ha muerto —respondió Luke; pero, entonces, ¿qué le impedía matar al maligno ser situado frente a él?, se preguntó Luke. Nada, quizá.

La enorme flota Rebelde yacía suspendida en el espacio, preparada para atacar. Estaba situada a cientos de años-luz de la Estrella de la Muerte, pero en el hiperespacio el tiempo se reducía a breves instantes, y la letalidad de un ataque se medía no en distancia, sino en precisión.

Las naves cambiaban de formación, yendo de las esquinas a los lados, dando a la Armada la configuración de un diamante romboidal. Al igual que las cobras, la flota ensanchaba su caperuza.

Los cálculos necesarios para lanzar una ofensiva, meticulosamente coordinada, a la velocidad de la luz obligaban a la flota a detenerse en un punto estacionario; esto es: estacionario respecto al punto de reentrada desde el hiperespacio. El punto elegido por la jefatura Rebelde era un pequeño planeta azul del sistema Sullust. La Armada ahora tomaba posiciones en torno a ese impávido planeta que semejaba ser el ojo de la serpiente.

El *Halcón Milenario* acabó de rondar el perímetro de la Pota, comprobando las posiciones finales de todos sus elementos; luego se situó en su puesto tras la nave insignia. El momento había llegado.

Lando estaba frente a los controles del *Halcón*. A su lado, el copiloto Nien Numb —una criatura de grandes quijadas y ojos de ratón, proveniente de Sullust— pulsaba interruptores, leía cifras en los monitores y efectuaba los arreglos finales para saltar al hiperespacio.

Lando cambió su intercomunicador al canal de guerra. La última mano de la noche —pensó—, su oportunidad, una mesa repleta de elevadas apuestas; exactamente su tipo de juego favorito. Con la boca reseca, radió un informe sumario al Almirante Ackbar en la nave de mando.

Almirante, estamos en posición. Todos los cazas están preparados.

—Comience entonces la cuenta atrás. —La voz de Ackbar crujió a través de los audífonos—. Que todos los grupos asuman las coordenadas de ataque.

Lando se giró hacia su copiloto esgrimiendo una breve sonrisa.

—No te preocupes: mis amigos están por allá abajo y dismantelarán el escudo a tiempo... —Volvió a sus instrumentos rumiando para su capote—. O ésta será la ofensiva más corta de toda la historia.

—Grhung Zhgodio —comentó el copiloto.

—De acuerdo —gruñó Lando—. Permanece a la espera, entonces. —Dio unos golpecitos en el panel de control, deseándose buena suerte, aunque su más arraigada creencia era la de que un buen jugador siempre moldea su propia suerte. Además, eso es lo que Han estaba haciendo ahora y Han jamás había fallado a Lando. Tan sólo una vez, y eso fue hacía mucho tiempo, en un lejano, muy lejano sistema.

Sobre el puente de la nave estelar de mando, el Almirante Ackbar hizo una pausa y miró a sus generales: todo estaba a punto.

—¿Están emplazados todos los grupos en sus coordenadas de ataque? —preguntó, aun a sabiendas de que lo estaban.

—Afirmativo, Almirante.

Ackbar miró —tras sus ventanales de observación— al campo de estrellas durante, quizá, el último instante de reflexión que jamás tendría. Finalmente, habló por el canal de comunicaciones de guerra.

—Todas las naves saltarán al hiperespacio cuando yo lo señale. Que la Fuerza nos acompañe. Se inclinó hacia el interruptor señalizador.

En el *Halcón*, Lando miraba fijamente al mismo océano galáctico y con la misma sensación que el Almirante de estar viviendo unos instantes grandiosos, pero también cargados de aprensión. Estaban haciendo exactamente lo que una guerrilla jamás debiera hacer: atacar al enemigo como si fueran un ejército convencional. El Ejército Imperial, que luchaba contra la guerra de guerrillas de los Rebeldes, siempre perdía —a menos que ganara—. Los Rebeldes, por el contrario, siempre ganaban —a menos que perdieran—. Y ahora —y aquí radicaba el peligro— la Alianza se lanzaba al descubierto para combatir al Imperio en sus mismos términos. Si los Rebeldes perdían esta batalla, la guerra estaba perdida.

De pronto, la señal luminosa destelló en el panel de control: la señal de Ackbar. El ataque había comenzado. Lando bajó el interruptor de conversión y abrió el acelerador al máximo. Fuera de la cabina las estrellas se sucedían a toda velocidad, dejando una estela de luz. Las estelas crecieron en brillo y extensión a medida que las naves de la flota, rugiendo, alcanzaron la velocidad de la luz, poniéndose primero al paso veloz de los fotones provenientes de las estrellas, y luego adelantándolos, al precipitarse en la comba del hiperespacio. Hasta desaparecer con la velocidad de un muón.

El cristalino planeta azul se quedó —suspendido en el espacio— solo de nuevo; mirando —sin ver— al vacío.

El comando de asalto, agazapado tras una cresta boscosa, espiaba los movimientos de la base Imperial. Leia escrutaba toda el área con unos pequeños prismáticos electrónicos.

Dos lanzaderas estaban siendo descargadas en la rampa contigua al muelle de embarque. Varios Caminantes de infantería yacían aparcados en las cercanías. Las tropas pululaban alrededor, ayudando a construir nuevos anexos, transportando materiales y provisiones y vigilando. El masivo generador del escudo zumbaba a un lado.

Aplastados bajo unos arbustos en la cima de la quebrada, junto con el comando de asalto, estaban varios Ewoks, incluyendo a Wicket, Paploo, Teebo y Warwick. Los otros estaban situados más abajo, fuera de la vista, tras el montículo.

Leia bajó los prismáticos y se escabulló, corriendo hacia sus compañeros.

—La entrada está al otro extremo de la plataforma de aterrizaje. Esto no va a ser nada fácil — anunció.

—Ahreck grah rahr growrowhr —asintió Chewbacca, mostrando su acuerdo.

—¡Oh, venga ya, Chewie! —dijo Han, mirando, dolido, al Wookiee—. Hemos entrado en sitios más vigilados que éste...

—Frowh rahgh rahhraff vrawgh grr —contradijo Chewie, haciendo un gesto de rechazo.

Han pensó durante unos segundos.

—Bueno: las cámaras de las especias en Gargon, por ejemplo —dijo.

—Krahghrowf —gruñó Chewbacca, negando con la cabeza.

—Por supuesto que tengo razón; ahora bien, si pudiera recordar cómo lo hice... —Han se rascó la cabeza rebuscando en su memoria.

De pronto, Paploo comenzó a parlotear y chirriar, mientras señalaba algo a Wicket.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Leia a 3PO.

El dorado Androide intercambió unas breves frases con Paploo, mientras Wicket se volvía hacia Leia con una mueca esperanzada. También 3PO se volvió a la Princesa.

—Aparentemente, Wicket conoce una entrada trasera de esta instalación —anunció.

—¿Una puerta trasera? —dijo Han, reanimándose—. ¡Eso es! ¡Así es como lo conseguimos!

Cuatro exploradores Imperiales custodiaban la entrada al bunker, que medio emergía del terreno, en la parte posterior del complejo del generador. Sus motos-cohete se alineaban, aparcadas, junto a ellos.

En la espesura, el comando Rebelde yacía a la espera.

—Grrr, rowf rrrhl brhmmnh —observó Chewbacca parsimoniosamente.

—Tienes razón, Chewie —acordó Solo—; si no hay más que esos guardias, será más fácil que derribar a un Bantha.

—Uno solo basta para accionar la alarma —previno Leia.

—Entonces seremos verdaderamente sigilosos —sonrió Han con confianza—. Si Luke puede quitarnos a Vader de la espalda, como anunciaste que podría, entonces no sudaremos demasiado. Sólo hay que derribar a esos guardias con rapidez y sigilo...

3PO susurraba a Teebo y Paploo explicando el problema y el plan a seguir. Los Ewoks barbotearon unas breves palabras y Paploo, poniéndose en pie de un brinco, corrió a través de la espesura.

—Se nos está acabando el tiempo —dijo Leia, comprobando el instrumento de su muñeca—.

La flota ya debe de estar en el hiperespacio.

3PO musitó unas preguntas a Teebo y recibió una breve réplica.

—¡Oh, cielos! —exclamó 3PO, comenzando a levantarse para observar el claro próximo al bunker.

—¡Agáchate! —dijo ásperamente Solo.

—¿Qué sucede, 3PO? —demandó Leia.

—Me temo que nuestro peludo amigo se ha ido para poner en práctica una peligrosa estratagema. —El an-doride esperaba que no le maldijeran por ello.

—¿De qué estás hablando? —cortó Leia con una nota de temor en su voz.

—¡Oh, no! Mirad.

Paploo sorteaba los arbustos velozmente, dirigiéndose hacia las motos-cohete. Desde su escondite, los Rebeldes miraron, con el horror que produce lo inevitable, cómo el pequeño y rechoncho cuerpo peludo saltaba sobre una de las motos y pulsaba al azar todos los interruptores. Antes que nadie pudiera actuar, los motores de la moto entraron en ignición con un rugido retumbante.

Los cuatro exploradores alzaron la cabeza sorprendidos. Paploo continuó pulsando botones sin parar de hacer muecas.

—¡Oh, no, no, no! —exclamó Leia, poniéndose una mano sobre la frente.

Chewie ladró y Han mostró su acuerdo. —Magnífico ataque sorpresa el nuestro —ironizó Han. Los exploradores Imperiales se abalanzaron sobre Paploo justo en el momento en que su vehículo arrancaba, precipitándose en la floresta. Todo lo que el Ewok podía hacer era agarrarse fuertemente al manillar con sus pequeñas garras. Tres de los guardias saltaron sobre sus respectivas motos y aceleraron en pos del arrojado Ewok. El cuarto explorador permaneció en su puesto, cercano a la puerta del bunker.

Leia estaba asombrada, aunque no perdió su escepticismo.

—No está mal para ser una bola de pelusa —se admiró Han. Hizo una seña a Chewie y ambos se deslizaron hacia el bunker.

Mientras tanto, Paploo volaba entre los árboles con más suerte que control. Iba a una velocidad menor de lo que la moto podía desarrollar, pero conforme al sentido del tiempo de los Ewoks, Paploo estaba absolutamente ebrio de velocidad y excitación. Era aterrador, pero la estaba gozando. Hablaría de su aventura hasta el fin de sus días, y luego sus hijos la narrarían a sus hijos, y en cada narración exagerarían la gesta hasta que adquiriera, en sucesivas generaciones, proporciones y velocidades épicas.

Pero ahora, sin embargo, los exploradores Imperiales casi le pisaban los talones y, poco después, comenzaron a disparar varias andanadas de láser. Paploo consideró que ya había hecho bastante, y cuando rodeó el siguiente árbol —fuera del campo de visión de los soldados —, aferró un bejuco y trepó por él hasta llegar a sus ramas. Segundos después, los tres exploradores pasaron como un rayo bajo él, persiguiendo a su pieza hasta el fin. El Ewok se rió frenéticamente.

Cerca del bunker, el último explorador yacía desvestido. Esto era obra de Chewbacca, que, reduciéndolo, le quitó la ropa. Dos comandos se apresuraron a arrastrarlo al bosque, mientras el resto del grupo, agachado, formaban una línea en torno a la entrada.

Han se plantó frente a la entrada, mientras tecleaba, en el panel de control del bunker, la clave previamente robada. Con natural habilidad, pulsó varios botones y las puertas del bunker, silenciosamente, se abrieron.

Leia echó un vistazo al interior. No había ningún signo de vida. Hizo un gesto perentorio a los demás y se introdujo en el bunker. Han y Chewie la siguieron cubriendo sus espaldas. Pronto el comando entero se agrupó en el desnudo corredor, dejando un centinela, vestido de explorador, en la puerta de la construcción. Han tecleó otra clave en el panel interior y la puerta se cerró tras ellos.

Leia pensó por un instante en Luke. Deseaba que pudiera contener a Vader al menos el tiempo suficiente como para destruir el generador del escudo deflector. Pero aún deseaba más que Luke pudiera evitar el enfrentamiento entre los dos porque temía que Vader fuera el más fuerte.

Furtivamente, encabezó la marcha a través del estrecho y umbrío túnel.

La lanzadera de Vader se posó sobre el muelle de embarque de la Estrella de la Muerte; asemejándose a una negra ave rapaz comedora de carroña, pareciéndose a un insecto de pesadilla, Luke y el Señor Oscuro surgieron del morro de la bestia, acompañados por una

pequeña escolta de tropas de asalto, y recorrieron rápidamente la cavernosa estancia camino al ascensor del Emperador.

Los guardias reales flanqueaban el pozo bañados por un brillo carmesí. Abrieron la puerta del ascensor y Luke entró primero.

Su mente zumbaba buscando posibles vías de acción. Le conducían a presencia del Emperador. ¡El Emperador! Si Luke pudiera concentrarse, aclarar su mente para hallar alguna solución y aplicarla...

Sin embargo, un gran rumor llenaba su cabeza, un rumor como el de un viento hueco y subterráneo.

Deseaba que Leia desactivara en seguida el escudo protector y la flota destruyera la Estrella de la Muerte justo en ese momento, con ellos tres embarcados en la letal estrella, antes de que sucediera nada más. Porque cuanto más se aproximaba al Emperador, más temía que *pudieran* acontecer otras *muchas cosas*. Una negra tormenta rugía en su interior. Quería eliminar al Emperador; mas ¿luego qué? ¿Enfrentarse a Vader? ¿Y qué es lo que haría su padre? Y si Luke se encaraba primero con Vader, se enfrentaba y le destruía... La idea era tan repulsiva como atrayente. Destruir a Vader..., y luego qué. Por primera vez, Luke tuvo una lóbrega visión de sí mismo, en pie frente al cuerpo inánime de su Padre, absorbiendo su tremendo poder y sentado a la diestra del Emperador.

Cerró con fuerza sus ojos, rechazando el pensamiento, pero un helado sudor perló su entrecejo, como si la mano nivea de la Muerte le hubiera rozado dejando su impronta.

La puerta del ascensor se abrió y Luke y Vader, solos, avanzaron hacia el salón del trono, cruzando la oscura antecámara y subiendo los enrejados escalones, para ir a detenerse frente al trono; padre e hijo, lado a lado, ambos vestidos de negro, uno enmascarado y el otro expuesto a la mirada fija del perverso Emperador.

Vader se inclinó frente a su Maestro. El Emperador, sin embargo, le ordenó alzarse y el Señor Oscuro siguió la voluntad de su amo y señor.

—Bienvenido, joven Skywalker. —El demoníaco ser sonrió afablemente—. Te he estado esperando.

Luke devolvió, con descaro, la mirada a la encapuchada y corcovada figura. Desafiante. La sonrisa del Emperador se hizo aún más amable, más paternal, al mirar las esposas de Luke.

—No las necesitas ya más —añadió con falsa nobleza a la par que movía lentamente un dedo, señalando a las muñecas de Luke. Al momento, las cadenas de sus manos cayeron ruidosamente al suelo.

Luke miró sus manos, libres ahora de buscar la garganta del Emperador y romper su tráquea en un instante...

Sin embargo, el Emperador parecía incluso benévolo. ¿No acababa de liberar a Luke? Pero también era un ser retorcido y Luke lo sabía. «No te dejes engañar por las apariencias», le había dicho Ben. El Emperador no llevaba armas, así que aún podía atacarle, pero ¿no era la agresión parte del Reverso Oscuro? ¿No debía evitar rozarlo a toda costa? ¿O quizá pudiera utilizar juiciosamente las fuerzas tenebrosas y luego arrojarlas a un lado? Miró de nuevo sus libres manos..., podía ya haber dado fin a todo aquello justo allí mismo... ¿Podía de verdad? Tenía absoluta libertad para elegir el camino a seguir, y, sin embargo, era incapaz de elegir. La capacidad de elección: esa espada de dos filos. Podía tanto matar al Emperador como sucumbir ante sus argumentos. De nuevo esta idea parecía burlarse de él como si fuera un payaso fracasado y hubo de enclaustrarse en un lóbrego rincón de su mente.

El Emperador, sentado frente a él, sonreía. La ocasión estaba cargada de posibilidades...

El momento pasó y Luke nada hizo.

—Dime, joven Skywalker —dijo el Emperador, observando la lucha interna de Luke—: ¿quién se ha ocupado hasta ahora de entrenarte? —Su sonrisa era débil y falsa.

Luke permaneció callado. No revelaría nada.

—¡Oh! Sé que al principio era Obi-Wan Kenobi —continuó el siniestro dictador, mientras frotaba sus dedos como si tratara de recordar. Luego, haciendo una pausa, sus labios se curvaron en un gesto despectivo—. Por supuesto, estamos familiarizados con las conversaciones que Obi-Wan Kenobi solía tener cuando entrenaba a un Jedi. —Dio unas

breves cabezadas en la dirección de Va-der, indicando al antiguo discípulo preferido de Obi-Wan. Vader no movió un solo músculo del cuerpo.

Luke se tensó, pleno de furia, al oír cómo el Emperador difamaba a Ben, aunque, como era de esperar, eso era un elogio para el Emperador. El joven Jedi se sintió aún más picado por saber que el Emperador casi tenía razón. Trató de controlar su furia, sin embargo, ya que parecía agradar enormemente al maligno Emperador.

Palpatine advirtió la lucha emocional que se revelaba en el rostro de Luke, y rió burlonamente.

—Así que parece que en tus primeros entrenamientos seguiste el sendero de tu Padre. Pero, ¡vaya!, Obi-Wan está ahora muerto, por lo que creo. Y su primer alumno así lo vio. —De nuevo señaló a Vader con la mano—. Entonces, dime, joven Skywalker, ¿quién continuó tu preparación?

Esgrimió de nuevo una sonrisa semejante a un cuchillo. Luke se mantuvo en silencio, luchando por recuperar su compostura interna.

El Emperador jugueteó con los dedos sobre el brazo del trono, mientras recordaba.

—Existía alguien llamado... Yoda. Un anciano Maestro Jedi... ¡Ah! Veo por tu aspecto que he pulsado una cuerda, una cuerda resonante en efecto. Entonces era Yoda —afirmó el Emperador.

Luke se enfureció consigo mismo por haber revelado tanto sin habérselo propuesto. Furioso y dubitativo, se esforzó en calmarse para observarlo todo y no mostrar nada más que su propia presencia física.

—Ese Yoda —murmuró el Emperador—, ¿vive todavía?

Luke concentró su mente en el espacio vacío más allá de la ventana tras el trono del Emperador. El profundo vacío donde nada existía. Nada. Llenó su mente con esa nada tenebrosa y opaca donde sólo alguna titilante estrella brillaba débilmente a través del éter.

—¡Ah! —exclamó el Emperador Palpatine—. ¡Ya no vive! Muy bien, joven Skywalker, casi logras ocultármelo. Pero no pudistes y no podrás. Tus más recónditas vacilaciones son significativas para mí. Veo tu alma desnuda. Ésa es la primera lección que te doy —sonrió abiertamente.

Luke creyó, durante un instante, que se iba a desvanecer. Pero en esa misma debilidad halló nuevas fuerzas. Así le habían instruido Ben y Yoda: cuando te ataquen, déjate caer. Deja que tu oponente te golpee tal como el fuerte viento dobla las plantas. Con el tiempo se agotará y tú aún seguirás erguido.

El Emperador observaba con astucia el rostro de Luke.

—Estoy seguro que Yoda te enseñó a usar la Fuerza con gran habilidad.

La mofa del Emperador produjo sus efectos deseados y la faz de Luke se sonrojó, mientras se contraían sus músculos.

Luke observó cómo Palpatine se relamía los labios, a la vista de su reacción. Sé relamía los labios y reía desde lo más hondo de su garganta, desde el fondo de su auna.

Luke hizo una pausa porque detectó también algo más; algo que aún no había percibido en el Emperador: miedo.

Vio miedo en el poderoso Emperador, miedo de Luke. Miedo del poder de Luke; temor de que ese poder se volviera contra él —contra el Emperador—, del mismo modo que Vader se rebeló contra Obi-Wan Kenobi. Luke detectó ese miedo en Palpatine y supo, entonces, que las cartas habían cambiado levemente. Había echado un breve vistazo sobre la más oculta y desnuda intimidad del Emperador.

Con repentina y completa calma, Luke se enderezó y miró fijamente al espacio, enmarcado por la roja capucha del maligno gobernante.

Palpatine no habló durante unos instantes, devolviendo la directa mirada del Jedi y sopesando sus debilidades y recursos. Finalmente, agrado por esa última confrontación, se reclinó de nuevo en el trono.

—Me dispongo a completar tu entrenamiento, joven Skywalker. A su debido tiempo *me* llamarás Maestro.

Por vez primera, Luke se sintió lo bastante firme como para hablar:

—Estás gravemente equivocado. No me convertirás como hicistes con mi Padre.

—No, mi joven Jedi —dijo el Emperador, relamiéndose mientras se inclinaba hacia adelante —, hallarás que eres *tú* el equivocado... respecto a muchas cosas.

Palpatine se irguió repentinamente, bajó de su trono, se acercó a Luke y clavó una odiosa mirada en los ojos del muchacho. Por fin, Luke vio por completo la faz encubierta por la capucha: unos ojos hundidos como tumbas; la carne, laxa, tras una piel ajada por violentas tormentas, arrugada por holocaustos; la sonrisa, una mueca mortal; el aliento, corrupto.

Vader extendió hacia el Emperador una enguantada mano que sostenía la espada de luz láser de Luke. El Emperador la asió con una especie de júbilo y luego cruzó la habitación hasta alcanzar la inmensa cristalera circular. La Estrella de la Muerte había dado una lenta revolución y la Luna del Santuario era visible en el margen curvo del ventanal.

Palpatine miró primero a Endor y luego a la espada; de láser que sostenía en sus manos.

—¡Ah, sí! Un arma Jedi. Muy parecida a la de tu Pa- dre —dijo, encarándose directamente con Luke—. Ya sabrás que tu Padre jamás retornará del Reverso Oscuro. Igual sucederá contigo.

«Nunca, pronto moriré y vosotros conmigo.» —Luke. se aferraba a esta idea y se permitió el lujo de ser jactancioso.

El Emperador rió con vil carcajada.

—Quizá estés refiriéndote al inminente ataque de tu flota Rebelde.

Luke acusó el impacto y se tambaleó interiormente; luego, serenóse otra vez. El Emperador continuó:

—Te aseguro que aquí estamos perfectamente a salvo de tus amigos del exterior.

Vader se acercó al Emperador, poniéndose a su lado y, desde allí, observó a Luke.

Las barreras de Luke se derrumbaban por momentos, pero aún pudo retar al siniestro dúo.

—Vuestro exceso de confianza es vuestra debilidad —sentenció.

—Tú eres el que confía en sus amigos. —El Emperador esbozó una sonrisa que se esfumó al volver a hablar con voz colérica—. Todo lo que ha sucedido hasta ahora es producto de *mi* plan. Tus amigos, allá arriba en la Luna del Santuario, caminan directos a una trampa. ¡Y de igual modo la flota Rebelde!

El rostro de Luke se contrajo visiblemente. El Emperador, percatándose, pareció aumentar de estatura.

—Fui *yo* el que permitió a la Alianza conocer el emplazamiento del generador del escudo. Está bien a salvo de los ataques de tu lastimosa y pequeña pandilla: una legión completa de mis soldados aguarda su llegada.

Los ojos de Luke oscilaron rápidamente del Emperador a Vader y luego a la espada de luz en la mano del Emperador. Su mente bullía repleta de alternativas; súbitamente, todo estaba otra vez fuera de control. No podía contar con nada más que consigo mismo. Y, en esos momentos, su autocontrol era tenue.

El Emperador siguió hablando con arrogancia: —Me temo que el escudo deflector funcionará a la perfección cuando tu flota arribe. Y esto es sólo el principio de mi pequeña sorpresa, pero, por supuesto, no deseo disminuirla contándotela antes de tiempo.

Desde la perspectiva de Luke, los acontecimientos se sucedían demasiado velozmente. Su mente registraba derrota tras derrota. ¿Cuántas podría resistir? ¿Y aún quedaban más sorpresas? Parecía no haber fin en la serie de acciones que el Emperador podía llevar a cabo contra la galaxia. Lenta, infinitesimalmente, Luke alzó su mano en la dirección de la espada de luz. El Emperador continuó:

—Desde aquí, joven Skywalker, serás testigo de la destrucción final de la Alianza... y del fin de vuestra insignificante Rebelión.

Luke sufría atormentado. Alzó un poco más la mano,

pero advirtió que tanto Palpatine como Vader le estaban observando. Bajó la mano y disminuyó su nivel de fuña, intentando recuperar la calma previa, procurando centrarse para definir su conducta futura.

El Emperador sonrió secamente y ofreció a Luke la espada de luz.

—Quieres esto, ¿no es cierto? Estás rezumando odio. Muy bien: coge tu arma Jedi y úsala, no estoy armado. Golpéame con ella. Da rienda suelta a tu furia. Cada instante que pasa hace que seas más mi sirviente.

Su estridente risa levantó ecos como si fuera un viento putrefacto y hueco. Vader continuaba mirando a Luke.

—No, nunca —dijo Luke, intentando ocultar su agonía. Pensó desesperadamente en Ben y Yoda. Ellos eran ahora parte de la Fuerza, parte de la energía que la conformaba. ¿Les sería posible distorsionar, con su presencia, la visión del Emperador? «Nadie es infalible», le había dicho Ben, y seguramente el Emperador no podía verlo todo, conocer cada futuro, doblegar la realidad a su antojo. «Ben —pensó Luke—, si alguna vez necesité tu guía, es justo ahora. ¿Cómo puedo asumir todo esto sin desmoronarme?»

Como respondiendo a su callada pregunta, el Emperador rió impudicamente y dejó la espada de luz sobre la silla de control, al alcance de la mano de Luke.

—Es inevitable —dijo el Emperador suavemente—. Es tu destino. Tú, junto con tu Padre, sois ahora... míos.

Luke jamás se había sentido tan perdido.

Han, Chewie, Leia y una docena de comandos descendían por los laberínticos corredores en dirección al área donde la sala del generador del escudo aparecía marcada en los planos robados. Unas luces amarillentas iluminaban las bajas vigas, arrojando largas sombras en cada intersección. En el primero de los tres recodos, todos se inmovilizaron un instante, pero no vieron indicio alguno de guardias u operarios.

En la cuarta intersección, seis soldados de asalto Imperiales vigilaban atentamente.

No había forma de dar un rodeo; necesariamente había que cruzar por esa sección. Han y Leia se miraron encogiéndose de hombros; no había más solución que combatir.

Con las pistolas desenfundadas irrumpieron en el cruce. Casi como si estuvieran esperando un ataque, los guardias instantáneamente se agacharon, abriendo fuego con sus armas. Una lluvia de proyectiles láser, rebotando del suelo a las vigas del techo, inundó el corredor. Dos soldados de asalto fueron alcanzados inmediatamente. Un tercero perdió su pistola, que fue a parar tras un panel de refrigeración, y no pudo hacer nada más que aplastarse contra el suelo, protegido por el mismo panel.

Dos más se parapetaron tras una puerta de incendios y dispararon contra cualquier comando que intentara cruzar. Cuatro comandos fueron abatidos de ese modo. Los guardias eran virtualmente inexpugnables tras el escudo vulcanizado de la puerta, pero «virtualmente» no significaba nada para los Wookiees.

Chewbacca se abalanzó sobre la puerta, sacándola de sus goznes y aplastando con ella a los dos guardias.

Leia abatió al sexto guardia, que estaba a punto de disparar sobre Chewie. El soldado que se protegía oculto tras el panel de refrigeración se giró súbitamente y corrió en busca de ayuda. Han saltó tras él y le derribó, tras pocas zancadas, con un certero disparo.

Todos comprobaron las bajas y la munición restante. No les había ido mal, pero fue una lucha demasiado ruidosa. Tenían que apresurarse antes de que cundiera la alarma general. El centro de energía, que controlaba al generador del escudo, estaba ya muy cerca. Y no tendrían segundas oportunidades.

La flota Rebelde salió del hiperespacio con un tremendo rugir de motores. Entre deslumbrantes chorros de luz, batallón tras batallón surgió en perfecta formación muy cerca de la Estrella de la Muerte y la flotante Luna de Endor. Pronto la Armada entera, con el *Halcón Milenario* a la cabeza, se dirigió hacia su objetivo.

Desde el momento en que abandonaron el hiperespacio, Lando estaba preocupado. Comprobó sus pantallas y el campo de polaridad inversa sin parar de preguntar al computador.

Su copiloto también estaba perplejo.

—Zhug ahzi gugnohzh. ¡Dzhy lyhz! —exclamó.

—Pero ¿cómo es posible? —interrogó Lando—. Deberíamos obtener *algún* tipo de lectura en las pantallas sobre la actividad del escudo de energía—. ¿Quién estaba engañando a quién en ese ataque? —se preguntó Lando. —Dzhmbo —dijo Nien Numb, señalando al panel de control, mientras denegaba con la cabeza.

—¿Interferido? ¿Cómo pueden interferimos, si no saben que estamos llegando? —dijo el desconcertado Lando. Dirigió una mueca a la cercana Estrella de la Muerte, al darse cuenta de las implicaciones de su observación. Éste no era un ataque sorpresa, después de todo. Era una trampa, mortal como la tela de una araña. Lando pulsó el botón de su intercomunicador e hizo un aviso general.

—¡Detened el ataque! ¡El escudo aún funciona!

La voz del Líder Rojo resonó en los micrófonos del casco.

—No leo nada en mis pantallas, ¿estás seguro? —¡Retiraos! —ordenó Lando—. ¡Que se retiren todas las naves! —viró bruscamente a la izquierda, seguido de cerca por los cazas de la Escuadra Roja.

Algunos no lo lograron. Tres Alas-X situadas en los flancos rozaron el escudo y salieron despedidas, girando como peonzas antes de estallar, envolviendo en llamas la superficie del escudo. Ninguno de los demás perdió tiempo volviendo la vista atrás.

En el puente del Crucero Estelar Rebelde, las alarmas repiqueteaban, mientras las luces titilaban enloquecidas al intentar cambiar el mastodóntico crucero espacial su momento de inercia para variar de rumbo y evitar la inminente colisión con la barrera de energía. Los oficiales corrían de sus puestos de combate a los controles de navegación; otras naves de la flota podían verse en las pantallas de visión esparciéndose disparatadamente en toda direcciones, unas frenando y otras acelerando al máximo.

El Almirante Ackbar habló por su intercomunicador

con urgencia, pero manteniendo calmo el tono de la voz: —Emprendan acciones de evasión. Grupo Verde, diríjase al sector de espera. Grupo Azul, al punto MG-7 —ordenó.

Un controlador Calamariano llamó, desde el otro lado del puente, al Almirante Ackbar con suma excitación.

—Almirante, tenemos naves enemigas en el sector RT-23 y PB-4.

La gran pantalla central se iluminó, mostrando no sólo a la Estrella de la Muerte con la luna detrás flotando solitarias en el espacio. Ahora podía verse cómo la enorme flota Imperial, volando en perfecta formación, aparecía tras la luna de Endor, dirigiéndose hacia los Rebeldes desdoblada en dos frentes, como si fueran las dos pinzas de un mortal escorpión.

Y, además, el escudo impedía el avance frontal. No tenían escapatoria.

Ackbar habló desesperadamente por el intercomunicador:

—Es una trampa. Prepárense para el ataque. La voz anónima de un piloto de caza pudo oírse en el puente de mando:

—¡Se acercan unos cazas! ¡Allá vamos! El ataque comenzó. La batalla, al fin, tenía lugar. Los cazas TIE, mucho más rápidos que los gigantescos cruceros Imperiales, fueron los primeros en contactar con los invasores Rebeldes. Pronto las implacables luchas y persecuciones iluminaron el espacio con explosiones incandescentes como rubíes.

—Hemos aumentado la potencia del escudo frontal, Almirante —dijo un ayudante, acercándose a Ackbar. —Bien: doblad la potencia de la batería principal y... Repentinamente, el Crucero Estelar fue zarandeado por varias explosiones termonucleares, visibles tras el ventanal de observación.

—¡La nave Ala Dorada ha sido severamente dañada! —gritó otro oficial, tambaleándose sobre el puente.

—¡Dadles protección! —ordenó Ackbar—. ¡Necesitamos más tiempo! —habló de nuevo por el intercomunicador, mientras otra explosión retumbaba en el crucero—. ¡Que todas las naves mantengan su posición! ¡Esperad mis órdenes para regresar!

Era ya demasiado tarde para que Lando y sus escuadras de combate hicieran caso de la orden. Estaban a la cabeza de la flota, a punto de entrar en contacto con los enemigos Imperiales.

Wedge Antilles, viejo compañero de Luke desde su primera campaña guerrera, dirigía las Alas-X que acompañaban al *Halcón*. Al acercarse más a los defensores imperiales, su voz brotó —tranquila y segura— por el intercomunicador:

—Disponed las Alas-X en posición de combate. Las alas se desplegaron, confiriendo un aspecto de libélulas a los cazas, a los que permitió así aumentar la velocidad y la capacidad de maniobra.

—Que informen todas las Alas —ordenó Lando. —Líder Rojo a la espera. —Líder Verde a la espera. —Líder Azul a la espera. —Líder Gris a la espera...

La última transmisión fue interrumpida por una brillante pirotecnia que destruyó totalmente al Ala Gris. —Aquí vienen —comentó Wedge. —Acelerar hasta velocidad de ataque —ordenó Lando—. Evitad, mientras sea posible, que los disparos enemigos se dirijan a los cruceros.

—Toma nota, Líder Dorado —respondió Wedge—. Nos desplazamos hasta el punto tres a través del eje. —Dos viniendo a veinte grados —avisó alguien. —Los veo —confirmó Wedge—. Vira a la izquierda y yo me encargo del primero.

—Ten cuidado, Wedge: vienen tres por arriba. —Vale, yo...

—Yo me encargo, Líder Rojo. —¡Hay demasiados!

—Te están sacudiendo mucho; da la vuelta. —¡Rojo Cuatro, estate alerta! —¡Me han dado! El Ala-X, dando vueltas sobre sí misma, salió disparada y ardiendo hasta perderse en el vacío.

—¡Tienes uno justo encima! —chilló Rojo Seis a Wedge.

—Mi pantalla no lo detecta. ¿Dónde está?

—Rojo Seis, una escuadrilla de cazas ha logrado pasar

—¡Se dirigen hacia la Fragata Hospital! ¡Tras ellos!

—Adelante —acordó Lando—; yo sigo también. Hay cuatro señales en el punto tres cinco. ¡Cubridme!

—Te seguimos, Líder Dorado. Rojo Dos y Rojo Tres vamos detrás.

—Manteneos a mi cola.

—Cerrad formaciones, Grupo Azul.

—Buena caza, Rojo Dos.

—No va mal —dijo Lando—. Perseguiré a los otros tres...

Calrissian condujo al *Halcón* en vuelo invertido, mientras su tripulación disparaba a los cazas imperiales con las armas de la panza de la nave. Dos de los tiros hallaron blanco directo; el tercero deslumbró de tal modo al piloto del caza TIE, que se precipitó sobre un compañero de su escuadrilla. El cielo estaba repleto de cazas, pero el *Halcón* era el más rápido de todos los objetos volantes.

En cuestión de minutos el campo de batalla estaba teñido de rojo y repleto de pequeñas nubes de humo, proyectiles deslumbrantes, cascadas de chispas, restos de naves, explosiones estruendosas, chorros de luz, cadáveres congelados por el frío espacial, pozos de negrura y tormentas de electrones.

Era un grandioso espectáculo, macabro y dantesco, y tan sólo era el comienzo.

Nien Numb se dirigió a Lando con un comentario gutural.

—Tienes razón —contestó el piloto, frunciendo el entrecejo—; sólo están atacando sus cazas. ¿A qué esperan esos Destruidores Estelares? —Parecía como si el Emperador forzara a los Rebeldes a comprarle una propiedad que no quisiera vender realmente.

—Dzhng zhng —avisó el copiloto al ver cómo otra escuadrilla de cazas TIE se abatía desde arriba.

—Los veo. Ahora estamos en medio del fregado. —Lando dirigió una segunda ojeada a la luna de Endor, que flotaba pacíficamente a su derecha—. Venga, Han, viejo compañero: no me abandones.

Han pulsó el botón de su unidad de muñeca y se cubrió la cabeza. La puerta blindada que protegía al control principal voló en pedacitos. La escuadra Rebelde se lanzó como un rayo a través de la humeante oscuridad.

Las tropas de asalto del interior de la sala parecieron ser tomadas por completa sorpresa. Unos pocos estaban heridos por la explosión de la puerta, y el resto no tuvo tiempo de reaccionar, mientras los Rebeldes, pistola en mano, los rodeaban. Han tomó la delantera, seguido por Leia y Chewie, que protegía la retaguardia.

Apelotonaron al personal en un rincón del bunker y tres comandos los vigilaron, mientras otros tres cubrían las salidas. Los demás comenzaron a emplazar las cargas explosivas.

Leia estudió una de las pantallas del panel de control.

—¡Rápido, Han: mira! ¡La flota está siendo atacada! —exclamó.

Solo miró a la pantalla y profirió un exabrupto.

—¡Maldita sea! Con el escudo aún funcionando están acorralados contra la pared.

—Eso es correcto —dijo una voz a sus espaldas desde el fondo de la sala—. Exactamente como lo estáis *vosotros*.

Han y Leia giraron rápidamente sobre sus talones, para encontrar docenas de armas Imperiales apuntándolos; una legión entera se había escondido en unos compartimentos ocultos en las paredes del bunker. En un instante, los Rebeldes fueron rodeados, sin posibilidad de intentar la huida, por un número demasiado alto de guardias de asalto como para luchar contra ellos. Completamente rodeados.

Más tropas Imperiales penetraron por la puerta y desarmaron con rudeza a los aturridos comandos.

Han, Chewie y Leia intercambiaron sendas miradas de desolación y desespero. Ellos constituían la última oportunidad del Imperio... y habían fallado.

A cierta distancia de la zona principal de combate, volando sin peligro en el centro del piélago de naves que formaban la flota Imperial, estaba la nave insignia: el Superdestructor Estelar. En el puente del Destructor, el Almirante Piett observaba la batalla —a través del enorme ventanal de observación— con amable curiosidad, como si presenciara una elaborada demostración o algún espectáculo luminoso.

Dos capitanes de flota aguardaban tras él en respetuoso silencio; enterándose de cuáles eran los majestuosos designios de su Emperador.

—Mantengan a la flota estacionada aquí —ordenó el Almirante Piett.

El primer capitán salió corriendo a cumplir la orden. El segundo se aproximó al ventanal, deteniéndose junto al Almirante.

—¿No vamos a atacar?

—Tengo órdenes del propio Emperador —sonrió Piett con satisfacción—. Tiene planeado algo muy especial para esta escoria Rebelde —recalcó la palabra «especial», haciendo una pausa para que el inquisitivo capitán la paladeara en toda su extensión—. Estamos aquí sólo para evitar que se escapen.

El Emperador, lord Vader y Luke observaban cómo la batalla arreciaba desde la seguridad del salón del trono de la Estrella de la Muerte.

Era una escena caótica y demencial. Cientos de explosiones cristalinas y silenciosas, rodeadas por aureolas verdes, violetas o magentas. Grandes trozos de metal fundido flotaban grácilmente entre carámbanos de líquidos congelados que muy bien podían ser sangre.

Luke miraba horrorizado cómo otra nave Rebelde chocaba contra el invisible escudo deflector, produciendo al estallar una conmoción brutal.

Vader observaba a Luke. Su chico era poderoso, más fuerte de lo que había imaginado. Y todavía era maleable. Aún no estaba perdido; bien para el mareante lado débil de la Fuerza —que había de mendigar cada cosa que recibía— o bien para el Emperador, que temía a Luke con razón.

Aún estaban a tiempo de que Luke decidiera por sí mismo, y así él lo recuperara. A tiempo de que se uniera a su oscura majestuosidad. Para gobernar juntos la galaxia. Sólo haría falta un poco de paciencia y de hechicería para mostrar a Luke las exquisitas satisfacciones del Reverso Oscuro y liberarle del molesto entrometimiento del Emperador.

Vader sabía que Luke también había percibido el miedo en el Emperador. «Era un chico listo, el joven Luke —pensó Vader, sonriendo inexorable, para sí—. Era el hijo de su padre.»

El Emperador interrumpió la contemplación de Vader con un satisfecho cloqueo.

—Como puedes ver, mi joven aprendiz, el escudo deflector está aún en su sitio. ¡Tus amigos han fallado! Y ahora... —alzó su huesuda mano por encima de su cabeza para resaltar ese momento— serás testigo del poder de esta estación de combate plenamente armada y completamente operacional.

Se dirigió hasta el intercomunicador y habló con un susurro grave y bien modulado, casi como si hablara a una amante.

—Dispare cuando quiera, Comandante.

Aturdido y previendo lo que iba a suceder, Luke miró hacia afuera, por encima de la superficie de la Estrella de la Muerte, a la batalla espacial y a la masa de la flota Rebelde más allá de la zona de combate.

Abajo, en las entrañas de la Estrella de la Muerte, el Comandante Jerjerrod impartió una orden. En aquel momento, sus sentimientos constituían una mezcla de emociones, ya que esa orden significaba la destrucción final de los insurrectos Rebeldes. Y eso implicaba el fin del estado de guerra que Jerjerrod adoraba por encima de todas las cosas. Pero, por otra parte, Jerjerrod era un entusiasta de la aniquilación total, y así, aunque atemperada por el pesar, la orden no carecía de atractivo. Siguiendo las instrucciones del Comandante, un controlador pulsó un interruptor que encendió un brillante panel. Dos encapuchados soldados Imperiales teclearon una serie de botones. Un denso rayo de luz comenzó lentamente a brotar de un largo pozo blindado. En la superficie exterior de la mitad acabada de la Estrella de la Muerte, un gigantesco círculo de láser empezó a relumbrar.

Luke observó, con impotente horror, cómo el increíblemente enorme rayo láser era radiado por una abertura de la Estrella de la Muerte. Tocó —sólo un breve instante— uno de los Cruceros Estelares Rebeldes que surgía del corazón de la batalla. Al instante siguiente, el Crucero se había vaporizado. Convertido en polvo. Desmenuzado hasta sus más elementales partículas con un olo roce de la luz.

Embotado por la desesperación y con un tremendo vacío carcomiéndole el corazón, los ojos de Luke centellearon al ver de nuevo su espada de luz láser yaciendo —olvidada— sobre el trono. Y en ese momento de lividez y debilidad, el Reverso Oscuro de la Fuerza realmente estaba con él.

Capítulo VIII

El Almirante Ackbar se erguía en el puente aturdido e incrédulo, mirando a través del ventanal de observación al lugar donde, momentos antes, el Crucero Estelar Rebelde llamado *Liberty* había estado comprometido en una furiosa batalla. Ahora, nada quedaba. Sólo el espacio vacío y una nubécula de finísimo polvo que resplandecía con la luz de las explosiones distantes. Ackbar observó en el más completo silencio.

A su alrededor, la confusión alcanzaba proporciones épicas. Los conmocionados controladores intentaban aún contactar con el *Liberty*, mientras que los capitanes de flota corrían de las pantallas a los mandos vociferando órdenes y contraórdenes.

Un ayudante entregó el intercomunicador a Ackbar. La voz del General Calrissian fluía por él.

—Base-uno, aquí Líder Dorado. ¡Ese disparo provino de la Estrella de la Muerte! Repito: ¡la Estrella de la Muerte es operacional!

—Lo hemos visto —respondió Ackbar con inmenso cansancio—. Que todos los aparatos se preparen para retirarse.

—¡No pienso abandonar eirme corriendo! —replicó

Lando con un grito. Había recorrido mucho camino para participar en ese juego.

—No tenemos elección, General Calrissian. ¡Nuestros cruceros no pueden repeler una potencia de fuego de tal magnitud!

—No tendremos una segunda oportunidad, Almirante. Han logrado desconectar el escudo. Tenemos que darle más tiempo. Ataque a esos destructores estelares.

Ackbar miró a su alrededor. Cientos de explosiones de proyectiles antiaéreos sacudían la nave arrojando una luz cerúlea sobre la ventana. Calrissian tenía razón: no habría ninguna segunda oportunidad. O ahora o nunca.

Se volvió hacia el Primer Capitán Estelar diciendo:

—Haga avanzar a la flota.

—Sí, señor. —El hombre hizo una pausa—. Señor, no tenemos muchas posibilidades contra esos destructores estelares. Están mucho mejor armados.

—Lo sé —dijo Ackbar con suavidad.

El capitán salió y se aproximó un ayudante.

—Las naves avanzadas han contactado con el grueso de la flota Imperial, señor.

—Que concentren el fuego en sus generadores de energía. Si podemos romper sus escudos, nuestros cazas tendrían alguna posibilidad.

La nave fue zarandeada por otra explosión, un disparo de láser que acertó aun giro estabilizador de popa.

—¡Intensifiquen los escudos auxiliares! —gritó alguien.

El volumen de la batalla subió otro punto en la escala.

Tras la ventana del salón del trono, la flota Rebelde estaba siendo diezmada en el silencioso vacío del espacio, mientras que, dentro, el único sonido era el débil cloqueo del Emperador. Luke continuaba descendiendo por la espiral de la desesperación a medida que el rayo láser de la Estrella de la Muerte incineraba nave tras nave. El Emperador siseó:

—Tu flota está perdida y tus amigos de la luna de Endor no sobrevivirán... —Pulsó el interruptor del intercomunicador del brazo de su sillón y habló con entusiasmo—: Comandante Jerjerrod, si los Rebeldes consiguen volar el generador del escudo, gire esta estación de combate enfocando a la luna de Endor y destruyala.

—Sí, Su Majestad —resonó la voz en el receptor— pero tenemos varios batallones estacionados en...

—¡La destruirá! —El susurro del Emperador era más tajante que ningún grito.

—Sí, Su Majestad.

Palpatine se volvió de nuevo hacia Luke. El primero rebosante de alegría y el último rabioso y ultrajado.

—No hay escapatoria, mi joven discípulo. La Alianza morirá..., al igual que tus amigos.

El rostro de Luke estaba contorsionado, reflejando su ánimo. Vader le observaba cuidadosamente, así como el propio Emperador. La espada de luz comenzó a vibrar y moverse en el sitio donde yacía. La mano del joven Jedi temblaba, mientras que sus labios contraídos mostraban unos dientes apretados. El Emperador sonrió.

—Muy bien. Puedo sentir tu furia. No tengo defensas: coge tu arma, golpéame con todo tu odio y tu viaje hacia el Reverso Oscuro se completará. —Palpatine rió y rió.

Luke fue incapaz de resistir más. La espada de luz traqueteó violentamente en el trono durante un instante y luego voló hasta su mano, impelida por la Fuerza. Al momento la encendió y, cargando todo el peso de su cuerpo, lanzó un tremendo mandoble dirigido al cráneo del Emperador.

En el mismo instante, la espada de Vader salió a relucir, deteniendo el ataque de Luke a escasos centímetros de la cabeza del Emperador. Las chispas saltaron como si fuera acero en fundición, bañando con brillo demoníaco la sonriente faz de Palpatine.

Luke retrocedió de un salto y se giró, alzando la espada de luz, para enfrentarse a su Padre. Vader extendió su propia espada, equilibrándose así para luchar.

El Emperador suspiró placenteramente y se sentó en el trono frente a los combatientes; espectador único de la horrenda y ofensiva contienda.

Han, Leia, Chewbacca y el resto del comando estaban siendo escoltados por sus captores fuera del bunker. El panorama que se encontraron era sustancialmente distinto de la verdosa y solitaria área que abandonaron al entrar en la construcción. El claro estaba ahora repleto de tropas Imperiales.

Cientos de ellos, con armaduras blancas y negras, unos a pie y otros sobre sus macizos Caminantes. Si la situación dentro del bunker parecía desesperada, ahora era aún peor.

Han y Leia se miraron con la congoja reflejándose en sus rostros. Todo por lo que habían luchado, todos los sueños de sus vidas... desvanecidos en un instante. Pero aun así, al menos habían tenido la compañía el uno del otro durante cierto tiempo. Ambos habían coincidido tras provenir de extremos yermos y opuestos de aislamiento emocional. Han nunca conoció el amor, tan enamorado estaba de sí mismo; Leia tampoco había tenido tiempo de conocer el amor, tan inmersa como estaba en el levantamiento social, intentando abarcar a toda la humanidad. Y en algún punto entre la caprichosa fatuidad del uno y el fervor general por todo el mundo de la otra, habían encontrado un lugar umbrío donde los dos podían unirse, crecer, incluso sentirse nutridos.

Pero también eso se cortaba ahora por la raíz. el fin parecía próximo. Tanto tenían que decirse que no encontraban palabras. En su lugar, sólo sus manos unidas hablaban a través de sus dedos en esos momentos finales de compañerismo y unión.

Justo en esos instantes, R2 y 3PO penetraron airoosamente en el claro, silboteando y chapurreando un ininteligible y excitado tropel de palabras entre ellos. Ambos se detuvieron en seco, al darse cuenta de la multitud que llenaba el claro... y encontraron todos los ojos fijos en ellos dos.

—¡Oh, cielos! —gimoteó 3PO. En menos de un segundo, él y R2 giraron en redondo y corrieron hacia el bosque del que habían salido. Seis soldados de asalto se precipitaron en pos de los robots.

Los soldados Imperiales tuvieron tiempo justo de ver cómo los robots desaparecían tras un grueso árbol a unos veinte metros de distancia. Corrieron tras la pareja y, al dar la vuelta al árbol, encontraron a R2 y 3PO esperando tranquilamente a que los capturaran. Los guardias avanzaron en su dirección, pero... fueron demasiado lentos.

Quince Ewoks saltaron desde las ramas superiores y arrollaron a los soldados Imperiales utilizando piedras y palos. En el mismo momento, 3PO —subiéndose a otro árbol— acercó un cuerno de carnero a su boca y sopló tres largas veces. Esa era la señal convenida para el ataque de los Ewoks.

Cientos de ellos descendieron sobre el claro desde todos los puntos a la vez, arrojándose sobre los poderosos soldados Imperiales con ardor irreprímible. La escena era totalmente caótica.

Las tropas de asalto dispararon sus pistolas láser contra las peludas criaturas, matando e hiriendo a muchos sólo para ver cómo docenas de Ewoks rellenaban los huecos de los caídos. Los exploradores que persiguieron con sus motos a los Ewoks que escapaban hacia el bosque fueron arrojados de ellas por lluvias de piedras lanzadas desde los árboles.

Aprovechando la confusión inicial del ataque, Chewie se zambulló en el bosque, mientras que Han y Leia se arrojaban al sucio suelo de las arcadas que rodeaban la entrada del bunker. Las explosiones que se sucedían a su alrededor les impidieron abandonar el rincón; la puerta del bunker, además, estaba de nuevo cerrada.

Han tecleó el código robado en el panel de control, pero esta vez la puerta no se abrió. Había sido reprogramada tan pronto como fueron capturados.

—La terminal no funciona —musitó.

Leia se esforzaba en recoger una pistola láser que yacía sobre la mugre de la entrada, justo fuera de su alcance y al lado de un soldado caído. Por añadidura, los disparos se entrecruzaban en todas direcciones.

—Necesitamos a R2 —gritó.

Han asintió con la cabeza, sacó su intercomunicador, pulsó la secuencia electrónica asignada al pequeño robot y, de un salto, alcanzó la pistola que Leia no pudo coger; mientras, la lucha arreciaba en torno a ellos.

R2 y 3PO estaban escondidos tras un tronco cuando R2 recibió el mensaje. Profirió un excitado pitido y salió disparado hacia el campo de batalla.

—¡R2! —chilló 3PO—. ¿Adonde vas? ¡Espérame! —Y el dorado androide corrió tras su compañero, a pesar de su miedo.

Las motos-cohete volaban veloces en torno a los robots, disparando e hiriendo a muchos Ewoks, que aumentaban su furia y ferocidad cada vez que sus pieles eran chamuscadas. Los pequeños osos colgaban de las patas de los Caminantes Imperiales, atándolas con bejucos o inutilizando las articulaciones al introducir en sus goznes piedras y ramas. Tiraban fuera de las motos a los exploradores mediante bejucos extendidos de árbol a árbol justo a la altura de las gargantas. Lanzaban piedras, saltaban de los árboles cayendo sobre los soldados con la lanza en ristre y arrojando sus redes. Estaban por todas partes.

Montones de ellos seguían a Chewbacca, de quien se habían encariñado durante el curso de la noche anterior. Se había convertido en su mascota, y ellos eran sus pequeños primos del bosque. Por tanto, acudieron a socorrerse con lealtad y ferocidad especiales. Chewie abatía soldados de asalto a diestro y siniestro, poniéndose frenético cada vez que veía cómo dañaban físicamente a algún pequeño amigo del bosque. Los Ewoks, por su parte, formaban cuadros suicidas en su afán por seguir al Wookiee y lanzarse sobre cualquier soldado que osara poner la mano encima de Chewie.

Era una batalla extraña y salvaje.

R2 y 3PO, finalmente, llegaron hasta la puerta del bunker. Han y Leia proporcionaban la cobertura de fuego necesaria con pistolas que habían logrado agenciarse. R2 avanzó rápidamente hasta la terminal, insertó su apéndice de computación y empezó a buscar la clave. Antes que pudiera entrar los códigos necesarios, una explosión de láser barrió el umbral de la puerta principal, rompiendo el apéndice de R2 y lanzándolo, dando vueltas, al sucio suelo.

Su cabeza comenzó a humear y sus juntas a abrirse. De pronto, todos sus compartimentos saltaron de golpe, mostrando todos sus circuitos chisporroteando o manando líquido a borbotones, cada engranaje detenido; luego se inmovilizó definitivamente. 3PO se arrojó sobre su herido compañero, mientras Han examinaba la terminal del bunker.

—Quizá pueda cortocircuitar esta cosa —murmuró Solo.

Mientras tanto, los Ewoks habían erigido una primitiva catapulta al otro lado del campo. Arrojaron una gran roca sobre uno de los Caminantes Imperiales y la maquina se tambaleó seriamente, pero no cayó. En su lugar, se dirigió hacia la catapulta disparando su cañón de láser. Los Ewoks se esparcieron y, cuando estaba a pocos metros, cortaron unos tensos bejucos y dos enormes troncos cayeron sobre el lomo del aparato al que detuvieron por fin.

Y así continuó la lucha. Mientras, las bajas aumentaban sin cesar.

Arriba en los cielos la situación no era mucho mejor. Mil mortales combates aéreos y bombardeos de cañones festoneaban el espacio, a la par que el rayo láser de la Estrella de la Muerte desintegraba metódicamente las naves Rebeldes.

En el *Halcón Milenario*, Lando pilotaba como un niaco en una carrera de obstáculos que, en este caso, eran los gigantescos Destruidores Estelares Imperiales, atrayendo tras de sí un fuego cruzado que regateaba habilmente, adelantando siempre a los cazas TIE.

Por encima del fragor de las continuas explosiones, Lando gritaba desesperadamente a través de su comunicador, dirigiéndose a Ackbar en la nave capitana de la Alianza.

—¡He dicho *más cerca*! Muévanse todo lo cerca que puedan y alinéense frente a los Destruidores Estelares. De ese modo la Estrella de la Muerte no podrá disparar sin abatir a sus propias naves.

—¡Pero jamás se ha luchado tan de cerca entre supernaves como sus Destruidores y nuestros Cruceros! —Ackbar era reacio a acometer una acción tan impensable, pero sus alternativas se estaban acabando.

—¡Magnífico! —vociferó Lando, mientras pasaba casi rozando la superficie de un Destructor

—. ¡Entonces estamos inventando una nueva forma de combate!

—¡No conocemos táctica alguna para semejante confrontación! —protestó Ackbar.

—¡Sabemos tanto como *ellos!* —gritó Lando—. ¡Y ellos *creerán* que sabemos más! —Echarse faroles siempre era peligroso, pero algunas veces cuando todo tu dinero está sobre la mesa, es la única forma de ganar. Y Lando nunca jugaba para perder.

—Estando tan próximos, no duraremos demasiado frente a los Destruidores Imperiales. —Ackbar comenzaba a sentirse mareado por la resignación.

—¡Duraremos más de lo que haríamos frente a la Estrella de la Muerte y quizá nos llevemos a algunos con nosotros! —dijo Lando, gritando con exaltación. Una sacudida le anunció que una de sus metralletas delanteras había sido volada. Programó al *Halcón* en secuencia de caída giratoria y se precipitó en torno a la panza del leviatán Imperial.

Teniendo ya poco que perder, Ackbar decidió intentar la estrategia de Calrissian. En los minutos siguientes, docenas de Cruceros Estelares Rebeldes se movieron hasta una posición astronómicamente próxima a los Destruidores Imperiales Estelares. Los colosales antagonistas empezaron a destrozarse mutuamente como tanques que se dispararan a veinte pasos de distancia, mientras que cientos de pequeños cazas corrían en torno a sus superficies, esquivando la andanadas de láser a la par que se acosaban entre sí.

Lentamente, Luke y Vader giraron en círculo. Con la espada de luz elevada por encima de su cabeza, Luke preparaba su acometida partiendo de la clásica primera posición; Vader respondía, también en forma clásica, manteniendo su arma en posición lateral. Sin previo aviso, Luke lanzó un tajo vertical y, cuando Vader se movió para interceptarlo, Luke hizo una finta y tiró una estocada por abajo. Vader contrarrestó el golpe y dejó que la fuerza del choque elevara su espada hacia la garganta de Luke..., pero Luke halló el medio de repeler el ataque y dio un paso atrás. Los primeros golpes no habían producido daño alguno. De nuevo giraron en círculo. Vader estaba impresionado por la velocidad de reacción de Luke; incluso se sentía satisfecho. Era casi una pena que no pudiera dejar que el chico matara aún al Emperador. Luke no estaba preparado emocionalmente. Todavía existía la posibilidad de que el muchacho retornara junto a sus amigos si ahora destruía al Emperador. Necesitaba una tutela más intensa primero —entrenado por Vader y Palpatine— antes que asumiera su puesto a la diestra de Vader en el gobierno de la galaxia.

Así, Vader tendría que controlar al chico durante períodos como ése, evitando que hiciera daño en los puntos erróneos... o en los correctos prematuramente.

Antes que Vader fuera más allá con sus pensamientos, Luke atacó otra vez con mucha más agresividad. Avanzó con una ráfaga de estocadas, cada una seguida por un fuerte crujido de la espada de luz de Vader. El Señor Oscuro retrocedía un paso a cada golpe y giró una vez sobre sí mismo para asestar un peligroso y truculento mandoble, pero Luke lo rechazó e hizo retroceder a Vader aún más. El Señor del Reverso Oscuro perdía momentáneamente pie en el primer peldaño de las escaleras, y cayó dando tumbos hasta quedar de rodillas.

Luke permaneció de pie en la cima de las escaleras henchido con su propio poder. Ahora Vader estaba en sus manos, sabía que lo estaba: podía disponer del Señor Oscuro, de su vida, de su espada. Arrebatarse su puesto junto al Emperador. Sí, incluso eso. Esta vez, Luke no enterró el pensamiento, sino que se solazó en él. Sus juicios le ensalzaban y sentía cómo la sensación de poder hormigueaba en su espalda. La idea producía un estado de febrilidad y potenciaba su codicia en forma tal, que cualquier otra consideración se borraba de su mente.

Él tenía el poder y la elección era suya.

Y, entonces, otro pensamiento compulsivo e intenso, como una amante ardiente, surgió en su consciencia: también podía destruir al Emperador. Destruir a ambos y gobernar la galaxia. ¡Venganza y conquista!

Era un momento decisivo para Luke. Se sentía pleno de vértigo, pero sin llegar a desvanecerse, así como tampoco retroceder.

Dio un paso adelante.

Por vez primera, la idea de que su hijo le podía superar, penetró en la mente de Vader. Estaba asombrado por la fuerza que Luke había adquirido desde su último duelo en la Ciudad de las Nubes; aparte una rapidez y precisión comparables a la del pensamiento. Ésta era una

circunstancia inesperada. Inesperada y mal recibida. Vader sintió cómo la humillación se agazapaba tras la cola de su primera reacción, que fue de sorpresa, y de su segunda, que fue la del temor. Y entonces la humillación subió de grado, produciendo una cólera glacial y tremenda. Todo lo que ahora quería era vengarse.

Cada faceta de las reacciones de Vader hallaron eco en el joven Jedi, que ahora se erguía sobre él. El Emperador, observando pleno de júbilo, acicateó a Luke para que revelara en él los poderes de la Oscuridad.

—¡Utiliza tus sentimientos agresivos, muchacho! ¡Sí! ¡Deja que el odio fluya a través tuyo! ¡Sé uno con él, deja que te nutra! —espoleó Palpatine.

Luke tuvo un instante de vacilación y, de pronto, advirtió todo lo que sucedía. Otra vez, repentinamente, la confusión descendió sobre él. ¿Qué es lo que quería? ¿Qué tenía que hacer? Su breve exultación, su microsegundo de tenebrosa claridad, ya había desaparecido, desvaído por la indecisión y el enigma. Era como un frío despertar tras un apasionado devaneo.

Dio un paso atrás, bajó su espada, se distendió y trató de expulsar el odio de su ser.

En aquel instante, Vader atacó. Desde la mitad de las escaleras arremetió forzando a Luke a revolversse defensivamente. Enzarcó la espada del muchacho con la suya, pero Luke se zafó y, de un salto, aterrizó en una exigua plataforma que colgaba sobre sus cabezas. Vader saltó una barandilla y quedó justo debajo de la plataforma donde se acucillaba Luke.

—No lucharé contigo, Padre —declaró el joven Jedi. —Serás un necio si bajas la guardia —avisó Vader. Su furia se habla ya estratificado, no quería vencer si el chico no luchaba con cuerpo y alma. Pero si vencer significaba que tenía que matar a un muchacho que no quería pelear..., entonces habría de hacerlo. Solo quería que Luke fuera consciente de las consecuencias. Quería que Luke supiera que eso no era ya más un juego. Era la propia Oscuridad.

Sin embargo, Luke percibió algo más en el proceso mental de Vader.

—Tus pensamientos te delatan, Padre. Detecto el bien en ti... y un conflicto emocional. No pudistes matarme antes y no me destruirás ahora.

De hecho, Vader podía haberle matado en dos ocasiones, pero no lo hizo. Una fue en el combate aéreo de la primera Estrella de la Muerte, la segunda en el duelo con espadas de luz allá en Bespin. También dedicó un breve pensamiento a Leia; en cómo Vader la tuvo entre sus garras e incluso la torturó..., sin matarla. Hizo una mueca de dolor al pensar en la agonía de su hermana, pero desechó el pensamiento de su mente. Ahora, un determinado punto estaba claro para él: a pesar de su turbiedad, aún había alguna bondad en su Padre.

La acusación, *realmente*, enfureció a Vader. Podía tolerar muchas cosas del insolente muchacho, pero esto era excesivo. Debía darle una lección que nunca olvidara..., aunque muriera aprendiéndola.

—Otra vez más subestimas el poder del Reverso Oscuro —declaró Vader.

Vader arrojó con fuerza su centelleante espada de luz y voló a través de los soportes —cortándolos— de la plataforma para volver a la mano de su dueño. Luke cayó al suelo y rodó hasta otro nivel inferior, debajo de la inclinada plataforma, y más al fondo, protegido por las sombras de la estructura superior. Vader recorrió el perímetro del área buscando al chico, pero no quiso entrar en las espesas sombras.

—No puedes esconderte siempre, Luke.

—Tendrás que entrar y capturarme —replicó la voz sin cuerpo del muchacho.

—No te concederé esa ventaja tan fácilmente.

Vader percibió cómo la ambigüedad carcomía sus intenciones y propósitos respecto a Luke. La pureza malignidad estaba comprometiéndose. El chico era listo, en efecto; Vader sabía que debía proceder con extrema cautela.

—No deseo ventajas, Padre. No pelearé contigo.

Toma..., toma mi arma.

Luke era perfectamente consciente de que ese gesto podía significar su fin, pero así habría de ser. No utilizaría Oscuridad para combatir Oscuridad. Quizá, después de todo, Leia habría de solucionar el problema y continuar la lucha sin él. Tal vez ella tuviera soluciones que él

desconocía; quizá Leia averiguara cuál era el camino. Pero ahora, sin embargo, el sólo podía distinguir dos vías, y una progresaba hacia la Oscuridad y la otra no. Luke posó su espada de luz en el suelo y la hizo rodar hacia Vader. La espada se detuvo a mitad de camino entre ellos. El Señor Oscuro alzó su mano y la espada de Luke saltó hasta ella. Vader la enganchó en su cinturón y, con grave incertidumbre, penetró en la zona en tinieblas.

Vader detectaba unos sentimientos adicionales en Luke; nuevas corrientes cruzadas de dudas, remordimientos, lástima y abandono. Sombras de dolor, Pero de alguna manera no estaban relacionadas con Vader, sino con otros, con... Endor. ¡Ah! Eso era. La Luna del Santuario, donde sus amigos pronto morirían. Luke iba a recibir una contundente lección: la amistad era distinta en el Reverso Oscuro. Absolutamente distinta.

—Entrégate al Reverso Oscuro, Luke —suplicó—. Es el único modo de salvar a tus amigos. Sí, tus pensamientos te traicionan, hijo. Tus sentimientos respecto a ellos son muy intensos^especialmente por... Vader se detuvo. Percibía algo más. Luke se retiró más profundamente en las sombras, intentando esconder su alma. Pero no había forma de ocultar lo que existía en su mente. Leia estaba sufriendo. Su dolor resonaba en él y su espíritu vibraba junto con el de ella. Intentó acallar el grito de dolor, pero era demasiado poderoso para sofocarlo o desentenderse; te nía que acunarlo abiertamente y proporcionar así algún consuelo.

La consciencia de Vader invadió su recinto privado

—¡No! —gritó Luke.

Vader apenas podía dar crédito a su descubrimiento —¿Hermana?... ¡Hermana! —bramó—. Tus sentimien tos le han traicionado a ella también... ¡Mellizos! —rugió triunfalmente—. Obi-Wan fue precavido al esconderla pero ahora su fracaso es completo. La sonrisa de Vader, pese a su máscara, pese a las sombras, a través de los reinos de la Oscuridad, era evidente para Luke.

—Si te conviertes ahora al Reverso Oscuro, quizá ella te siga.

Éste fue el punto de ruptura para Luke, porque Leia era la última e inasequible esperanza de todo el Universo. Si Vader aplicaba sus retorcidos y equívocos deseos sobre ella...

—¡Nunca! —exclamó.

El sable de luz voló del cinturón de Vader a la mano de Luke, encendiéndose durante el trayecto. Luke se abalanzó sobre su padre con un frenesí desconocido hasta entonces, tanto para él como para Vader. Los gladiadores batallaron ferozmente, las chispas saltando a cada choque de sus radiantes armas, pero pronto fue evidente que toda la ventaja era de Luke. Y la empleaba a fondo. Engancharon sus espadas en lucha cuerpo a cuerpo. Cuando Luke empujó a Vader para zafarse de su abrazo, el Señor Oscuro golpeó su cabeza contra una viga que sobresalía en el exiguo espacio. Tambaleándose, se retiró más allá de la zona en penumbra y de bajo techo, mientras Luke le perseguía incansable.

Golpe tras golpe, Luke forzó la retirada de Vader a través del puente que cruzaba el enorme —y aparentemente sin fondo— pozo que conducía al corazón energético de la Estrella de la Muerte. Cada mandoble, cada estocada de la espada de luz de Luke, sacudían a Vader como si fueran acusaciones, gritos, fragmentos de un odio mortal.

El Señor Oscuro se vio forzado a postrarse de rodillas. Alzó su mano para detener otra furiosa acometida y Luke, de un tajo, cortó limpiamente la mano de Vader a la altura de la muñeca.

La mano, junto con trozos de metal, cables e ingenios electrónicos, cayó a un lado, resonante e inútil. El sable de luz de Vader rodó hasta el borde del puente, para caer, sin dejar rastro, por el interminable pozo.

Luke miró fijamente a la retorcida y averiada mano mecánica y, luego, a su propia y enguantada prótesis artificial. De pronto advirtió cuan semejante a su Padre había llegado a ser. Semejante al hombre a quien odiaba.

Presa de un súbito temblor, se irguió sobre su Pad: con la punta de su sable casi rozando la garganta d Señor Oscuro. Deseaba destruir definitivamente a ese ser fruto de la Oscuridad, esa cosa que fue antes su Padre esa cosa que era... él.

De repente, el Emperador apareció a su lado obst vando y riéndose con incontrolable y satisfecha agitación.

—¡Bien! ¡Mátalo! ¡Tu odio te ha hecho poderoso! ¡Ahora has de completar tu sino y tomar el puesto de Padre junto a mí!

Luke miró a su Padre, luego al Emperador y, nuevo, a Vader. Esto era Oscuridad, y era la Oscuridad lo que él odiaba. No a su Padre, ni siquiera al Emperador. Si no a la Oscuridad *en* ellos. En ellos... y en mismo.

Y la única vía posible para destruir la Oscuridad consistía en renunciar a ella. Por el bien de todo. Se plantó frente al Emperador, con súbita firmeza, y tomó la decisión que le había llevado toda una vida de preparación y entrenamiento. Arrojando lejos de sí la espada de luz, exclamó:

—¡Nunca! ¡Nunca me convertiré al Reverso Oscuro! Has fallado, Palpatine. Yo soy un Jedi, como antes de mí lo fue mi Padre.

El júbilo del Emperador se tornó en áspera rabia.

—Entonces sé un Jedi; si no te conviertes, serás destruido.

Palpatine alzó sus huesudos brazos en la dirección Luke. Cegadores rayos de blanca energía brotaron de sus dedos, cruzaron la habitación como luces hechiceras y comenzaron a desgarrar las entrañas de Luke, buscando el contacto con masa. El joven Jedi sintió una instantánea y agónica confusión. Nunca antes había oído hablar de tal corrupción de la Fuerza, y mucho menos la había experimentado.

Pero si esos rayos estaban generados por la Fuerza podrían ser repelidos por la Fuerza. Luke alzó sus brazos para desviar los rayos. Al principio tuvo éxito y la luz rebotó de sus puños, yendo a chocar, inerte, contra las paredes. Sin embargo, pronto las oleadas surgieron con tal velocidad y poder, envolviéndole y penetrando en él, que comenzó a encogerse ante ellas, convulsionando por el dolor, las rodillas doblándose y sus poderes en reflujo.

Vader, mientras tanto, se arrastraba como un animal herido hacia el Emperador.

En Endor, la batalla del bunker continuaba. Las tropas de asalto seguían fustigando a los Ewoks con sofisticada maquinaria, mientras que los vellosos y pequeños guerreros golpeaban a la tropas Imperiales con palos, derribaban Caminantes con pilas de troncos y haces de bejucos, y cazaban con lazos y redes a los pilotos de las motos-cohete.

Derribaron árboles sobre sus enemigos. Cavaron fosos que cubrieron con ramas y atrajeron, con añagazas, a los Caminantes, de modo que los torpes y pesados vehículos blindados cayeran para no levantarse más. Provocaron aludes de rocas. Condenaron un pequeño arroyo cercano y luego abrieron las compuertas, y así ahogaron a un gran número de tropas e inmovilizaron otros dos Caminantes. Se agrupaban y luego disolvían. Saltaban sobre los Caminantes y vertían bolsas de hirviente aceite de lagarto por las bocas de las armas. Utilizaban cuchillos, hondas y lanzas, y proferían aterradores gritos guerreros para confundir y restar ánimo al enemigo. Eran unos adversarios que no conocían el miedo.

Su ejemplo hizo que incluso Chewbacca fuera aún más osado. Estaba empezando a divertirse tanto balanceándose colgado de bejucos y machacando cabezas, que casi olvidó que poseía una pistola de láser.

En determinado momento se descolgó hasta el techo de un Caminante con Teebo y Wicket aferrados a su espalda. Aterrizaron con un fuerte golpe sobre el lomo del oscilante artilugio e hicieron tanto estrépito tratando de mantener el equilibrio, que uno de los soldados de asalto abrió la escotilla superior para ver qué sucedía. Antes que pudiera disparar su pistola, Chewie lo extrajo de la máquina y le lanzó contra el suelo. Wicket y Teebo inmediatamente se zambulleron por la escotilla y redujeron al otro soldado.

Los Ewoks conducen un Caminante Imperial del mismo modo que guían las motos-cohete: terriblemente mal, pero divirtiéndose mucho. Chewie casi fue arrojado del lomo varias veces, pero ni siquiera ladrando furiosamente a través de la escotilla producía algún efecto en los Ewoks; antes bien, se reían, chirriaban y atacaban a otra moto-cohete.

Chewie penetró en el interior del aparato. Le llevó medio minuto dominar los controles —la tecnología Imperial estaba bastante normalizada— y, luego, metódicamente y uno por uno,

fue aproximándose a los otros y confiados Caminantes Imperiales, volándolos en pedazos. La mayoría no tenía ni la más mínima idea de lo que sucedía.

A medida que las gigantescas máquinas guerreras estallaban en llamas, los Ewoks adquirieron nuevas energías y corrieron tras el Caminante de Chewie. El Wookiee estaba inclinando el resultado de la batalla.

Mientras tanto, Han aún trabajaba furiosamente con los controles del panel. Los cables chisporroteaban cada vez que hacía una nueva conexión, pero la puerta seguía sin abrirse. Leia, agazapada tras él, disparaba, proporcionándole cobertura. Al fin, Han hubo de dirigirse a Leia.

—Échame una mano; creo que ya sé cómo funciona. Sujeta esto —solicitó.

Le tendió uno de los cables. Leia enfundó la pistola, cogió el cable y lo sostuvo en la posición correcta, mientras él acercaba dos más desde el extremo del panel.

—Allá vamos —dijo Han.

Los tres cables chisporrotearon, el contacto estaba hecho. Hubo un súbito y fuerte ruido metálico y una segunda puerta blindada cayó sobre la primera, doblando así la impenetrable barrera.

—Fantástico, ahora tenemos que traspasar dos puertas —musitó Leia.

En ese momento, fue alcanzada por un rayo láser y cayó al suelo. Han se abalanzó sobre ella.

—¡Leia, no! —gritó intentando contener la hemorragia.

—Princesa Leia, ¿está usted bien? —se inquietó Tres-peó.

—No es una herida tan terrible —denegó Leia con la cabeza—. Es...

—¡Quietos! —chilló una voz—. Un solo movimiento y ambos moriréis.

Inmovilizándose, miraron hacia arriba. Dos soldados de asalto, plantados tras ellos, los apuntaban sin mover un solo músculo.

—¡En pie! —ordenó uno—. ¡Las manos arriba!

Han y Leia se miraron entre sí con una profunda mirada dirigida a lo más hondo de sus seres y que buceó hasta los pozos de sus almas, durante unos instantes eternos en los que todo era percibido, comprendido, acariciado, compartido.

Solo señaló con la vista el arma enfundada de Leia y ella, subrepticamente, la sacó, ocultándola a la vista de los soldados gracias a que Han se interponía bloqueando la visión.

Él volvió a mirar a los ojos de Leia, comprendiendo. Con una última y sentida sonrisa, Han susurró:

—Te amo.

—Lo sé —respondió ella simplemente.

El momento había pasado y, a una señal no hablada, Han saltó fuera de la línea de fuego, mientras Leia disparaba a los soldados de asalto.

El aire se llenó de fuego de láser: una brillante bruma rosa y naranja, semejante a una tormenta de electrones, llenaba el área junto a intensas ráfagas de fuego.

Al aclararse el humo, un enorme Caminante Imperial se aproximó y se detuvo frente a Han. Han alzó la vista para ver cómo los cañones láser del coloso le apuntaban directamente a la cara. Alzó los brazos y probó a dar un paso al frente, sin estar muy seguro de lo que iba a hacer.

—Quédate atrás —dijo suavemente a Leia, midiendo en su mente la distancia entre él y la máquina.

Justo entonces, la escotilla superior del Caminante se abrió de golpe y Chewbacca sacó la cabeza, sonriendo encantadoramente.

—Ahr Rahr —ladró el Wookiee.

Solo lo hubiera besado.

—¡Chewie! ¡Bájate de ahí! ¡Ella está herida! —Avanzó para saludar a su compañero, pero se detuvo a mitad de la zancada—. No, espera. Tengo una idea.

Capítulo IX

Las dos armadas espaciales, al igual que sus equivalentes marinas en otro tiempo y otra galaxia, flotaban inmóviles, nave frente a nave, mostrando sus costados erizados de armas y en línea de fuego.

Las maniobras heroicas —y algunas veces suicidas— marcaban el día. Un crucero Rebelde, con todo un lado ardiendo y envuelto en explosiones, entró en colisión con un Destructor Estelar Imperial antes de estallar totalmente, destruyendo a su vez el navio Imperial. Naves de carga repletas de materiales, eran lanzadas en cursos decolisión contra las fortalezas volantes y sus tripulaciones abandonaban, instantes antes, las naves buscando un destino incierto en el mejor de los casos.

Lando, Wedge, Líder Azul y Ala Verde intentaban aniquilar uno de los mayores Destruyores: la principal nave de comunicaciones del Imperio. Ya había sido incapacitada por los cañonazos directos del crucero Rebelde, pero sus averías eran reparables y, por tanto, los Rebeldes tenían que atacar mientras el coloso aún lamía sus heridas.

El escuadrón de Lando avanzó sin disparar y con los motores a bajo régimen para evitar que el Destructor utilizara sus mayores armas contra ellos, ya que de ese modo los cazas se hacían prácticamente indetectables hasta ser visualizados directamente.

—Aumentad la potencia de los escudos reflectores frontales —radió Lando a su grupo—. Casi estamos encima.

—Estoy junto a ti —respondió Wedge—. Cerrad la formación, muchachos.

A alta velocidad, se zambulleron perpendicularmente al largo eje del navio Imperial, ya que las trayectorias verticales eran difíciles de rastrear. A veinte metros de la superficie, viraron bruscamente noventa grados y corrieron a lo largo del casco metálico, recibiendo disparos de cada tronera.

—El ataque inicial ha de realizarse sobre la principal torre de energía —avisó Lando.

—Tomo nota —respondió Ala Verde—. Me pongo en posición.

—Apartaos de las baterías frontales —avisó Líder Azul.

—Es una densa zona de fuego esa de ahí abajo.

—Estoy a tiro.

—La parte izquierda de la torre está severamente dañada —advirtió Wedge—. Concentrad el fuego en ese lado.

—Te seguimos.

—¡Estoy perdiendo potencia! —dijo Ala Verde, recién alcanzado por un disparo.

—¡Apártate: estás a punto de estallar!

Ala Verde descendió como si fuera un cohete y se estrelló contra las baterías frontales del Destructor. Tremendas explosiones retumbaron en el arco donde se albergaban las troneras.

—Gracias —dijo quedamente Líder Azul, mirando la conflagración.

—¡Esto abre el camino para nosotros! —vociferó Wedge—. Disminuid la velocidad: los reactores de energía están justo dentro de ese compartimento de carga.

—¡Seguidme! —exclamó Lando, virando el *Halcón* en un inclinado ángulo que tomó por sorpresa al horrorizado personal del reactor. Wedge y Azul le siguieron de cerca y todos juntos lograron la máxima destrucción posible.

—¡Impacto directo! —gritó Lando con júbilo.

—¡Allá va! —gritó otra voz. —¡Tirad hacia arriba! ¡Tirad hacia arriba! Elevaron los cazas brusca y velozmente, mientras el Destructor se veía envuelto en una serie creciente de explosiones, hasta que, finalmente, se asemejó a una pequeña estrella. Líder Azul fue cogido por la onda explosiva que lo lanzó violentamente contra una pequeña nave Imperial, que también estalló. Lando y Wedge pudieron escapar.

En el puente de la nave de mando Rebelde, el humo y los gritos llenaban la atmósfera. Ackbar localizó a Cal-rissian a través del intercomunicador.

—Las interferencias electrónicas se han acabado. Ya funcionan plenamente las pantallas —informó.

—¿Está conectado el escudo aún? —respondió Lando con una nota de anticipada desesperación en su voz.

—Me temo que sí. Parece que la unidad del General Solo no consiguió su objetivo.
—Hasta que no destruyan nuestra última nave, aún hay esperanzas—replicó Lando. Han no fallaría. No podía fallar. Todavía tenían que acabar con la fatídica Estrella de la Muerte.

En la Estrella de la Muerte, Luke estaba casi inconsciente bajo el continuo asalto de los rayos del Emperador. Atormentado más allá de la razón, acometido por una debilidad que reseca sus más íntimas esencias, no esperaba más que someterse a la nada hacia la que caía.

El Emperador sonrió torvamente al exhausto joven Jedi, mientras que Vader, al lado de su amo, luchaba por ponerse en pie.

—¡Joven loco! —Palpatine se mofó de Luke—. Sólo ahora, al final, comienzas a comprender. Tus pueriles habilidades no pueden competir con el poder del Reverso Oscuro. Has pagado un precio por tu falta de visión. Ahora, joven Skywalker, terminarás de pagarlo completamente. ¡Vas a morir!

Se rió demencialmente y, aunque no parecía posible para Luke, los rayos que manaban de los dedos del Emperador aumentaron de intensidad. El sonido rechinaba por toda la habitación y la brillantez asesina de las ráfagas era abrumadora.

El cuerpo de Luke decayó y, finalmente, se plegó bajo la espantosa barrera de luz. Dejó de moverse hasta parecer totalmente inánime. El Emperador siseó malévolamente.

En ese preciso instante, Vader brincó y aferró al Emperador desde atrás, sujetando los brazos de Palpatine. Más débil de lo que jamás había estado, Vader había yacido inmóvil durante los últimos minutos, concentrando toda la energía de su ser para ese único acto: la última acción de su vida..., si fallaba. Ignorando el dolor, ignorando su vergüenza y debilidad, sin hacer caso del ruido de los huesos de Palpatine al romperse, enfocó ciegamente toda su voluntad en su inmenso deseo de derrotar al demonio que albergaba el cuerpo del Emperador.

Palpatine luchó contra el abrazo insensible de Vader; sus manos aún arrojaban oleadas de energía en todas direcciones. En su salvaje forcejeo, los rayos rasgaron el habitáculo y rebotaron sobre Vader. El Señor Oscuro cayó de nuevo al suelo, mientras que las corrientes crepitaban sobre su casco, sobre su capa, penetrando hasta su corazón.

Pese a todo, Vader no soltó su presa y, tambaleándose, la arrastró por el puente situado sobre la negra sima que conducía al corazón energético de la Estrella de la Muerte. Sostuvo al aullante déspota por encima de su cabeza y, con las últimas gotas de su fuerza, lo arrojó al abismo.

El cuerpo de Palpatine, vomitando aún rayos de luz, giró fuera de control, rebotando en las paredes del pozo mientras caía. Finalmente desapareció, pero, instantes más tarde, se oyó una explosión lejana en el centro de la estación de combate. Un golpe de aire ascendió hasta el salón del trono.

El viento ondeó la capa de Vader, mientras él, tambaleándose, se derrumbó al lado del enorme agujero, intentando seguir a su amo y maestro. Luke, empero, se arrastró hasta su Padre y retiró al Señor Oscuro del borde de la sima, poniéndole a salvo.

Ambos yacieron en el suelo, entrelazados entre sí; demasiado débiles para moverse, demasiado conmovidos para hablar.

Dentro del bunker de Endor, los controladores Imperiales observaban en la pantalla principal la batalla entre Ewoks y tropas Imperiales que acontecía en el exterior. Aunque la imagen estaba desdibujada por la electricidad estática, la lucha parecía estar decayendo como en principio debía ser, ya que habían sido instruidos en la creencia de que los nativos de esa luna eran pacíficos e inofensivos.

Las interferencias de la pantalla empeoraron —probablemente otra antenna averiada en el combate— cuando, de pronto, un conductor de un Caminante apareció en escena saludando excitadamente.

—¡Se acabó, Comandante! Los Rebeldes han sufrido una completa derrota- y están huyendo, junto con los Ewoks, hacia la espesura. Necesitamos refuerzos para continuar la persecución.

El personal del bunker vitoreó, el escudo estaba a salvo.

—¡Abran la puerta principal! —ordenó el Comandante—. Y envíen tres escuadras de refuerzo.

La puerta del bunker se abrió y las tropas Imperiales se precipitaron al exterior, sólo para encontrarse rodeadas por una muchedumbre de Ewoks y Rebeldes agresivos y ensangrentados. Las tropas Imperiales se rindieron sin disparar un solo tiro.

Han, Chewie y cinco más corrieron hacia el búnker con varias cargas explosivas. Situaron las bombas de tiempo en once sitios estratégicos dentro y alrededor del generador, y salieron corriendo todo lo aprisa que pudieron.

Leia, dolorida por sus heridas, yacía bajo la sombra acogedora de unos arbustos distantes. Estaba impartiendo órdenes a los Ewoks para que éstos agruparan a los prisioneros en el lado opuesto del claro, lejos del búnker cuando Han y Chewie salieron como alma que lleva el diablo, buscando un punto donde protegerse. Al instante siguiente, el bunker estalló.

Fue un espectáculo increíble: las explosiones se sucedieron hasta proyectar un muro de fuego que se elevaba cientos de metros en el aire, creando una onda de choque que derribó a toda criatura viviente y calcinó todo el verdor del perímetro.

El bunker, al fin, estaba destruido.

Un capitán corrió hasta el Almirante Ackbar, anunciando con voz temblorosa por la emoción:

—Señor, el escudo en torno a la Estrella de la Muerte ha perdido su potencia.

Ackbar miró a la pantalla panorámica: la red, electrónicamente generada, había desaparecido. La luna y la Estrella de la Muerte flotaban desprotegidas en el negro vacío.

—Lo consiguieron —susurró Ackbar.

Corrió hasta su intercomunicador y gritó por el canal de multifrecuencias de guerra:

—¡Que todos los cazas comiencen el ataque sobre el reactor principal de la Estrella de la Muerte! ¡El escudo deflector ya no funciona!

—¡Lo estoy viendo! —dijo Lando inmediatamente—.

Estamos en camino. ¡Grupo Rojo! ¡Grupo Dorado! ¡Escuadrón Azul! ¡Todos los cazas! ¡Seguidme! Eres mi hombre, Han. Ahora me toca a mí.

El *Halcón* se zambulló hacia la superficie de la Estrella de la Muerte, seguido por hordas de cazas Rebeldes perseguidos, a su vez, por enjambres —numerosos pero desorganizados— de cazas Imperiales TIE. Mientras, tres Cruceros Estelares Rebeldes se dirigieron hacia el Superdestructor Estelar Imperial —la nave insignia de Vader— que parecía tener dificultades con sus sistemas de guía.

Lando y la primera oleada de Alas-X, casi rozando la superficie curva del hemisferio acabado de la Estrella de la Muerte, se encaminaron hacia la porción incompleta. —Volad bajo hasta que lleguemos al otro lado —previno, innecesariamente, Lando a su escuadra. —Escuadrón de cazas enemigos acercándose. —Ala Azul —llamó Lando—, coge tu grupo y trata de apartar a los cazas TIE. —Haré lo que pueda.

—Estoy sufriendo interferencias electrónicas..., creo que provienen de la Estrella de la Muerte. —Más cazas acercándose a la diez en punto. —Allí está la superestructura —avisó Lando—. Buscad el pozo de ventilación del reactor central.

Viró bruscamente cayendo hacia el lado incompleto, y comenzó a zigzaguear dramáticamente entre vigas que sobresalían, torres a medio construir, canales laberínticos, andamios temporales y baterías de focos. Las defensas antiaéreas no estaban apenas desarrolladas en esa zona, ya que habían dependido completamente del escudo protector. Por consiguiente, la mayor fuente de preocupación para los Rebeldes era la constituida por los accidentes físicos de la propia estructura y los cazas TIE pegados a sus colas.

—Estoy viendo el túnel del sistema de potencia —radió Wedge—. Voy a entrar.

—También lo veo —acordó Lando—. Allá vamos. —No va a ser nada fácil...

Volaron sobre una torre, pasaron bajo un puente y, de súbito, se encontraron marchando a máxima velocidad dentro de un profundo pozo de ventilación que apenas era lo suficientemente ancho como para albergar tres cazas ala con ala. Por si fuera poco, estaba perforado, en toda su retorcida extensión, por miríadas de pozos y túneles de alimentación, bifurcaciones alternativas y cavernas sin salida. Además, gran número de obstáculos salpicaban el propio pozo: maquinaria pesada, elementos estructurales, cables de energía, escaleras suspendidas, muros a medio construir y montones de escombros.

Un grupo de cazas Rebeldes hizo su primer viraje de entrada al túnel del sistema energético, seguidos de cerca por el doble de cazas TIE. Dos Alas-X se estrellaron contra una grúa al evitar la primera andanada de láser. La caza comenzaba.

—¿Adonde vamos, Líder Dorado? —llamó Wedge alegremente. Un rayo láser acertó en la superficie del túnel sobre su cabeza, y la ventanilla de su caza se cubrió de una ducha de chispas.

—Busquemos la mayor fuente de energía —sugirió Lando—. Ese será el generador.

—Ala Roja, mantente alerta; nos podemos quedar sin espacio para movernos en cualquier momento.

Rápidamente formaron filas individuales y dobles al hacerse aparente que el pozo no sólo estaba repleto de canales secundarios y obstáculos, sino que se estrechaba a cada viraje.

Los cazas TIE derribaron a otro Rebelde que estalló con una gran llamarada. Otro TIE se estrelló contra una pieza de maquinaria y tuvo el mismo fin.

—Tengo una lectura en pantalla sobre un gran obstáculo frente a nosotros —anunció Lando.

—También lo recojo —dijo Wedge—. ¿Podrás pasar?

—Va a ser un paso muy estrecho —replicó Lando.

Era muy estrecho. Un muro de protección contra el calor, con una pequeña depresión en ese lado del pozo que concedía un poco más de espacio, ocupaba tres cuartas partes del túnel. Lando tuvo que dar una vuelta de 360° al *Halcón*, mientras subía y bajaba sin parar de acelerar. Por suerte, las Alas-X y Alas-Y no eran tan voluminosas. Pese a todo, dos más no lograron pasar. Los pequeños cazas TIE se acercaron más.

De pronto, una fuerte electricidad estática inundó las pantallas de visión, dejándolas en blanco.

—¡Mi pantalla se ha apagado! —aulló Wedge.

—Disminuye la velocidad —aconsejó Lando—. Algún tipo de descarga eléctrica está causando interferencias.

—Cambiad a modalidad de visión directa.

—Es inútil a estas velocidades: tendremos que volar a ciegas.

Dos ofuscadas Alas-X chocaron contra la pared al estrecharse de nuevo el pozo de ventilación. Una tercera fue desintegrada por los cercanos cazas TIE.

—¡Líder Verde! —llamó Lando.

—A la escucha, Líder Dorado.

—Escapa y vuelve a la superficie. Base-uno ha pedido algún caza, y puede que además nos quites algún perseguidor de nuestras espaldas.

Líder Verde y su cohorte salieron rápidamente del pozo, por una desviación lateral, y se encaminaron hacia la zona de combate de los cruceros. Un caza TIE los siguió haciendo fuego sin cesar.

La voz de Ackbar fluyó por el intercomunicador:

—La Estrella de la Muerte se está separando de la flota. Da la impresión que está girando para destruir la Luna de Endor —anunció.

—¿Cuánto tiempo tardará en estar en posición de tiro? —preguntó Lando.

—Punto cero tres.

—¡No es suficiente tiempo! ¡Se nos está acabando el tiempo! —exclamó Lando.

—Bueno, y también se está acabando el pozo —dijo Wedge, interviniendo en la transmisión.

Justo en ese instante, el *Halcón* rozó al pasar por otra abertura aún menor, averiándose sus impulsores auxiliares.

—Eso ha estado muy cerca —musitó Lando.

—Gdzhng dzn —asintió su copiloto.

Ackbar miraba, con los ojos abiertos de par en par, a través de la ventana de observación. Observaba al Superdestructor Imperial a sólo unas millas de distancia. El fuego lamía por completo su popa y la nave guerrera escoraba fuertemente a estribor.

—Hemos destruido sus escudos frontales —dijo Ackbar por el intercomunicador—. Haced fuego sobre el puente.

Líder Verde y su grupo, subiendo desde la Estrella de la Muerte, acometieron desde abajo al Superdestructor Estelar del Imperio.

—Encantados de ayudaros, Base-uno —anunció Líder Verde.

—Disparados los torpedos de protones —avisó Ala Verde.

El puente fue alcanzado con resultados espectacularmente pirotécnicos. En breves instantes, se inició una reacción en cadena —de grupo de energía a grupo de energía— a lo largo del tercio central del inmenso destructor, produciendo un deslumbrante arco iris de explosiones que combaron la nave en ángulo recto. El Superdestructor comenzó a caer, dando vueltas como una rueda, hacia la Estrella de la Muerte.

La primera explosión del puente alcanzó al Líder Verde; en la rotación incontrolada subsiguiente, el gigantesco destructor colisionó con diez cazas más, dos cruceros y una nave artillera. Finalmente, el inmenso y ardiente conglomerado se estrelló contra un lado de la Estrella de la Muerte. El impacto fue lo suficientemente poderoso como para sacudir a la estación de combate, produciendo gran número de explosiones y estampidos internos en toda la red de generadores, polvorines y cavernas de la gigantesca esfera.

Por vez primera, la Estrella de la Muerte osciló. La colisión con el Destructor Imperial fue el principio de su fin. Distintos sistemas de control se detuvieron, los reactores comenzaron a fundirse y el personal, presa de pánico, abandonó sus puestos, lo que ocasionó un mayor número de fallos de funcionamiento que condujeron al caos general.

El humo llenaba cada rincón; unos sordos retumbos provenían de todas direcciones a la vez y el personal corría y chillaba despavorido. La cadena jerárquica de mando se interrumpió. Por añadidura, el bombardeo continuo de los Cruceros Rebeldes —que olían el miedo del enemigo— elevaba el grado de histeria general.

Porque el Emperador había muerto. El principal y poderoso ser demoníaco que aglutinaba al Imperio con su sola presencia ya no existía. Y al disolverse las fuerzas del Reverso Oscuro, la Confusión, la Desesperación y el Miedo ocuparon su lugar.

En medio del tumulto, Luke había logrado de algún modo alcanzar el muelle principal de embarque llevando a cuestas el peso muerto de su debilitado padre. Ahora, mientras caminaba hacia una lanzadera Imperial, no pudo soportar más el esfuerzo y cayó, exhausto, al suelo.

175 Lentamente se alzó de nuevo. Como un autómata, cargó el cuerpo de su padre al hombro y se dirigió hacia una de las restantes lanzaderas. Mas, antes de llegar, depositó el cuerpo de Vader en el suelo, intentando reunir sus últimas gotas de energía mientras los estallidos atornaban la atmósfera a su alrededor. Las lanchas de salvamento chisporroteaban con amenazador siseo. Una de las paredes del muelle se combó y el humo se filtró por una fisura. El suelo temblaba. Vader hizo una seña a su hijo para que se acercara.

—Luke, ayúdame a quitarme el casco. —¡Morirás! —dijo Luke, negando con la cabeza. — Nada puede ya evitarlo. —La voz del Señor Oscuro era débil y cansina—. Tan sólo deja que te vea sin la máscara. Déjame verte con mis propios ojos.

Luke tenía miedo. Miedo de ver a su padre como realmente era. Miedo de ver hasta qué punto las fuerzas tenebrosas habían alterado el semblante del progenitor de Leia y Luke. Tenía miedo de conocer al Anakin Skywalker, que anidaba bajo la máscara de Vader.

También Vader tenía miedo de dejar que su hijo levantara la máscara tras la que tanto tiempo se había ocultado. El blindado y negro casco que le había permitido vivir más de veinte años.

Había sido su voz, su aliento, su fachada protectora contra todo contacto humano. Pero ahora se lo quitaría, porque quería ver con sus ojos a su hijo antes de morir.

Entre los dos alzaron el pesado casco, desenmarañando primero los tubos del complicado aparato respiratorio. Dentro del casco podía verse un modulador del habla y una pantalla visualizadora conectados a la unidad de energía en la espalda de Vader. Pero cuando, al fin, retiraron del todo la máscara, dejándola a un lado, Luke pudo ver el rostro de su padre.

Era la faz triste y benigna de un anciano. Calvo, imberbe, con una profunda cicatriz que surcaba la cabeza desde arriba hasta la base del cuero cabelludo. Sus ojos, profundos y oscuros, enfocaban al infinito mientras que su piel, no habiendo recibido luz alguna en dos décadas, era de un blanco translúcido. El anciano sonrió débilmente y las lágrimas empañaron sus ojos. Durante unos instantes no pareció muy distinto de Ben.

Era una cara tan llena de significados secretos, que Luke jamás podría olvidarla. Cargada de pesar y vergüenza, podía verse cómo los recuerdos la surcaban, recuerdos de tiempos fecundos...y otros más horripilantes. Y amor, también había amor en ese rostro.

Era una cara que no había visto el mundo en el curso de una vida. De la vida de Luke, quien vio cómo las dilatadas ventanillas de la nariz se contraían intentando oler por primera vez. Vio también cómo inclinaba imperceptiblemente la cabeza para escuchar sin ningún amplificador auditivo electrónico. Luke sintió remordimientos, porque los únicos sonidos ahora audibles eran aquellos de las explosiones; como únicos olores, los punzantes y acres de los fuegos. Pese a todo, era un intento hermoso y puro.

Al ver los desgastados ojos fijos en él, las lágrimas rodaron ardientes por las mejillas de Luke, para caer en los labios de su Padre. Percibiendo el salado sabor, su padre sonrió.

Era una cara que no se había visto a sí misma en veinte años.

Vader vio llorar a su hijo, y supo que era debido al horror que su rostro inspiraba.

Momentáneamente, la angustia de Vader se intensificó. A sus crímenes, ahora añadía la culpabilidad de la imaginaria repugnancia de su semblante. Y entonces recordó cuál había sido su aspecto anterior: noble, distinguido, con un modo de enarcar las cejas que denotaba grandeza e invencibilidad. Sí, así era como antaño parecía.

Y esa evocación trajo consigo una completa oleada de recuerdos. Remembranzas fraternas y de su hogar. Su amada esposa. La libertad del espacio profundo. Obi-Wan, su amigo..., y ahora su amistad volvía; volvía... no sabía cómo, pero florecía en él tan violentamente como una dolorosa úlcera que... No, no, éstos eran recuerdos que no quería evocar, no ahora. Recuerdos candentes como lava fundida, memorias que rasgaban sus entrañas... No, no quería.

Y el chico le había rescatado de la sima, allá en el trono... Y ahora aquí estaba gracias a su esfuerzo... El muchacho era bueno.

Era bueno y provenía de *él*; luego algo bueno habría también en *él*. Sonrió a su hijo y, por vez primera, lo quiso. Y, también por primera vez en muchos años, se quiso a sí mismo.

De pronto, olió algo y dilató las aletas de su nariz, olfateando de nuevo. Flores silvestres, olía a flores silvestres floreciendo; debía de ser ya primavera esos truenos... Inclino la cabeza esforzando la vista. Sí, era una tormenta de primavera que traería lluvia primaveral. Para que las flores crecieran.

Ahora..., ahora sentía una gota de lluvia en los labios. Saboreó la delicada gotita..., pero, ¡alto! Eso no era el agua dulce de la lluvia, era salada, era... una lágrima.

Enfocó con esfuerzo a su hijo y vio que estaba llorando. Entonces estaba saboreando el dolor y la pena que su chico sentía, porque él parecía tan horrible, porque *era* tan horrible.

Y quiso hacer algo bueno para Luke; deseaba que supiera que realmente no era tan repulsivo en el fondo, no completamente. Con una sonrisa un tanto autodes-preciativa negó con la cabeza, tratando de arrojar lejos de sí a la fea bestia que su hijo contemplaba.

—Somos seres... luminosos, Luke; no sólo esta tosca materia...

Luke también movió la cabeza, intentando decir que todo estaba bien, intentando aliviar la vergüenza del anciano y mostrarle que ya nada importaba..., pero no pudo siquiera articular palabra.

Vader volvió a hablar con un hilo casi inaudible de voz.

—Vete, hijo mío. Déjame —suplicó.

Y Luke, oyéndole, encontró su habla perdida.

—No, vas a venir conmigo. No te abandonaré aquí, voy a salvarte.

—Ya lo has hecho. Luke —susurró. Deseó, por un instante, encontrar a Yoda para agradecer cómo había entrenado a su hijo..., pero quizá pronto estaría con Yoda en la etérea unidad de la Fuerza. Y con Obi-Wan.

—Padre, no te abandonaré —protestó Luke.

Las virulentas explosiones sacudieron el muelle de embarque, tirando una pared y resquebrajando el techo. Un chorro de llamas azules brotaba de una cercana válvula de gas. El suelo a sus pies comenzaba a fundirse.

Vader acercó más a su hijo y habló en su oído.

—Luke, tú tenías razón..., tenías razón sobre mí... Di a tu hermana... que tenías razón.

Y con eso, cerrando los ojos, Darth Vader —Anakin Skywalker— murió.

Una violenta explosión llenó de llamas la parte trasera del ahora infernal muelle de embarque, arrojando a Luke contra el suelo. Lentamente, como un robot tambaleante, caminó hasta una de las últimas lanzaderas.

El *Halcón Milenario* continuaba su alucinante carrera por entre el laberinto de pozos de ventilación, acercándose cada vez más al centro de la esfera gigante: el reactor principal. Los cruceros Rebeldes descargaban *tai* continuo bombardeo sobre la expuesta e inacabada superestructura de la Estrella de la Muerte, causando cada impacto un estremecimiento de la grandiosa estación de combate y una nueva serie de eventos catastróficos en su interior.

El Comandante Jerjerrod estaba sentado, meditabundo, en la sala de control de la Estrella de la Muerte contemplando cómo todo se desmoronaba a su alrededor. La mitad de sus efectivos yacían muertos, heridos, o, simplemente, habían huido en un absurdo intento de buscar cobijo. El resto erraba inútilmente, gritando órdenes, haciendo fuego hacia todos los sectores, atacando al azar a las naves enemigas o concentrándose desesperadamente en una sola tarea como si en ella hallaran la salvación. O, como Jerjerrod, meditaban tristemente.

No lograba desentrañar cuál había sido su error. Había sido paciente, leal, astuto, inflexible. Era el comandante de la mayor estación de combate jamás construida. O, al menos, casi construida. Odiaba ahora a la Alianza Rebelde con el odio incontrolado de un niño. Antaño llegó a quererla porque era, para él, como un furioso adolescente al que podía tiranizar, un cachorro a quien torturar. Pero el adolescente había crecido y aprendido a pelear con eficacia. Había roto sus ligaduras infantiles. Jerjerrod, ahora, la odiaba con todo su ser. Pero ya poco podía hacer contra ella, salvo, por supuesto, una sola cosa: destruir Endor; aún estaba a tiempo de asestar un golpe final. Era un pequeño acto, una propina de recuerdo, incinerar algo verde y vivo de forma gratuita y sin más sentido ni fin que por el propio capricho de la destrucción. Un pequeño acto, pero deliciosamente satisfactorio.

—La Flota Rebelde se está acercando, señor —dijo un ayudante, corriendo hasta él.

—Concentrar toda la potencia de fuego en ese sector —dijo distraídamente. En la pared opuesta, una consola comenzó a arder.

—Los cazas de la superestructura están esquivando nuestro sistema de defensa. Comandante, no deberíamos...

—Inundad los sectores 304 y 138. Eso los contendrá

—dijo Jerjerrod, enarcando las cejas.

Esa orden no significaba nada para el ayudante, que tuvo motivos para preguntarse hasta qué punto el comandante era consciente de su desesperada situación. —Pero, señor... —comenzó a protestar. —¿Cuál es el factor de rotación necesario para alcanzar el ángulo de tiro idóneo para destruir la Luna de Endor? —preguntó, obsesionado, Jerjerrod.

—Punto cero dos, señor —dijo el ayudante, tras hacer unos cálculos en la pantalla de su computador—. Pero, Comandante, la flota...

—Acelerar la rotación hasta que la luna esté a tiro y luego hagan fuego cuando yo dé la orden.

—Sí, señor. —El ayudante pulsó varias hileras de interruptores—. Rotación acelerándose, señor. Punto cero uno y acercándose al ángulo preciso; sesenta segundos para alcanzarlo. Señor, adiós, señor. —El ayudante saludó, dejó el interruptor de fuego en las manos de Jerjerrod, mientras otra explosión sacudía la sala de control, y salió corriendo por la puerta.

Jerjerrod sonrió tranquilamente a la pantalla de visión. Endor comenzaba a surgir tras la órbita eclíptica de la Estrella de la Muerte. Acarició el detonador que yacía en su mano. Punto cero cero cinco para alcanzar el blanco. Gritos y chillidos brotaban en la habitación contigua. Treinta segundos para disparar.

Lando estaba llegando al corazón del pozo central donde estaba el generador. Sólo Wedge, volando justo delante de él, y Ala Dorada, inmediatamente tras él, le seguían. Algunos cazas TIE no habían abandonado aún la persecución.

Los retorcidos conductos centrales apenas permitían el paso de dos naves a la vez y, cada 5 o 10 segundos a la velocidad de Lando, se curvaban bruscamente. Un caza Imperial se estrelló contra la pared y otro derribó a Ala Dorada.

Ya sólo quedaban ellos dos.

Las metralletas posteriores de Lando mantenían en constante bailoteo a los cazas que le perseguían, hasta que, por fin, frente a ellos, apareció el reactor central. Jamás había visto un reactor tan imponente.

—Es demasiado grande —vociferó Wedge—. Mis torpedos de protones ni siquiera le harán mella.

—Dirígete al regulador de energía de la torre norte —guió Lando—. Yo me ocuparé del reactor principal. Lie-, vamos misiles rompedores que, teóricamente, deben penetrar. Aunque, una vez que los soltemos, no tendremos mucho tiempo para salir de aquí.

—Yo ya estoy saliendo —exclamó Wedge.

Disparó sus torpedos profiriendo un grito de guerra Corelliano, e impactando en ambos lados de la torre norte, acto seguido escapó acelerando al máximo.

El *Halcón* esperó tres peligrosos segundos más y luego soltó, con poderoso rugido, sus misiles rompedores. Durante un segundo, el resplandor fue demasiado brillante para ver qué había sucedido. Y entonces el reactor entero comenzó a estremecerse.

—¡Blanco directo! —gritó Lando—. Ahora viene la parte más peliaguda.

El pozo de ventilación estaba ya derrumbándose y creando un poderoso efecto de succión. El *Halcón* maniobró a través del retorcido conducto de salida; a través de muros de llamas y pozos que se combaban violentamente, siempre levemente a la cabeza de la cadena de continuas explosiones.

Wedge salió de la superestructura casi a velocidad sublumínica, fustigó con un rugido las cercanías de Endor y, decelerando en un suave arco que le llevó al espacio profundo, volvió a la seguridad de la luna.

Instantes después, en una inestable lanzadera Imperial, Luke abandonó el muelle principal de embarque justo cuando la sección entera comenzaba a desgajarse completamente. Su bamboleante aparato también se dirigió hacia el verde y próximo Santuario lunar. Y, finalmente, como escupido por las propias llamas de la conflagración, el *Halcón Milenario* salió disparado hacia Endor sólo revísimos instantes antes de que la Estrella de la Muerte flameara brillantemente hacia el olvido, como si fuera una vertiginosa y deslumbradora supernova.

Han estaba vendando la herida del brazo de Leia en un vallecito de heléchos en el momento en que estalló la Estrella de la Muerte. La fabulosa explosión atrajo la atención de todo el mundo estuvieran donde estuvieran: Ewoks, soldados de asalto prisioneros, tropas Rebeldes, todos contemplaron la turbulenta y final llamarada autodestructiva que refulgió en el cielo vespertino. Los Rebeldes vitorearon.

Leia acarició la mejilla de Han; él se inclinó y la besó tiernamente, luego se reclinó, enfocando con sus ojos al cielo estrellado.

—Oye —dijo propinando un empujón a Leia—: apuesto a que Luke escapó de esa cosa antes de que estallara.

—Lo hizo. Puedo sentirlo —asintió. La presencia vital de su hermano le llegaba a través de la Fuerza, y Leia respondió a la llamada para tranquilizar a Luke. Todo encajaba armónicamente.

Han miró a Leia rebosante de amor, un amor especial. Porque Leia era una mujer especial. Princesa no por título, sino por corazón. Su fortaleza le asombraba, aunque ella no la tuviera en cuenta. Antaño lo quiso todo para sí mismo y siguió siempre los dictados de su capricho; ahora deseaba *todo* para ella. Y una cosa que, claramente, Leia deseaba era a Luke.

—Realmente te importa mucho Luke, ¿no es cierto? —preguntó Han.

Ella asintió escrutando el cielo. Él estaba vivo, Luke estaba vivo. Y el otro, el Oscuro, había muerto.

—Bueno: escucha —continuó Han—. Yo te comprendo. Cuando él vuelva, no bloquearé vuestro camino...

Ella miró de soslayo a Han, dándose súbita cuenta de que sus pensamientos eran distintos, que tenían diferentes conversaciones.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, y entonces advirtió lo que sucedía—. ¡Oh, no! No —rió—, no es así para nada... Luke es mi *hermano*.

Han se sintió sucesivamente aturdido, embarazado y regocijado. Esto hacía que *todo* fuera maravilloso, sencillamente maravilloso.

La tomó en sus brazos, estrechándola fuertemente, mientras se reclinaban sobre los heléchos..., teniendo sumo cuidado con el brazo herido; y yació junto a ella bajo el brillo menguante de la ardiente Estrella.

Luke estaba de pie, en un claro de la floresta, frente a un gran cúmulo de troncos y ramas. Yaciendo, inmóvil y envuelto en sus túnicas, sobre el túmulo, estaba el cuerpo inanimado de Darth Vader. Luke aplicó una antorcha a la leña.

A medida que las llamas envolvían al cuerpo, el humo surgió por las aberturas de su máscara, como un negro espíritu que así se liberara.

Luke contemplaba la conflagración con tremendo pesar. Silenciosamente envió un último adiós. Él, sólo él, había creído en la pequeña brizna de humanidad que albergaba su Padre. La redención, junto con las llamas, ascendió en el aire claro de la noche.

Luke siguió con la vista a los incandescentes rescoldos que flotaban hacia el cielo. Se mezclaban, en su visión, con los fuegos artificiales con que los Rebeldes celebraban su victoria. Y ambos, a su vez, se combinaban con las hogueras que moteaban los bosques y el poblado Ewok; ruegos de solaz y triunfo. Podía oír los tambores retumbando y la música tejiéndose en torno al resplandor de las hogueras; las aclamaciones y risas de la alegre reunión. Luke clamaba en silencio, mientras miraba fijamente al fuego de su victoria y su pérdida.

Una enorme hoguera relumbraba en el centro de la plaza del poblado en celebración de esa noche memorable. Rebeldes y Ewoks se regocijaban junto a la cálida fogata en la fría noche; bailando, cantando y riendo con el lenguaje común de la liberación. Incluso Teebo y Tres-peó se habían reconciliado y esbozaron unos pasos de danza, mientras los demás daban palmadas al ritmo de la música. 3PO, dejando atrás sus días como deidad, se contentaba con sentarse cerca del pequeño robot que era su mejor amigo en el universo. Agradeció al Hacedor que el Capitán Solo hubiera sido capaz de recomponer a R2 —por no mencionar a la amita Leia—. Para ser un hombre sin protocolo. Solo tenía sus momentos. Y también agradeció al Hacedor porque esa sangrienta guerra había finalizado.

Los prisioneros habían sido enviados en lanzaderas a lo que quedaba de la maltrecha Flota Imperial; los cruceros Rebeldes, arriba, en algún lugar, ya se ocupaban de todo eso. La Estrella de la Muerte se había consumido totalmente.

Han, Leia y Chewbacca se mantenían ligeramente aparte de los festivos jaraneros. Estaban cerca el uno del otro, sin hablar, mirando periódicamente al sendero que conducía al poblado. Medio esperando y medio intentando no esperar; incapaces de hacer ninguna otra cosa.

Hasta que, por fin, su paciencia fue recompensada: Luke y Lando, exhaustos pero felices, se tambalearon por el sendero, saliendo de las sombras camino a la luz. Sus amigos se precipitaron a recibirlos. Todos se abrazaron, gritaron entusiasmados, saltaron de alegría y, finalmente, hicieron un corrillo; incapaces de hablar, contentos por la presencia y calor de sus personas.

Un rato después, los dos robots se acercaron, también silenciosos, para estar junto a sus más queridos camaradas.

Los peludos Ewoks continuaron la celebración, con júbilo salvaje, hasta bien entrada la noche, mientras el pequeño y compacto grupo de bizarros aventureros observaba desde un rincón.

Durante un efímero instante, mientras contemplaba la hoguera, Luke creyó ver unos rostros danzando —Yoda, Ben, ¿era ése su padre?—. Se apartó de sus compañeros intentando ver lo que los rostros expresaban; eran demasiado fugaces y hablaban sólo con las sombras de las llamas..., y entonces desaparecieron al unísono.

Por un instante, Luke se entristeció, pero Leia, cogiéndole de la mano, le atrajo junto a los demás. De vuelta al cálido círculo de camaradería y amor.

El Imperio había muerto.

Larga vida a la Alianza.